



Enid Blyton

**CUARTO GRADO EN
TORRES DE MALORY**

se

Darrell Rivers estaba muy excitada. Era el día de su regreso a Torres de Malory, el internado, y esta vez iba a acompañarla su hermana Felicity.



Enid Blyton

Cuarto grado en Torres de Malory

Torres de Malory 4

ePub r1.1

Ishamael 10.08.13

Título original: *Upper fourth at Malory Towers*

Enid Blyton, 1949

Traducción: C. Peraire del Molino

Ilustraciones: Pablo Ramírez

Diseño de portada: Pablo Ramírez

Editor digital: Ishamael

ePub base r1.0



Capítulo 1

DARRELL VUELVE AL COLEGIO CON FELICITY

Darrell Rivers estaba muy excitada. Era el día de su regreso a *Torres de Malory*, el internado, y esta vez iba a acompañarla su hermana Felicity.

Felicity se hallaba junto a su hermana de quince años, que también estaba muy excitada, de pie en los escalones de la entrada. Ambas vestían el mismo uniforme color castaño y naranja. Felicity hubiera podido ir a *Torres de Malory* dos trimestres antes pues ya tenía casi trece años, pero cayó enferma y tuvo que quedarse en casa.

Ahora iniciarían el trimestre de verano y por fin iba con Darrell. Había oído hablar tanto del colegio de su hermana, de lo mucho que se divertían, de las aulas que daban al mar, de las cuatro torres donde dormían las doscientas cincuenta niñas, de la gran piscina excavada en las rocas de la playa... Las cosas que Darrell le había contado eran interminables.

—Es una suerte que esta vez vayamos en tren y no en coche —dijo Darrell—. Así viajaremos con otras niñas y podrás conocer a algunas. Sally también irá en tren.

Sally era la mejor amiga de Darrell y lo había sido casi desde su llegada a *Torres de Malory*, unos cuatro años atrás.

—Espero encontrar una amiga como Sally —explicó Felicity nerviosa—. Yo soy más tímida que tú, Darrell. ¡Estoy segura de que nunca tendré el valor suficiente para hablar con nadie! Y si la señorita Potts se enfada conmigo, suplicaré que se me trague la tierra.

La señorita Potts era la profesora del primer grado y también responsable de la *Torre Norte*, a la que pertenecía Darrell y a la que también iría este curso su hermana pequeña.

—No, no debes tener miedo de Potty —exclamó Darrell con una carcajada, olvidando el pánico que le tenía cuando cursaba el primer grado—. Nuestra querida Potty es una buena persona.

El automóvil de su padre, que las acompañaría hasta Londres, donde tomarían el tren para llegar al colegio, se detuvo ante la puerta principal de su casa y las dos niñas bajaron a la carrera los escalones. El señor Rivers las miró sonriente.

—Ésta vez sois dos —exclamó—. ¡Vaya! Recuerdo perfectamente el día en que Darrell se fue por vez primera, ya hará casi cuatro años. Entonces tenía doce años y ahora ya tiene quince, ¿no es así, Darrell?

—Sí —replicó Darrell subiendo al coche con Felicity—. Y recuerdo que me dijiste: «*Como vas a beneficiarte mucho de tu estancia en Torres de Malory, procura dar algo a cambio*».

—Papá también me ha dicho eso —exclamó Felicity—. Soy muy afortunada por tener una hermana mayor que me lo enseñe todo, aunque la verdad es que me siento como si ya conociera todos los rincones de *Torres de Malory*.

—Pero ¿dónde está mamá? —preguntó su padre, haciendo sonar el claxon—. La verdad es que ésta es una familia difícil de reunir. Si vuestra madre aparece a tiempo, faltáis una de vosotras, y

si vosotras estáis aquí, la que falta es vuestra madre. ¡A este paso vamos a perder el tren!

Generalmente iban a Cornualles, donde estaba *Torres de Malory*, en automóvil, pero esta vez no podía ser. Las veces en que Felicity había ido a despedir a su hermana a la estación, se había asustado al ver a tantas niñas que charlaban y reían en el andén, ¡pero esta vez iba a ser una de ellas! Abrazó su raqueta de tenis pensando con alegría en el próximo trimestre.

La señora Rivers bajó presurosa los escalones. Estaba muy bonita con un sencillo traje chaqueta gris y una blusa azul. Darrell y Felicity la miraron con orgullo. ¡Los padres importan mucho cuando se va a un internado! Todas deseaban sentirse orgullosas del aspecto de sus padres y sus madres, de su modo de hablar y de su comportamiento. Hubiera sido terrible que una madre se presentase con un sombrero ridículo o que un padre fuese desaliñado.

—Querida, ya nos íbamos sin ti —dijo el señor Rivers—. Veamos, ¿seguro que lo tenéis todo? La última vez llevábamos recorridos cinco kilómetros cuando dijiste que habías olvidado la bolsa de mano de Darrell.

—Sí, no falta nada, papá —replicó Darrell—. Lo he repasado todo: neceser con el cepillo de dientes, dentífrico, cepillo, peine, ropa de noche, certificado médico, ¡todo! —Las raquetas de tenis y las gorras para montar a caballo eran cosas demasiado grandes para meterlas en la bolsa.

Felicity se volvió para comprobar si su sombrero también estaba allí. Se sentía muy orgullosa de él. Hasta entonces sólo había tenido una gorrita de tela.

Por fin, el coche arrancó. A Felicity el corazón le dio un vuelco al ver desaparecer la casa de su vista. ¡Pasarían tres meses enteros antes de que volviera a verla! Luego se animó cuando Darrell comenzó a hablarle de las niñas.

—Espero que Bill llegue con sus siete hermanos montados a caballo —dijo—. Es todo un espectáculo verles llegar galopando por la avenida del colegio. El primer año que vino, Bill tenía que llegar en el automóvil de sus padres, pero se escapó con su caballo Trueno y se presentó con todos sus hermanos, también montados a caballo.

—El verdadero nombre de Bill es Wilhelmina, ¿verdad? —preguntó Felicity al recordarlo—. ¿Las profesoras también la llaman Bill?

—Algunas —fue la respuesta de Darrell—. Claro que la directora no lo hace. Y la señorita Williams, la profesora de cuarto, tampoco. Es un poco estirada, orgullosa y muy suya, pero ahora ya me gusta, aunque antes no.

No tardaron mucho en encontrarse en el andén de la estación, abriéndose paso entre los grupos de niñas excitadas para subir al vagón de la *Torre Norte*. Felicity se sentía nerviosa y tímida. ¡Oh, Dios mío! Cuántas niñas, y todas se conocían. En cambio, ella no conocía a nadie. Oh, sí, allí estaba Sally, la amiga de Darrell, que se acercaba a ellas sonriente.

—Hola, Darrell, hola, Felicity. Así que por fin vienes a *Torres de Malory*. ¡Estupendo! Ojalá yo también viniera por vez primera, así tendría años y años ante mí como tú. ¡No sabes la suerte que tienes!

—Recuerdo que alguien me dijo eso él primer día —exclamó Darrell—. Entonces tenía doce años y ahora voy por los dieciséis. ¡Cielos, qué vieja soy!

—Sí, y no olvides que nos sentiremos todavía más viejas antes de que termine el trimestre —

dijo una voz familiar a espaldas de Darrell—. ¡Tendremos que trabajar de firme para conseguir el diploma del colegio! Mis cabellos estarán completamente grises al final del trimestre.

—¡Hola, Alicia! —exclamó Darrell con calor—. ¿Pasaste buenas vacaciones? Mira, ésta es mi hermana pequeña, Felicity. Es nueva este trimestre.

—¿De veras? —replicó Alicia—. Vaya, entonces debo presentarle a mi prima. Ella también es nueva. ¿Dónde estará?

Ya la he perdido dos veces.

Desapareció. Sally y Darrell rieron. ¡Estaban seguras de que Alicia no se preocuparía mucho por ninguna prima nueva! Sin embargo, apareció casi enseguida acompañada de una niña de doce años muy parecida a ella.

—Ésta es June —les dijo—. Puedes hacerte amiga de Felicity, June, porque este trimestre la vas a ver mucho, y también durante los años venideros, aunque dudo de que Felicity quiera verte a ti una vez te conozca a fondo.

Darrell miró a Alicia para ver si lo decía en serio. ¡Nunca se sabía con la malintencionada Alicia! June tenía buen aspecto y una boca y una barbilla que denotaban energía y determinación. Un tanto dominante, pensó Darrell, pero estando en la última clase del colegio una no tiene muchas oportunidades para ese tipo de cosas. Las mayores la tratan a una con dureza si no sabe mantenerse en su sitio.

—¡Mirad! —exclamó Alicia dando un codazo a Darrell y a Sally—. Ahí está Gwendoline Mary, que viene en tren en vez de en coche, y ya está representando la misma escena de siempre.

Felicity y June se volvieron a mirar a una niña rubia de grandes ojos azules que se despedía de su madre y de su institutriz. Era una despedida muy sentimental, pues se lloraba lo suyo.

—Gwendoline siempre hace lo mismo —dijo Alicia con disgusto—. ¡Y a su edad! Se le puede perdonar a una de primer grado que se aleja de su casa por primera vez, pero a una niña de quince años, ¡venga ya!

—Bueno, no durará mucho —comentó Sally—. Estoy segura de que Gwendoline no se acordará siquiera de saludar a su madre con la mano, una vez en el vagón.

La madre de Sally estaba hablando con los padres de Darrell. Allí no había lágrimas ni protestas. Darrell estaba contenta de que sus padres fueran tan sensatos. Miró a Felicity y se alegró al ver a su hermanita interesada y feliz.

Más niñas se acercaron y rodearon a Darrell y a las otras.

—¡Hola! ¿Qué tal las vacaciones? Oye, ¿es ésta tu hermana pequeña? ¿Tiene tan mal genio como tú, Darrell?

Esto lo preguntó Irene, despistada como siempre, con su bolsa revuelta y con un botón menos en su chaqueta.

—Pues Felicity también tiene genio —contestó Darrell, riendo—. Como toda mi familia. Aunque no espero que lo demuestre mucho. Será bastante tímida este primer trimestre.

—¡No sé qué decirte! —replicó Sally, mordaz—. Me parece recordar que nos hiciste una buena demostración de tu mal genio en tu primer trimestre, Darrell. A mí me tiraste al suelo al principio y... ¿quién propinó a la querida Gwendoline unas buenas bofetadas en la piscina?

—¡Oh, sí, sí, era terrible! —respondió Darrell enrojando—. Realmente terrible. Estoy segura de que Felicity jamás hará una cosa así.

—Mi prima también tiene algo de genio —intervino Alicia con una sonrisa—. Sólo tiene hermanos. Deberías oírles gritar y pelearse cuando no están de acuerdo.

—Aquí está la señorita Potts —dijo Sally al ver que la profesora de primero se acercaba con una lista en la mano—. Hola, señorita Potts, ¿nos ha apuntado a todas?

—Sí, creo que sí —respondió la profesora—, excepto a Irene. Oh, estás ahí, Irene. Supongo que no se te ha ocurrido venir a informarme de tu llegada. Gracias a Dios que Belinda irá en coche. Así tengo una despistada menos que vigilar. Ahora será mejor que subáis a vuestro vagón. Sólo faltan cuatro minutos para partir.

Hubo un gran revuelo en los compartimientos. Sally y Darrell empujaron a Felicity dentro del suyo.

—Se supone que las nuevas deben ir en el compartimiento de la señorita Potts —explicó Darrell—, pero nosotras le permitiremos ir en el nuestro. ¡Adiós, mamá; adiós, papá! Os escribiremos el domingo para contaros todas las novedades.

—¡Adiós! —dijo Felicity con voz apagada—. Gracias por las estupendas vacaciones.

—Gracias a Dios que Gwendoline no viene en nuestro vagón —exclamó Alicia—. Por fin nos habremos librado de escuchar la historia de toda su poco interesante familia y lo que les ha ocurrido durante las vacaciones. ¡Hasta sus perros son poco interesantes!

Todas rieron. El revisor tocó el silbato. Se cerraron las puertas y el tren comenzó a moverse lentamente. Padres e hijas saludaron frenéticamente con la mano. Darrell se dejó caer en el asiento.

—¡Otra vez hacia *Torres de Malory*! —exclamó gozosa—. ¡Nuestro viejo y querido *Torres de Malory*!

Capítulo 2

TODAS REGRESAN DE NUEVO

El viaje era muy largo, pero al fin el tren llegó a la estación de *Torres de Malory*. Las niñas se aparearon con sus bolsas de mano y raquetas, y corrieron para coger un buen sitio en los autocares del colegio que trasladaban a las niñas que llegaban en tren, durante la última parte de su viaje.

Felicity estaba cansada y excitada. Darrell no parecía haberse fatigado lo más mínimo, pero desde luego sí estaba excitada.

—Ahora veremos el colegio y al resto de las niñas —le dijo contenta a Felicity—. No te lo pierdas cuando aparezca por primera vez. Yo te avisaré.

Y así Felicity tuvo la misma primera impresión que Darrell tuviera cuatro años atrás. Vio un gran edificio de piedra gris, semejante a un castillo, alzándose sobre una colina. Detrás estaba el mar azul intenso de Cornualles, que ahora quedaba oculto por el acantilado sobre el que se elevaba *Torres de Malory*. En cada una de las cuatro esquinas del edificio había una torre. Los ojos de Felicity se iluminaron al pensar que iba a dormir en una de ellas. Estaría en la *Torre Norte*, ¡la que tenía mejor vista al mar!, con Darrell. Era muy afortunada.

—Es precioso —dijo Felicity a Darrell, y ésta se alegró.

Sería agradable tener a su hermana en el colegio, pues estaba segura de que Felicity iba a ser un gran éxito.

Las niñas que habían ido llegando en coche, aguardaban en la avenida, dispuestas a recibir a las del tren. Se oyeron chillidos y gritos de entusiasmo mientras los autocares se detenían ante la magnífica entrada principal, y grupos de niñas corrían para ayudar a sus amigas.

—Hola, Belinda —gritó Irene, apeándose sin su maleta—. ¿Has hecho algún dibujo que valga la pena?

—Darrell —exclamó otra de quince años de aspecto tímido—, Sally, Alicia.

—Hola, Mary-Lou. ¿Alguien te ha echado una araña por el escote estas vacaciones? —le gritó Alicia—. ¿Has visto a Betty?

Betty era la amiga de Alicia, tan vivaracha como ella e igual de traviesa. Se acercó y le dio una palmada en la espalda a Alicia.

—Aquí estoy. Llegáis muy tarde, el tren debe de haberse retrasado más de lo habitual.

—Ahí está Mavis —exclamó Sally—. Y Daphne. Mirad, ¡si es Jean! ¿Has visto a Bill por alguna parte?

—Sí. Como de costumbre vino con su caballo Trueno y está en el establo con él —replicó Jean, la tranquila y avispada niña escocesa, que ahora ya no estaba en el mismo curso que Darrell, pero iba prosperando—. La acompañaba un mozo, porque todos sus hermanos tuvieron que volver al colegio este año antes que nosotras. ¡Una llegada muy pacífica!

Felicity se sentía abandonada entre todo aquel alboroto y movimiento, y esperaba que Darrell

no la olvidase. En cambio, Alicia se había olvidado por completo de su prima June, que ahora se acercaba a Felicity sonriendo.

—Las mayores están haciendo bastante ruido, ¿no te parece? —le dijo—. Para ellas somos insignificantes. Vámonos y que nos busquen cuando se acuerden de que estamos aquí.

—Oh, no —respondió Felicity, pero June, cogiéndola del brazo, la arrastró.

—Sí, vamos. Sé que debemos ir a ver al ama para entregarle nuestro certificado médico y nuestro dinero para gastos. Iremos a buscarla solas.

—Pero a Darrell no le gustará... —comenzó Felicity, pero June se la llevó consigo.

De manera que, cuando Darrell buscó a su hermana pequeña, no la vio por ninguna parte.

—¿Dónde está Felicity? —preguntó—. ¡Maldición! ¿Qué le habrá ocurrido? Sé lo mal que una se siente cuando se es nueva, por lo que yo quería tenerla bajo mi cuidado durante un tiempo. ¿A dónde habrá ido?

—No te preocupes —le contestó Alicia insensible—. Yo no me preocupo por June. Puede cuidar perfectamente de sí misma, si es que sé algo de esa jovencita. ¡Tiene la mayor frescura del mundo!

—Bueno, pero Felicity no —respondió Darrell—. Caramba, ¿adónde habrá ido? Estaba aquí hace un minuto.

—¿Alguien ha visto mi bolsa de viaje? —preguntó la voz de Irene, convertida en un quejido lastimero.

Nadie la había visto.

—Debes de haberla dejado en el asiento del autocar —le sugirió Darrell, que conocía muy bien a la despistada Irene.

La niña corrió hacia los autocares, que ahora se alejaban lentamente por la avenida.

—¡Eh, eh! —gritó—. ¡Esperen un poco!

—¿Qué estás haciendo, Irene? —quiso saber la señorita Potts, enojada—. Irene, vuelve y deja de gritar.

Pero Irene había conseguido detener el autocar en el que llegó al colegio y subir a él.

La señorita Potts tragó saliva. ¿Acaso Irene suponía que iba a volver a su casa? Hacía tantas locuras, que se podía esperar cualquier cosa de ella.

Pero Irene, tras recuperar su bolsa, la sacudió en el aire para demostrar a las otras que la había encontrado y, volviendo a saltar al suelo, regresó sonriente a todo correr.

—La encontré —exclamó depositándolo con tal energía en el suelo que se abrió al instante, desparramándose todo su contenido.

—Oh, Irene, ¿por qué a todas las bolsas que llevas tú les ocurre lo mismo? —dijo Darrell, ayudándola a recogerlo todo.

—No puedo ni imaginármelo —replicó Irene, mientras lo colocaba todo de cualquier manera—. Supongo que les causo mal efecto. Vamos a buscar al ama.

—Todavía no he encontrado a Felicity —dijo Darrell, que empezaba a preocuparse—. No puede haberse ido con alguien porque no conoce a nadie.

—Bueno, sea como fuere, vamos a ver al ama para entregarle nuestros certificados médicos y

el dinero. Le preguntaremos si ha visto a Felicity —intervino Sally—. La avenida está casi desierta ahora y es evidente que no está aquí.

De manera que fueron en busca del ama, que había estado tratando con la mayor eficiencia a docenas de niñas, recogiendo sus certificados médicos y su dinero por espacio de una hora o más. Darrell se alegró al verla, tan amable, activa y competente.

—Hola, Darrell. ¡Vaya, Alicia ha vuelto otra vez, como la moneda falsa!

—Mamá dice que usted siempre le decía eso a ella al inicio de cada trimestre —replicó Alicia con una sonrisa.

—Sí. Era una buena pieza —dijo el ama, sonriente—, aunque no tan mala como tú, Alicia. A propósito, este trimestre tendremos un cursillo sobre cómo se zurce. No lo olvides. Ajá, Irene, ya estás aquí por fin. ¿Trajiste tu certificado médico?

Que el certificado médico de Irene se perdiera siempre que debía entregárselo al ama, era un constante motivo de broma. Durante los últimos trimestres la madre de Irene decidió enviarlo por correo, con lo que llegaba siempre felizmente la mañana que comenzaba el colegio.

Irene pareció alarmarse. Luego sonrió.

—Me toma usted el pelo, ama —dijo—. Ha llegado por correo como de costumbre.

—Pues no —replicó el ama—. Ése es el caso. Ésta mañana he recibido mucha correspondencia, pero ningún certificado médico. Probablemente estará en tu bolsa, Irene. Ve a mirarlo.

Darrell buscaba a Felicity, pero no la localizó en ningún sitio. Realmente estaba preocupada y bastante enojada. ¿Por qué su hermana no había seguido sus instrucciones: mantenerse a su lado para no perderse entre tantas niñas?

—Ama —dijo—, ¿por casualidad ha visto usted a mi hermana pequeña?

—Sí —respondió el ama—. Estuvo aquí hace unos minutos y me entregó su certificado. Dijo que tú tenías su dinero.

Es muy agradable tenerla aquí, Darrell.

Darrell estaba asombrada. ¡Felicity ya había ido a ver al ama para entregarle su certificado sin esperar a que la acompañase! ¡Aquella no parecía Felicity, siempre tan tímida!

—¿Adónde habrá ido ahora? —exclamó en voz alta.

—Se fue a echar un vistazo a su dormitorio —explicó el ama, volviéndose para atender a Belinda que parecía haber perdido todo su dinero y revolvía sus bolsillos desesperada—. ¡Belinda! Te aseguro que el próximo trimestre pediré a la señorita Grayling que os ponga a ti y a Irene en otra torre, pues si tengo que tratar mucho más con vosotras me volveré loca. Sally, ve a ver si Irene ha encontrado ya su certificado.

Sally fue al dormitorio a buscar a Irene, Darrell la acompañó para ver si daba con Felicity. Sally encontró a Irene sentada tristemente sobre la cama, con el contenido de su bolsa esparcido encima de la colcha. Allí no había ningún certificado.

—Oh, Irene, realmente eres un desastre —dijo Sally, tras revisarlo todo y sacudir las perneras de los pijamas por si acaso estuviera allí el precioso papel—. Yo creía que ahora tu madre lo enviaba siempre por correo.

—Lo hace —gimió Irene—. Nunca falla. Es maravillosa para eso.

—¡Bueno, pues todo lo que se me ocurre es que esta vez debió de habértelo dado para que lo echases tú misma al correo! —exclamó Sally—. Seguro que te has olvidado.

De repente se hizo la luz en el rostro de Irene, que le dio una palmada en la espalda a Sally.

—¡Sally, has dado en el clavo! —gritó—. Eso es precisamente lo que ha ocurrido. Mamá me lo dio para que lo echara al correo y se me olvidó.

—¿Bueno, dónde lo pusiste? ¿No lo dejarías en tu casa, en la mesilla de noche? —preguntó Sally impaciente.

—No —replicó Irene, triunfante—. Lo puse en la banda de mi sombrero para no perderlo camino de correos, pero cuando llegué allí, compré algunos sellos y me volví a casa otra vez.

De manera que el certificado estará todavía en mi sombrero.

En realidad estoy segura de ello porque ahora que lo pienso, el sombrero me ha molestado mucho todo el día.

Tardaron algún tiempo en encontrar el sombrero de Irene, porque había rodado debajo de la cama contigua, pero, ante la alegría de Irene, el sobre con el certificado seguía debajo de la banda. Fue a entregárselo al ama llena de alegría.

—Lo puse en mi sombrero para acordarme de echarlo al correo —le explicó—, pero me olvidé, de manera que ha venido conmigo en el sombrero.

El ama no entendió ni una palabra y lo consideró parte de la acostumbrada irresponsabilidad de Irene. Agradecida, cogió el certificado antes de que Irene pudiera volver a perderlo.

—¿Ha encontrado Darrell a su hermana menor? —preguntó a Irene.

Pero Irene lo ignoraba.

—Iré a averiguarlo —dijo volviendo a marcharse.

Darrell había encontrado a Felicity en el dormitorio del primer grado, con June y otras compañeras. June hablaba con todas como si fuese una alumna de tercero; Felicity permanecía a su lado con aire tímido, escuchándola.

—¡Felicity! —gritó Darrell al acercarse a ella—, ¿por qué no me esperaste? ¿Por qué te fuiste sola en busca del ama? Tú sabías que yo iba a ir también.

—Oh, yo la llevé —respondió June—. Pensé que podía venir conmigo. Las dos somos nuevas. Sabía que Alicia no iba a molestarte por mí y pensé que tú tampoco te molestarías por Felicity. Hemos entregado nuestros certificados, pero tú debes entregar el dinero de Felicity.

—Ya lo sé —replicó Darrell muy herida en su dignidad.

¡Qué fresca tenía aquella pequeña para hablarle de aquel modo! Se volvió hacia Felicity.

—Creo que debiste esperar —le dijo—. Yo quería enseñarte tu dormitorio y todo lo demás.

Capítulo 3

LA PRIMERA NOCHE

Darrell se encaminó a su dormitorio para preparar sus cosas para la noche; se sentía molesta y enojada. Había deseado tanto enseñar a Felicity su dormitorio, su cama y todo lo demás. ¿Cómo pudo irse con June sin esperarla?

—¿Encontraste a Felicity? —le preguntó Alicia.

—Sí —replicó Darrell, tajante—. Se había ido con esa prima tuya, ¿cómo se llama?, June. Me ha sorprendido. Yo creo que esas jovencitas debieron esperar a que las acompañásemos. A mí me hubiese gustado tener una hermana o una prima la primera vez que vine aquí.

—Oh, June sabe componérselas muy bien sola —replicó Alicia—. Es una chiquilla resuelta y decidida. Siempre averigua las cosas por sí misma. En cuanto a tomarla bajo mi tutela, no sueño en poner a nadie en una situación tan incómoda. ¡Aguarda a que la oigas discutir! Es capaz de convencer a una mula.

—No me gusta mucho —respondió Darrell, con la esperanza de que June no tomase a su hermana bajo su protección, lira imposible que a Felicity le gustase alguien como June.

—Es un poco descarada —convino Alicia—. Todos nosotros lo somos. Es el estigma de mi familia, ya sabes.

Darrell la miró. No lo dijo como si lo considerase una falta.

En realidad habló como si se sintiera orgullosa de ello. Cierto que Alicia tenía una lengua muy afilada y dura, aunque aquellos años en *Torres de Malory* la habían suavizado mucho. Lo malo era que la salud y el cerebro de Alicia eran demasiado buenos. Siempre lograba desconcertar a cualquiera sin el menor esfuerzo si se lo proponía. Darrell no creía que hubiese tenido un sabañón ni un dolor de cabeza en su vida. Por eso siempre se mostraba desdeñosa con los enfermos o los débiles en cualquier sentido, y despreciaba a los menos inteligentes.

Darrell resolvió vigilar a Felicity cuanto pudiera. No iba a permitir que la dominase la prima de Alicia con su desparpajo. Felicity era joven y tímida, más fácil de manejar que Darrell. Sintió un deseo incontenible de protegerla al pensar en la joven y descarada June.

Todas abrieron sus bolsas de viaje y sacaron sus cosas para pasar la primera noche. Las maletas y los baúles, que habían sido enviados casi todos con anticipación, no serían abiertos hasta el día siguiente.

Darrell echó una mirada a su alrededor, contenta de estar de vuelta.

Era un bonito dormitorio con una preciosa vista del mar, que aquella tarde tenía un azul profundo. Las niñas alcanzaban a oír el lejano batir de las olas contra las rocas. Darrell se concentró en el ligero rumor del mar y se hinchó de gozo al pensar en el trimestre estival. Era el mejor trimestre del año.

Las camas estaban alineadas a lo largo del dormitorio, cada una con una vistosa colcha. En los

extremos de la estancia había lavabos con agua fría y caliente.

Irene chapoteaba en uno de ellos, quitándose el polvo del viaje. Siempre llegaba más sucia que nadie. ¿Quién hubiese adivinado jamás que aquella despistada era un auténtico genio para la música y las matemáticas, y bastante buena para las otras asignaturas?

Ahora canturreaba una canción mientras se lavaba.

—¡Tumtituti-tumty-tuti-ta, tal!

—¡Oh, Irene, no nos digas que vamos a tener que escuchar esa tonadilla durante semanas! —gimió Gwendoline, que siempre se quejaba de que el continuo canturreo de Irene la ponía nerviosa.

Irene no le hizo el menor caso, lo cual enfureció a Gwendoline, ya que le gustaba, siempre que fuese posible, ser el Centro de la atención general.

—¡Irene! —comenzó, pero en aquel momento se abrió la puerta y entraron dos niñas nuevas acompañadas por el ama.

—Niñas, éstas son las mellizas Batten —dijo con su genialidad habitual—, Connie y Ruth. Son de cuarto grado y estarán en este dormitorio. Cuidad de ellas, Sally y Darrell, ¿lo haréis?

Las niñas se levantaron para mirar a las mellizas. Y su primer pensamiento fue: ¡Qué mellizas más distintas!

Connie era más alta, más llena, más robusta y de aspecto más decidido que Ruth que era bastante más baja, con aire tímido. Connie sonrió abiertamente y las saludó a todas. Ruth apenas alzó la cabeza para mirar a su alrededor y, en cuanto pudo, se situó detrás de su hermana.

—Hola, mellizas —exclamó Alicia—. Bienvenidas al mejor dormitorio del colegio. Ésas camas de ahí deben de ser las vuestras, las dos vacías que están juntas.

—¿Trajisteis vuestras bolsas? —preguntó Darrell—. Bien, si queréis podéis abrirlas ahora. La cena pronto estará lista.

Va a sonar el timbre de un momento a otro.

—Espero que sea buena —dijo Connie con una sonrisa de camarada—. Tengo un apetito atroz. Hace siglos que hemos merendado.

—Sí, la primera noche siempre tenemos una cena estupenda —replicó Sally—. Ya la huelo.

Connie y Ruth alzaron las naricillas en el aire, respirando con fruición.

—Vamos —dijo Connie a Ruth—. De prisa. Yo tengo las llaves. Aquí están.

Abrió las dos bolsas y lo sacó todo rápidamente. Ruth cogió algunas cosas y miró a su alrededor con aire despistado.

—Aquí. Éstos deben de ser nuestros cajones, los que están junto a nuestras camas —dijo Connie, comenzando a colocarlo todo con la mayor eficiencia. Llevó los objetos de aseo al lavabo y llamó a Ruth.

—Vamos, Ruth, será mejor que nos lavemos. Estoy hecha un asco. —Ruth fue a reunirse con ella y, cuando se estaban secando con la toalla, sonó el timbre que anunciaba la cena.

Se oyó un coro de exclamaciones de alegría.

—¡Hurra! Espero que sea una cena espléndida; Yo podría pasar con pato asado, guisantes, patatas nuevas, pudding y montones de queso —dijo Belinda, y a todas se les hizo la boca agua.

—¡Qué esperanza! —exclamó Darrell.

Pero de todas formas hubo una deliciosa cena aquella primera noche: jamón frío y tomates, grandes fuentes de ensalada, patatas asadas, pastel de manzana y crema, y galletas y mantequilla para las que quisieran.

Grandes jarros de limonada muy helada estaban repartidos a lo largo de la mesa.

—¡Vaya! —dijo Connie a Ruth—. Si ésta es la clase de comida que van a darnos aquí, tenemos suerte. Es mucho mejor que la del colegio al que íbamos.

—Siento desilusionarte —intervino Alicia—, pero creo que debo advertirte que las cenas de la primera y de la última noche son las únicas buenas que tenemos en todo el curso. Suponen que debemos de tener apetito después del largo viaje hasta Cornualles, de ahí este despilfarro. Mañana noche, mellizas, sólo tendréis pan y cacao.

Alicia exageraba como de costumbre, y las mellizas parecieron alarmarse. Darrell miró a su alrededor buscando a Felicity. ¿Dónde estaba? No podía sentarse a la mesa de las de cuarto, naturalmente, pero había esperado tenerla lo bastante cerca para poder decirle unas palabras.

Se encontraba demasiado lejos para hablarle ¡y estaba al lado de aquella repelente June! June le hablaba con animación y Felicity la escuchaba encantada.

Alicia vio que Darrell miraba a Felicity y June.

—¡Qué pronto se han ambientado! —le dijo a Darrell—. Mira cómo la pequeña Felicity escucha a June. ¡Deberías escuchar las historias que June cuenta de su familia! Todos son cabezas locas, como en la mía.

Darrell recordó lo interesante y divertida que Alicia solía ser cuando contaba uno de sus interminables relatos sobre su inquieta, feliz y afortunada familia. Suponía que June sería igual, pero le dolía que Felicity la necesitase tan poco.

«¡Bueno, si cree que puede arreglárselas sola, allá ella! —pensó Darrell—. Supongo que en realidad es mejor para mi hermana, aunque no puedo por menos que sentirme un tanto decepcionada. Supongo que esa horrible June averiguará todo lo que haga falta para enseñarle a Felicity la piscina, los jardines, los establos y todas las cosas que yo había planeado mostrarle».

Felicity deseaba ardientemente acercarse a Darrell después de cenar para preguntarle algunas cosas, pero en cuanto dijo que se iba, June la retuvo.

—¡No vayas! —exclamó June—. ¿No sabes cuánto les molesta a las mayores que sus primas y hermanas pequeñas vayan tras ellas? Todo el mundo se hartará de nosotras si vamos en busca de Alicia y Darrell. En realidad, Alicia me dijo que lo mejor era que cuidara de mí misma, porque las de primero tenemos muy poca importancia y ni siquiera merecemos que se nos tenga en cuenta.

—¡Qué horror! —exclamó Felicity—. Mi hermana Darrell no es así.

—Todas las mayores lo son —replicó June con aires de persona entendida—. ¿Y por qué tienen que preocuparse de nosotras? Debemos aprender a desenvolvernos solas, ¿no? Pues bien, espera a que tu hermana venga a buscarte. Si no lo hace, sabrás que no quiere que la molestes y, si viene, no le hagas pensar que dependes de ella y quieres que cuide de ti. Te respetará mucho más que si te las arreglas tú sola. ¡Ella sabe hacerlo muy bien!

—Es cierto —contestó Felicity—. Sí, tal vez tengas razón, June. He oído a Darrell hablar

algunas veces con desprecio de las personas que no saben gobernarse por sí mismas, ni tomar una determinación. Al fin y al cabo, la mayoría de las niñas nuevas no tienen hermanas que las cuiden. Supongo que no debo pensar que la mía se convierta en mi niñera sólo por haber venido a un colegio nuevo.

June la miró con tal aprobación que Felicity no pudo evitar sentirse halagada.

—Me alegro de que no seas una pusilánime —dijo June—. Temía que lo fueras. Mira, ahí viene Darrell. Ahora no te echas a llorar sobre su hombro.

—¡Cómo si fuera a hacer algo así! —exclamó Felicity, indignada. Sonrió a Darrell.

—Hola, Felicity. ¿Qué tal te va? —le preguntó Darrell amablemente—. ¿No necesitas ayuda, ni consejo?

—Muchísimas gracias, Darrell, pero me va muy bien —replicó Felicity, que deseaba preguntar a Darrell algunas cosas.

—¿Quieres venir a ver la piscina? —le preguntó su hermana. Tenemos tiempo.

Darrell había olvidado que las de primero debían acostarse inmediatamente al terminar de cenar la primera noche. Pero June sí lo sabía y respondió por Felicity.

Tenemos que acostarnos, así que Felicity no podrá ir esta noche —dijo con frialdad—. Tenemos planeado ir mañana antes del desayuno. Entonces la piscina estará llena. Lo he preguntado.

—Estaba hablando con Felicity, no contigo —replicó Darrell con el aire de superioridad de una alumna de cuarto. No quieras pasarte de lista, o aterrizarás, June—. Y volviéndose hacia su hermana, le habló con frialdad: —Bien, celebro que le vayas aclimatando, Felicity. Lamento que no estés en mi dormitorio, pero, claro, allí sólo hay alumnas de cuarto.

Se oyó un timbre.

—¡Es hora de acostarse! —exclamó June, que al parecer lo sabía todo—. Será mejor que nos marchemos. ¡Yo cuidaré de Felicity por ti, Darrell!

Y dicho esto, la irresistible June cogió a Felicity del brazo y se la llevó.

Darrell hervía de indignación y miró a las dos niñas que se alejaban, suavizándose un poco al ver que Felicity se volvía para dirigirle una sonrisa dulce a modo de disculpa.

«¡Ésa desvergonzada June! —pensó Darrell—. *En mi vida he deseado tanto darle una bofetada a alguien*».

Capítulo 4

TODAS JUNTAS OTRA VEZ

Acostarse la primera noche siempre resultaba divertido, especialmente en el trimestre de verano, porque todas las ventanas estaban abiertas, la luz del día todavía era intensa y la vista maravillosa.

Era estupendo ver tantas niñas reunidas otra vez, comentando las vacaciones pasadas y haciendo cábalas sobre lo que les traería el nuevo trimestre.

—Éste año debemos conseguir el diploma escolar —gimió Daphne—. ¡Qué horror! He estado estudiando todas estas vacaciones, pero no creo saber nada, ni siquiera ahora.

—La señorita Williams nos tendrá todo el trimestre con las narices contra la pizarra —intervino Alicia, quejosa.

—Bueno, tú no necesitas preocuparte —le dijo Bill, que hasta entonces apenas había hablado pues las otras la habían dejado a solas. Sabían que sentía añoranza, no de su casa, sino de su caballo, las primeras noches que pasaba en el colegio. Tenía una especial devoción por todos los caballos que poseían sus padres y sus siete hermanos y al principio les echaba terriblemente de menos.

Alicia la miró.

¿Por qué no necesito preocuparme? —le preguntó—. ¡Me preocupa tanto como a ti!

—Bueno, lo que quiero decir es que tú no necesitas esforzarte para estudiar, Alicia —contestó Bill—. Parece que te aprendes las cosas sin el menor esfuerzo. Yo he tenido que estudiar también durante las vacaciones, cosa que me contrariaba mucho porque lo que yo deseaba era montar a caballo con mis hermanos. ¡Y vaya si tuve que estudiar! Apuesto a que tú no tuviste clases durante las vacaciones.

—Mavis, ¿te presentarás para el diploma escolar? —le preguntó Darrell.

Mavis había estado muy enferma el año anterior y perdió la voz. Había tenido una voz magnífica, pero su enfermedad la estropeó. Siempre decía que iba a ser cantante de ópera, pero ahora nadie le oía ni siquiera insinuarlo. En realidad, la mayor parte de las niñas habían olvidado que Mavis tenía una voz maravillosa.

—Pienso presentarme, desde luego —respondió Mavis—, aunque no lo conseguiré. Sólo con pensarlo me pongo a temblar. A propósito, ¿sabíais que voy recuperando mi voz?

Hubo una pausa durante la cual las niñas recordaron la enfermedad de Mavis.

—¡Cielos! ¿Es cierto? —exclamó Sally—. ¡Cuánto me alegro por ti, Mavis! Imagínate, podrás cantar otra vez.

—No puedo cantar mucho —comentó Mavis—. Pero este curso sabré si valdrá la pena volver a educar mi voz.

—Te deseo buena suerte, Mavis —le dijo Darrell. Recordaba que cuando Mavis tenía aquella voz maravillosa, todas la consideraban eso: sólo una voz, un ser insignificante sin un ápice de

carácter. Pero ahora Mavis tenía otra personalidad y resultaba difícil recordar cómo era antes.

«*Me pregunto si volverá a ser solamente una voz* —pensó Darrell—. *No creo. Merece recuperar su voz. Jamás se ha quejado ni lamentado por ello*».

—Escuchad —exclamó Mary-Lou—. ¿Para quién es esta cama, al final del dormitorio? Nadie ha puesto sus cosas encima.

Contaron cuántas eran y luego las camas.

—Sí, esta cama está de más —concluyó Darrell—. Bueno, no la habrían puesto si no tuviera que ser usada. Debe de venir otra nueva.

—Mañana lo preguntaremos —replicó Alicia, bostezando—. ¿Qué tal os va, mellizas? ¿Bien?

Las dos niñas nuevas respondieron con amabilidad.

—Estupendamente, gracias.

Se habían lavado, cepillado los cabellos y los dientes, y ya estaban acostadas. A Darrell le divirtió ver que Connie cuidaba de Ruth como si fuera una hermana pequeña, la tapaba en la cama e incluso le cepillaba los cabellos.

Las miró acostadas, con las caras somnolientas vueltas hacia ella. El rostro de Connie era redondo y lleno, y sus cabellos espesos bastante lisos. «*Su mirada es valiente, llena de empuje*», pensó Darrell. La otra gemela, Ruth, tenía la cara menuda y sus cabellos color de trigo, como los de Connie, eran ondulados.

—Buenas noches —les dijo Darrell, sonriendo. Ellas correspondieron a su sonrisa. A Darrell le pareció que iban a gustarle. Hubiera preferido que fueran exactamente iguales, hubiese sido divertido. Pero en realidad eran muy distintas.

Una a una, las niñas se metieron en la cama bostezando. La mayoría quitó la colcha, porque aquella noche de mayo era muy calurosa. Gwendoline conservó la suya. Le encantaba tener montones de mantas y nadie había logrado convencerla de que quitase el edredón en verano.

La señorita Potts asomó la cabeza. Algunas niñas ya se habían dormido.

—Basta de charla —dijo la señorita Potts en voz baja.

Algunos gruñidos le respondieron. Nadie tenía ganas de hablar ya.

Darrell se preguntó de pronto si Felicity estaría bien. Esperaba que no echase de menos su casa. No tendría tiempo si June estaba en la cama de al lado hablando sin cesar. «*¡Qué niña más desagradable!* —pensó Darrell—. *¡Y qué descaro tiene! Es algo increíble*».

Cuando a la mañana siguiente sonó el timbre para levantarse, hubo un coro de gemidos y protestas. Nadie saltó de la cama.

—¡Bueno, debemos levantarnos! —dijo Darrell al fin—. Arriba todo el mundo. Cielos, mirad a Gwendoline: sigue profundamente dormida.

Darrell le guiñó un ojo a Sally. Gwendoline no dormía, pero le gustaba permanecer en cama unos minutos más.

—Llegará tarde —exclamó Sally—. No podemos dejar que se vea en apuros la primera mañana. Será mejor que la mojes con una esponja empapada en agua fría, Darrell.

Éste comentario, que por lo general se hacía veinte veces cada trimestre, siempre daba el resultado apetecido. Gwendoline abrió los ojos indignada y se incorporó.

—No te atrevas a salpicarme con esa esponja —comenzó furiosa—. ¡Es terrible tener que levantarse temprano! Vaya, en casa...

—Vaya, en casa «*no nos levantamos hasta las ocho*» —cantó una de las niñas y todas rieron. Ahora se sabían de memoria las lamentaciones de Gwendoline.

—¿Te hace la cama tu vieja institutriz? —le preguntó Alicia—. ¿Te ata el babero por la mañana? ¿Alimenta mamá a la dulce Gwendoline con una cuchara de plata?

Gwendoline ya había tenido que soportar las maliciosas bromas de Alicia durante varios trimestres, pero nunca se acostumbraría. Las lágrimas acudieron fácilmente a sus ojos y volvió la cabeza.

—Cállate, Alicia —dijo Darrell—. No empieces a meterte con ella tan pronto.

Alicia le dio un codazo a Sally, señalándole a las mellizas con la cabeza. ¡Connie estaba haciendo la cama de su hermana Ruth!

—Yo puedo hacerlo —protestó Ruth, pero Connie la apartó a un lado.

—Tengo tiempo, Ruth. Eres muy lenta para estas cosas. Siempre te la hacía yo en el otro colegio y puedo seguir haciéndotela aquí. —Miró a las otras, viendo que la observaban.

—¿Alguna objeción? —preguntó con aire beligerante.

—Por mi parte, en absoluto —replicó Alicia con su suave voz—. Puedes hacer también la mía, si quieres. Yo también soy muy lenta para estas cosas.

Connie no consideró que mereciera la pena responder a ese comentario y continuó haciendo la cama de Ruth, que permanecía en pie a un lado con aire despistado.

—¿De qué colegio venís? —preguntó Darrell dirigiéndose a Ruth, pero antes de que la niña pudiese contestar, Connie lo hizo por ella.

—Fuimos al colegio Abbey, en Yorkshire. Era agradable, pero no tanto como lo va a ser éste. Esto satisfizo a las de cuarto.

—¿Jugabais a hockey o a *lacrosse*^[1] en el otro colegio? —les preguntó Sally, dirigiendo la pregunta a Ruth.

—A hockey sobre hierba —intervino de nuevo Connie—. Me gusta ese juego, pero también quiero jugar al *lacrosse*.

—¿Crees que te gustará el *lacrosse*? —quiso saber Sally, dirigiéndose una vez más a Ruth, mientras se preguntaba si tendría lengua.

Y de nuevo fue Connie quien contestó:

—¡Oh!, a Ruth le gusta siempre lo que me gusta a mí. Le encantará el *lacrosse*.

Sally iba a preguntar si alguna vez Ruth decía algo por sí misma, cuando sonó el timbre del desayuno. Las niñas se apresuraron a comprobar si quedaba algún vestido sin guardar. Alicia acabó de alisar su colcha. Gwendoline fue la última, como siempre, lamentándose de haber perdido un sujetador de pelo. Pero Gwendoline siempre estaba gimiendo. ¡Y nadie le hacía mucho caso!

Darrell miró con ansiedad mientras las niñas entraban en el comedor de la *Torre Norte* por si veía a Felicity. Las niñas de la *Torre Sur* comían en el comedor correspondiente a dicha torre, las de la *Torre Este* en el suyo, y así sucesivamente.

Cada torre era como una residencia separada, con sus propias salas comunes, comedores y dormitorios. Las aulas estaban en los edificios que unían torre con torre, al igual que las clases especiales, como laboratorios, la sala de arte y la de costura. También estaba el magnífico gimnasio.

Felicity entró muy limpia y aseada. La señorita Potts, al verla, pensó en lo mucho que se parecía a la Darrell de cuatro años atrás, cuando también entró tímidamente en el comedor para su primer desayuno.

Delante de Felicity iba June, con el aspecto de una alumna de tercero por lo menos, en vez del de una de las nuevas. Miraba a todas partes, saludó con la cabeza a Alicia, que hizo cuanto pudo por ignorarla; sonrió a Darrell, que se la quedó mirando fijamente, y se puso a hablar amigablemente con *Mademoiselle* Dupont, que estaba en la cabecera de la mesa de las de primer grado. El segundo curso también estaba allí, y Darrell y Alicia tuvieron la satisfacción de ver cómo dos alumnas rechazaban con rudeza a June cuando quiso sentarse a la cabecera de la mesa.

Pero nadie era capaz de detener a June. Se sentó en cualquier otro sitio y dijo unas palabras a Felicity, que sonrió intranquila.

«*Alguna frescura, supongo* —pensó Darrell, para sus adentros—. *Bueno, las de su curso la pondrán pronto en su sitio y también tendrá en su contra a las de segundo. Hay algunas niñas decididas en segundo y no soportarán impertinencias de una descarada como June*».

Felicity sonrió a Darrell, que le correspondió con calor, olvidando por el momento que Felicity probablemente habría ido a ver la piscina sin ella, antes de desayunar. Esperaba que su hermanita hiciese bien las pruebas de las clases de aquel día y demostrase que estaba bien preparada.

Al recordar de pronto la cama vacía de su dormitorio, Sally habló de ello con la señorita Potts. —Señorita Potts, hay una cama de más en nuestro dormitorio. ¿Sabe usted para quién es? Todas hemos regresado ya.

—Oh, sí —respondió la señorita Potts—. Déjame pensar, hoy tiene que llegar otra nueva, ¿cómo se llama? Clarisa, sí, Clarisa Carter. Eso me recuerda que ya ha recibido una carta. Aquí está. Sally, ponía en su tocador, ¿quieres?

Gwendoline fue la que cogió la carta para pasársela a Sally. La miró y vio que iba dirigida a «La honorable Clarisa Carter».

«*¡La honorable Clarisa Carter!* —pensó Gwendoline, encantada—. *¡Si quisiera ser mi amiga! Yo cuidaré de ella cuando llegue. Haré cuanto pueda*».

Gwendoline era un poco excéntrica y siempre iba detrás de las personas ricas, hermosas o superdotadas.

Alicia sonrió al ver su cara.

«*Gwendoline va a dedicarse por entero a la distinguida Clarisa* —pensó—. *¡Ahora sí que vamos a divertirnos!*».

Capítulo 5

UNA MAÑANA INTERESANTE

El cuarto grado estaba dirigido por la señorita Williams, una profesora pulcra y erudita, cuya bondad no significaba falta de disciplina. Por lo general el cuarto grado era un buen grupo, responsable y trabajador, pero este año la señorita Williams había tenido algunos problemas con su clase. ¡Había tantas despistadas!

«No obstante, creo que todas conseguirán el diploma escolar —pensó la señorita Williams—. No hay ninguna realmente estúpida, excepto Gwendoline. Daphne está mucho mejor gracias a las clases que ha tomado durante las vacaciones. Mavis ha progresado bastante. Y Bill lo mismo. Y a pesar de que es casi seguro que la pequeña Mary-Lou fracasará, ella está convencida de lo contrario».

Sus alumnas no eran únicamente las niñas de la *Torre Norte*, sino también las de cuarto de las otras torres. Betty Hill, la amiga de Alicia, era una de ellas. Tenía una lengua tan afilada como Alicia, aunque no tan ingeniosa. Residía en la *Torre Oeste*, y Alicia y ella se quejaban a menudo porque las autoridades del colegio eran tan duras de corazón que no dejaban que Betty se reuniera con Alicia en la *Torre Norte*.

La señorita Grayling, la directora, preguntó una vez a la señorita Potts, la responsable de la torre, si podía cambiar a Betty Hill a la *Torre Norte*, puesto que los padres de Betty así lo habían solicitado por escrito.

—A Alicia sola puedo manejarla —respondió la señorita Potts—, e incluso a Betty sola, pero tenerlas a las dos juntas en una misma torre sería completamente imposible. No tendría ni un momento de paz, ni *Mademoiselle* tampoco.

—Estoy de acuerdo con usted —exclamó la señorita Grayling. De manera que enviaron una carta a los señores Hill diciéndoles que era imposible acomodar a Betty en la *Torre Norte*. Sin embargo, Alicia y Betty continuaron siendo muy buenas amigas, aun estando en distintas torres, ya que se encontraban en clase cada día, organizaban paseos y excursiones juntas y planeaban bromas y divertidos trucos.

Las de la *Torre Norte* estaban deseando ir a su clase después de las oraciones. Querían escoger sus pupitres, ordenar sus cosas, mirar por la ventana, limpiar la pizarra y hacer las cien cosas que habían hecho juntas tantas veces.

Las mellizas aguardaron a que las otras niñas hubieran escogido sus pupitres. Sabían que ellas no debían hacerlo hasta entonces. Claro que ya quedaban muy pocos, sólo dos para niñas de la *Torre Este* que aún no habían regresado: el de Clarisa Carter y los suyos.

—Nos sentaremos juntas, naturalmente —dijo Connie, colocando sus libros y los de Ruth en dos pupitres contiguos que estaban en la odiosa primera fila, porque, claro, todas las demás filas habían sido ocupadas comenzando por la última, puesto que era la única segura para charlar por lo

bajo o para pasarse apuntes.

Darrell se preguntó, mientras miraba por la ventana, si Felicity habría ido ya a ver a la señorita Grayling. Debía preguntárselo en cuanto la viera en el recreo. La señorita Grayling recibía a todas las nuevas juntas, y lo que les decía siempre las impresionaba y las determinaba a portarse lo mejor posible. Darrell recordaba con claridad lo mucho que le había afectado a ella y cómo tomó la decisión de ser una persona de valía en este mundo.

—Me pregunto quién será la delegada de clase este trimestre —exclamó Alicia, interrumpiendo los pensamientos de Darrell—. Jean ha pasado al grado siguiente, así que ella no será. Bueno, apuesto a que yo no lo seré. Nunca lo he sido, ni espero serlo jamás. La señorita Grayling no confía en mí.

—Supongo que será Sally —dijo Darrell—. Ella fue delegada de clase cuando estábamos en segundo curso y lo hizo muy bien, ¡aunque, que yo recuerde, a ti no te lo pareció, Alicia!

—No, desde luego —replicó ésta con candidez—. Creía que yo debía desempeñar el cargo. Pero ahora me he librado ya de ideas tontas como ésa. Comprendo que no sirvo para delegada de nada; no me tomo el suficiente interés.

En parte eran bravatas, pero había algo de cierto. ¡Alicia no se tomaba el suficiente interés! Las cosas resultaban tan sencillas para ella que nunca tuvo que esforzarse por nada, por lo que no se preocupaba. «*Si tuviera que estudiar de firme las lecciones como yo, sí se preocuparía* —pensó Darrell—. *Valoramos las cosas que nos cuestan. A Alicia le resulta demasiado sencillo*».

Gwendoline había escogido un pupitre en primera fila. Todas estaban asombradas. Alicia la miró con recelo. ¿Querría ganarse a la señorita Williams?

No, nadie en el mundo podía hacer eso. ¡La señorita Williams ni lo notaría! Entonces, ¿cuál era el motivo de la curiosa elección de Gwendoline?

—¡Vaya, pues claro! —exclamó de pronto Alicia y todas la miraron sorprendidas.

—Claro, ¿qué? —preguntó Betty.

—Se me acaba de ocurrir por qué la querida Gwendoline ha escogido la primera fila —dijo Alicia, maliciosamente—. Al principio pensé que estaba loca, pero ahora lo entiendo.

Gwendoline la miró ceñuda. Temía realmente la malintencionada lengua de Alicia y pensaba que era probable que hubiese acertado con el motivo exacto.

Pero Alicia no dijo nada entonces. Sonriendo con sarcasmo a Gwendoline, exclamó:

—Querida Gwen, no te descubriré, realmente tienes una muy honorable razón para tu elección, ¿no es cierto?

Nadie supo imaginar a qué se refería, ni siquiera Betty, pero Gwendoline sí lo entendió. Había escogido un pupitre de primera fila porque sabía que la honorable Clarisa Carter tendría que sentarse allí y sería muy conveniente estar junto a ella y ayudarla.

Se puso roja como la grana, no respondió y comenzó a ordenar sus libros. La señorita Williams entró en aquel momento y Gwen corrió a sostenerle la puerta.

El primer día de colegio siempre era agradable y confuso, como lo llamaba Belinda. No se daban clases, sino que se realizaban pruebas, principalmente para comprobar el nivel de los estudios de las nuevas. Se daban los horarios, que se copiaban entre gemidos. Irene nunca lograba

terminar el suyo. Siendo como era tan buena y pulcra para las matemáticas y la música, era una completa nulidad para una cosa tan sencilla como hacer una copia para ella del horario general de las clases.

Por lo general terminaba por hacérselo Belinda, pero como ésta no era mucho mejor que ella, Irene siempre se confundía con su horario y aparecía en una clase equivocada, a una hora intempestiva. Se presentaba para la clase de matemáticas en la sala de costura, o se iba a coser al laboratorio. Todas las profesoras habían desistido hacía tiempo de intentar que Irene y Belinda fuesen sensatas y razonables en las cosas corrientes.

Irene, con su gran facilidad para la música, y Belinda, con su maestría en el dibujo, parecían convertirse en niñas de cuatro años cuando tenían que resolver las cosas triviales y cotidianas. Para Irene, no era nada extraño presentarse a desayunar sin medias, y para Belinda, perder todos los libros que poseía del modo más inexplicable. Las niñas las adoraban por lo divertidas que eran, y las admiraban por sus dones.

Todo el mundo andaba atareado aquella mañana en una cosa u otra. Darrell hizo una lista de los deberes de la clase: llenar los tinteros, reponer las flores de los jarrones, mantener limpia la pizarra, entregar las libretas necesarias y demás.

Cada una de las alumnas de la clase debía hacerse cargo de estas obligaciones durante una semana, junto con otra niña, durante el trimestre.

Antes del recreo, la señorita Williams les dijo a las niñas que ordenasen sus pupitres.

—Tengo algo que deciros —anunció—. Será cosa de un par de minutos, pero es algo que estoy segura que os gustará saber.

—¡Nos va a decir quién será la delegada de clase este trimestre! —susurró Sally a Darrell—. ¡Mira a Gwendoline!

Qué cara ha puesto. ¡Seguro que se cree que puede ser ella!

Y era cierto. Gwendoline siempre esperaba ser la delegada de la clase y tenía el orgullo suficiente para creer que lo haría muy bien. Siempre se había llevado desilusiones y siempre sería igual. Las niñas egoístas y mimadas son poco sensatas, y ninguna profesora en sus cabales hubiera escogido jamás a Gwendoline Mary.

—Creo que casi todas sabéis que Jean consiguió el diploma escolar el último año y ha pasado al curso siguiente —explicó la señorita Williams—. Éste año no tiene que trabajar para conseguir el diploma. Era vuestra delegada de clase y, ahora que se ha ido, debemos elegir otra.

Hizo una pausa para mirar a sus alumnas.

—He discutido el asunto con la señorita Grayling, la señorita Potts y las *Mademoiselles* Dupont y Rougier —prosiguió la señorita Williams—. Y todas estamos de acuerdo en que nos gustaría probar a Darrell Rivers como delegada de la clase.

Darrell enrojeció violentamente mientras su corazón latía con fuerza. Todas aplaudieron y la vitorearon, incluso Gwendoline, quien siempre temía que algún día escogieran a Alicia.

—Darrell, estoy completamente segura de que hemos elegido bien —dijo la señorita Williams, sonriendo a la ruborizada Darrell—. No puedo imaginar ni por un momento que llegues a hacer algo que haga que nos arrepintamos de nuestra elección.

—No, señorita Williams, no lo haré —respondió Darrell con fervor. Deseaba poder ir a decírselo a sus padres en aquel mismo momento. ¡Delegada de clase del cuarto grado! Siempre había deseado ser delegada de algo y ésta era la primera vez que tenía esa oportunidad. Sería la mejor delegada de clase que el cuarto tuviera jamás.

¿Qué diría Felicity? Sería una gran cosa para ella poder decir: «¡*Mi hermana es la delegada del cuarto grado!*!». Felicity se sentiría orgullosa y satisfecha.

En el recreo, Darrell corrió a buscar a Felicity para decírselo, pero había desaparecido otra vez. ¡Aquello era enloquecedor! Darrell sólo disponía de unos minutos. Corrió de un lado a otro y al final la encontró en el patio con June. El patio era el espacio que quedaba en el interior del edificio oblongo de *Torres de Malory*. Quedaba muy resguardado y allí todas las flores crecían pronto. Ahora estaba lleno de tulipanes, rododendros y narcisos; daba gusto verlo.

Pero aquella mañana Darrell no vio las flores, pues corría hacia Felicity.

—Felicity, tengo que darte una buena noticia: me han hecho delegada de clase del cuarto grado.

—¡Oh, Darrell! ¡Qué estupendo! —exclamó Felicity—. ¡Cuánto me alegro! Ah, Darrell, tengo que decirte una cosa: esta mañana he visto a la señorita Grayling y nos ha dicho, a las otras nuevas y a mí, exactamente lo mismo que te dijo a ti cuando viniste por primera vez. ¡Estuvo magnífica!

El pensamiento de Darrell voló a su primera mañana en *Torres de Malory*, frente a la señorita Grayling en su agradable despacho escuchándola hablar gravemente a todas las niñas presentes. Oyó la voz de la directora.

—Un día tendréis que abandonar el colegio y salir al mundo convertidas en jovencitas. Llevaréis con vosotras el conocimiento de muchas cosas, y una disposición para aceptar responsabilidades y mostraros como personas a las que amar y en quienes confiar. Yo no considero éxitos a las que han ganado becas y pasado exámenes, aunque éstas son cosas buenas. Cuento como éxitos nuestros a aquellas que aprenden a ser amables y a tener buen corazón, a ser sensatas, responsables, personas sanas y buenas en las que el mundo pueda confiar.

Sí, Darrell aún recordaba aquellas palabras ahora lejanas y estaba muy contenta de empezar a ser uno de los éxitos, ya que, ¿acaso no había sido escogida aquel mismo día como delegada de clase, el año del diploma escolar?

—Sí, la señorita Grayling es magnífica —dijo a Felicity.

—Y tú también lo eres —exclamó Felicity con orgullo—. ¡Es estupendo ser la hermana de una delegada de clase!

Capítulo 6

LLEGA CLARISA

Gwendoline aguardaba la llegada de la última alumna nueva que se incorporaría al cuarto grado, Clarisa. Gwendoline era la única niña de la clase que no tenía ninguna amiga íntima, y se daba cuenta de que iba a ser inútil tratar de hacer amistad con las mellizas, porque sólo querían estar juntas.

«De todas formas, tampoco me gustan mucho —pensó Gwendoline—. Probablemente se volverán locas por los deportes, la gimnasia y los paseos. ¿Por qué no habrá aquí niñas femeninas, a las que les guste hablar y leer tranquilamente, y no ir siempre a la carrera por el campo de lacrosse o zambullirse en esa horrible piscina?».

¡Pobre Gwendoline! Era tan perezosa que no disfrutaba con las cosas que proporcionaban tanta diversión y entusiasmo a las demás. Odiaba todo lo que obligara a correr y aborrecía el agua fría de la piscina.

A Daphne y a Mary-Lou tampoco les gustaba la piscina, pero sí el tenis y las excursiones. Ninguna de las dos montaba, porque los caballos les causaban pavor. Pero Bill, que ahora montaba a Trueno cada día antes del desayuno, reñía con Daphne, Mary-Lou y Gwendoline, porque ni siquiera ofrecían a Trueno un terrón de azúcar y chillaban al verle patear. Ella, Darrell y las mellizas salían juntas a montar dos tardes a la semana. La señorita Peters, profesora de tercero y gran amiga de Bill, iba con ellas. Todas disfrutaban inmensamente con aquellos paseos a caballo por el acantilado.

A Felicity no le permitían ir con ellas porque sólo era alumna de primer grado. Ante el disgusto de Darrell, la única buena amazona del primer grado era June, de manera que parecía que de nuevo Felicity y June iban a ser compañeras y a disfrutar juntas de algo.

«Felicity terminará teniendo a June por amiga —pensó Darrell—. Oh, Dios mío, es una lástima que June no me guste. A Felicity le gusta mucho Sally. Deberían gustarnos nuestras amigas respectivas. ¡Sólo pensar que June pudiera venir a nuestra casa durante las vacaciones me hace estremecer!».

Las niñas del cuarto grado que residían en la Torre Norte, se emparejaron muy bien, excepto Gwendoline. Sally siempre iba con Darrell, claro está; Irene con Belinda, las dos inteligentes despistadas eran inseparables; Alicia era la única que tenía una amiga en otra torre: ella y Betty eran grandes amigas.

Daphne y Mary-Lou eran amigas y Mavis se unía a ellas siempre que podía. Les gustaba y por eso algunas veces formaban un trío. Bill no tenía ninguna amiga especial, pero tampoco la necesitaba: Trueno le bastaba. Bill se encontraba mejor entre niños que entre niñas, porque al tener siete hermanos los entendía mejor que a las niñas. Por su manera de actuar, podía ser otro muchacho. Era la única alumna de cuarto que había elegido aprender carpintería con el señor

Sutton, y no le importaba lo más mínimo ir con las de primero y segundo que tanto disfrutaban con sus enseñanzas. Ya había construido una pipa para su padre, un barco para su hermano menor y un bol para su madre. Estaba tan orgullosa de sus obras como las mejores bordadoras de sus cojines, o las tejedoras de sus bufandas.

Así que, en realidad, Gwendoline era la única que no tenía con quién ir, ni a quién pedir que le acompañase a dar un paseo, ni con quién reír en un rincón. Ella fingía que no le importaba, pero sí le importaba, y mucho.

Sin embargo, tal vez tuviese su oportunidad cuando llegara la honorable Clarisa. ¡Qué contenta se pondría su madre si tuviese una verdadera amiga!

Gwendoline repasó mentalmente a todas las chicas que había intentado ganar como amigas. Allí estaba Mary-Lou, ¡la pequeña y estúpida Mary-Lou! Luego Daphne, que le había parecido tan simpática, y que luego, repentinamente, se hizo amiga de Mary-Lou. Y Mavis, que tenía una voz maravillosa e iba a ser cantante de ópera. A Gwendoline le hubiese gustado mucho tener como amiga a una persona tan importante.

Pero Mavis había perdido su voz y a Gwendoline ya no le interesó más. Luego vino Zerelda, la niña americana, que ahora se había marchado, ¡pero que tampoco tuvo tiempo para Gwendoline!

Gwendoline recordó con tristeza todos sus fracasos. No pensó ni por un momento en que su falta de amigas se debía a su propia conducta. ¡Las demás eran tan antipáticas! Si pudiera encontrar a alguien como ella, alguien que no hubiese estado en otro colegio antes de ir a *Torres de Malory*, que hubiese tenido institutriz, que no practicase deportes y que tuviera padres ricos que pudieran invitarla a pasar las vacaciones con ellos.

Así que Gwendoline aguardaba llena de esperanza la llegada de Clarisa. Imaginaba a una hermosa niña con preciosos vestidos que llegaba en un magnífico automóvil, ¡la honorable Clarisa! «*Mi amiga* —pensó Gwendoline, imaginándose a mediados de trimestre diciendo a su madre y a la señorita Winter, su vieja institutriz: *Mamá, quiero que conozcas a la honorable Clarisa Carter, mi mejor amiga*».

No dijo nada a las otras niñas de estos pensamientos. Sabía cómo iban a llamarla si adivinaban sus planes: excéntrica, hipócrita, falsa. ¡Siempre detrás de alguien! ¡Muy propio de la pobre Gwendoline Mary!

Clarisa no llegó hasta la hora de la merienda. Gwendoline estaba sentada a la mesa con las otras, de manera que no la vio hasta que, de pronto, apareció la directora con una niña desconocida.

Gwendoline la miró sin gran interés. Era una niña pequeña y bonita, una de segundo grado, quizá. Llevaba gafas de gruesos cristales y los dientes sujetos con un fino hilo metálico para corregirlos. Su única belleza parecía ser el cabello, que era espeso, ondulado y de un precioso color dorado. Gwendoline, que había cogido otra tostada untada de mantequilla, buscaba la mermelada.

La nueva niña estaba tan nerviosa que en realidad temblaba. Darrell lo notó, compadeciéndose de ella. Ella también tembló la primera vez que tuvo que enfrentarse con tantas niñas que no conocía. ¡Y allí estaba aquella pobre criatura temblando de verdad!

Ante la sorpresa de Darrell, la señorita Grayling llevó a la niña a la mesa de las de cuarto. *Mademoiselle* Dupont tomaba el té sentada a la cabecera.

—Ah, *Mademoiselle* —dijo la señorita Grayling—, aquí está Clarisa Carter, la última nueva del cuarto grado. ¿Puede buscarle sitio y darle un poco de té? Luego tal vez su delegada de clase pueda cuidar de ella cuando terminen de merendar.

Gwendoline, sorprendida, casi deja caer la tostada con mantequilla. ¡Cielos, por poco pierde su oportunidad! ¿Era posible que aquella niña fea y menuda fuese realmente Clarisa? Lo era, de manera que debía apresurarse a poner su plan en acción.

Había un espacio a su lado y se puso en pie con tal prisa que casi derramó la taza de té de Daphne.

—Clarisa puede sentarse a mi lado —dijo—. Aquí hay sitio.

Clarisa, contenta de poder sentarse y esconderse, ocupó agradecida el sitio junto a Gwendoline.

Alicia le dio un codazo a Darrell.

—Ha actuado deprisa, ¿no? —susurró, y Darrell rió por lo bajo.

Gwendoline estuvo de lo más dulce. Empalagosa, así fue como calificó Alicia la amabilidad que demostraba Gwendoline, dirigiéndose hacia Clarisa con su mejor sonrisa.

—¡Bienvenida a *Torres de Malory*! Supongo que estarás cansada y hambrienta. Toma un poco de pan con mantequilla.

—No creo que pueda comer nada, gracias —respondió Clarisa casi enferma de nerviosismo—. Gracias de todas maneras.

—Oh, tienes que comer algo —exclamó Gwendoline cogiendo una tostada con mantequilla—. Te pondré un poco de mermelada. Es de albaricoque, buenísima.

Clarisa no se atrevió a rechazarla. Estaba encogida como si quisiera hacerse lo más pequeña posible para que no la vieran. Mordisqueó la tostada, pero al parecer no fue capaz de comer más que un poco.

Gwendoline charlaba, pensaba lo buena y amable que debía de parecerles a las otras, al tranquilizar a aquella niña tan nerviosa con sus modales amistosos, pero sólo consiguió engañar a *Mademoiselle*.

«*La querida Gwendoline* —pensó—. Ah, es una tonta para el francés, pero miren lo amable que es con esa pobre niña vulgar que tiembla nerviosa».

«*Se la está camelando*», pensaron todas las de la mesa, pero sin decirle nada a Clarisa, pues comprendían que ya tenía bastante con soportar a Gwen. A Mary-Lou le agradó el aspecto de Clarisa, a pesar de sus gruesas gafas y del corrector de sus dientes. Y es que Mary-Lou siempre sentía simpatía Inicia cualquiera que fuese tímido como ella. Eran las únicas personas que no le daban miedo.

Después de la merienda *Mademoiselle* habló con la delegada de clase, Darrell.

—Darrell, tú cuidarás de Clarisa, *¿n'est-ce pas?* Al principio se sentirá extraña. ¡*La pauvre petite!*

—*Mademoiselle*, lo siento muchísimo, pero tengo que ir a una reunión con las delegadas de

clase de los demás cursos —replicó Darrell—. Y es dentro de cinco minutos. Tal vez Sally, o Belinda, o...

—Yo cuidaré de ella —intervino Gwendoline con prontitud y emocionada al saber que Darrell tenía que asistir a una reunión—. Yo se lo enseñaré todo con mucho gusto.

Y, dedicando a Clarisa una radiante sonrisa que sobresaltó a la pobre niña y causó náuseas a todas las demás, la cogió del brazo.

—Vamos —le dijo, como si hablase con una niña pequeña—. ¿Dónde está tu bolsa? Te enseñaré el dormitorio. Tienes un buen sitio.

Dicho esto, se fue con Clarisa y todas hicieron muecas, muertas de risa.

—Nuestra querida Gwendoline Mary demuestra tener algo de determinación para cosas como ésta —dijo Alicia—. ¡Qué excéntrica y qué ridícula es! La verdad es que no creo que haya mejorado ni un ápice desde que vino a *Torres de Malory*.

—Creo que tienes razón —exclamó Darrell, considerando el asunto con la cabeza ladeada—. Y es bastante raro. La verdad, yo hubiera dicho que el hecho de estar aquí varios trimestres mejora a cualquiera en algún aspecto. Pues bien, Gwen lleva aquí años, pero es la misma niña mezquina, rastrera, perezosa y adulatora.

—¿En qué te ha mejorado a ti, Darrell? —le dijo Alicia tentándola—. No puedo decir que te encuentre muy distinta.

—Ella era decente, para empezar —replicó Sally con lealtad.

—De todas formas, he dominado mi mal carácter —respondió Darrell—. No me he enfadado durante trimestres y trimestres, vosotras lo sabéis. Ésa es una de las cosas que *Torres de Malory* ha hecho conmigo.

—No alardees demasiado pronto —dijo Alicia sonriendo—, últimamente he visto un relámpago en tus ojos, Darrell. ¡Vaya, si lo he visto! Anda con cuidado.

Darrell iba a negarlo con calor, cuando se detuvo mientras sus mejillas enrojecían. Sí, había notado que sus ojos relampagueaban, como decía Alicia, cuando hablaba de, la antipática June. Bueno, ¿y qué? No había nada malo en eso, mientras no perdiera los estribos, y desde luego que no pensaba perderlos.

—Pues relampaguearán cuando te mire, Alicia —dijo riendo—. Una delegada de clase también puede lanzar rayos, de manera que ten cuidado con lo que dices.

Capítulo 7

DARRELL RELAMPAGUEA

El cuarto grado comenzó pronto a adaptarse a sus estudios. La señorita Williams era muy buena profesora y estaba decidida a conseguir excelentes resultados en los exámenes para el diploma escolar. Las *Mademoiselles* Dupont y Rougier enseñaban también francés en cuarto grado, pero *Mademoiselle* Dupont siempre lograba mejores resultados porque era simpática y tenía gran sentido del humor. Las niñas estudiaban mejor con ella que con la otra *Mademoiselle*.

Éste trimestre había una tregua entre las dos francesas. Las profesoras inglesas las observaban con gran regocijo, pues de un trimestre a otro era imposible adivinar si las dos mujeres serían íntimas amigas, enemigas encarnizadas o dignas rivales.

La señorita Carton, la profesora de historia, sabía que alcanzar el diploma escolar estaba a la altura de todas las alumnas normales, exceptuando a los desastres como Gwendoline, que ni siquiera conocía los reyes de Inglaterra ni era capaz de comprender su importancia. La profesora solía emplear su lengua irónica contra Gwendoline, con la intención de herir su amor propio para que estudiase; Gwen la odiaba.

Las niñas se lamentaban de tener que estudiar tanto en aquel espléndido trimestre estival. «*Precisamente cuando lo que deseamos es jugar al tenis, nadar y holgazanear en el florido patio, tenemos que asarnos ante nuestros libros —se decía Alicia—. Ésta tarde voy a estudiar al aire libre. Apuesto a que la señorita Williams nos lo permitirá*».

La señorita Williams les dijo que sí, comprendiendo que podía confiar en que las de cuarto no iban a jugar cuando se las suponía estudiando. Pensó que Darrell era una delegada de clase lo bastante enérgica para mantenerlas a raya, si fuese preciso. De manera que después de la merienda salieron para sentarse al sol sobre unos almohadones.

Gwendoline no quería ir. Fue la única, naturalmente.

—La verdad es que pareces aborrecer el aire libre —le dijo Darrell con sorpresa—. Vamos, el aire fresco y el ejercicio te harán adelgazar un poco y te librarán de esos puntos negros de tu nariz.

—No hagas observaciones personales —replicó Gwendoline alzando la nariz en el aire—. ¡Eres tan mala como Alicia! ¡Todo el mundo sabe que has sido entrenada y no educada!

Clarisa, que estaba a su lado, la miró sorprendida. Gwen había sido tan dulce y amable con ella, que le sobresaltó escuchar un comentario como aquél. Gwen, al ver su mirada, pasó un brazo por el de Clarisa.

—Claro que sí. Si sales a estudiar fuera, también iré —le dijo—. Pero sentémonos lejos del sol. Aborrezco las pecas.

Betty vio a Alicia sentada en el patio y fue a reunirse con ella. Darrell frunció el entrecejo, pues ahora, estando juntas, se pondrían a charlar tonterías y a reír, con lo que nadie estudiaría.

Belinda e Irene escucharon el chiste que Betty contaba a Alicia, e Irene lanzó una de sus explosivas carcajadas cuando hubo terminado. Todas alzaron la cabeza sobresaltadas.

—¡Oh, vaya, es estupendo! —rió Irene—. ¡Oye, Betty, cuéntaselo a las demás!

Darrell alzó la cabeza. Ella era la delegada de la clase y sabía que debía pararles los pies.

—Betty, déjate de gansadas. Alicia, sabes muy bien que liemos venido aquí a estudiar.

—No me hables como si fuera una alumna de primero —contestó Alicia, molesta por el tono firme de Darrell.

—Pues lo haré si te portas como ellas —dijo Darrell.

—Mira sus ojos, Alicia, están relampagueando —dijo Irene con una carcajada. Todas miraron a Darrell y sonrieron. Cierto, había relámpagos en los ojos de Darrell.

—No relampagueo —dijo—. No seas tonta.

—Yo relampagueo, tú relampagueas, él relampaguea, ella relampaguea —canturreó Betty—. Nosotros relampagueamos, vosotros relampagueáis, ellos relampaguean.

—Cállate y márchate, Betty —le dijo Darrell sintiendo crecer su enojo—. Tú no perteneces a nuestro grado. Ve a reunirse con el tuyo.

—Yo ya he terminado de estudiar, señorita Relámpago —replicó Betty—. ¿Quiere que ahora le ayude a usted?

Indignada, Darrell sintió que la antigua oleada de furor la invadía y, apretando los puños, volvió a dirigirse a Betty:

—Ya has oído lo que he dicho. Lárgate, o haré que toda la clase vuelva a entrar en el aula.

Betty parecía enfadada, pero Alicia le dio un codazo.

—Vamos. Ya está en el punto de ebullición. Me reuniré contigo cuando termine la hora de estudio.

Betty se fue silbando y Darrell inclinó su rostro enrojecido sobre el libro. ¿Habría estado demasiado dura? Pero ¿qué había que hacer con alguien como Betty?

Nadie habló más y el estudio continuó apaciblemente, acompañado de un par de gemidos procedentes de Irene y profundos suspiros de Gwendoline. Clarisa se hallaba sentada junto a ella, escribiendo laboriosamente. Gwen copiaba siempre que podía. Al parecer nadie podía curarla de ese vicio.

Al cabo de una hora la señorita Williams salió al patio satisfecha al ver que el cuarto grado de la *Torre Norte* estudiaba tan apaciblemente y tan bien.

—El tiempo ha terminado —dijo—. Y tengo un recado para vosotras, de parte de vuestra monitora de gimnasia. La piscina está a punto para bañarse, así que podéis ir todas una media hora, puesto que ayer os quedasteis sin vuestro baño.

—¡Hurra! —exclamó Irene lanzando su libro al aire, que fue a caer al estanque cercano y tuvo que pescarlo apresuradamente.

—¡Tonta! —gritó Belinda, que por poco se cae al tratar de recuperar el libro—. Supongo que te crees que es tu libro de historia el que estás ahogando. Pues bien, no lo es, es el mío.

—¿Tenemos que ir todas? —preguntó Gwendoline a la señorita Williams con aire patético—. He trabajado tanto que no tengo ganas de nadar.

—Cielos, ¿es que ya sabes nadar, Gwendoline? —dijo la señorita Williams con aire de sorpresa. Todo el mundo sabía que Gwendoline sólo era capaz de dar unas cuantas brazadas antes de irse al fondo con un grito.

—Oh, no tendremos que ir todas, ¿verdad? —dijo Mary-Lou, que sabía nadar, pero no le agradaba mucho el agua. A Daphne tampoco, por lo que unió sus súplicas a las de sus dos compañeras.

—Vais a ir todas —sentenció la señorita Williams—. Vais a tener que estudiar de firme, y estas pequeñas distracciones os convienen. De prisa, id a cambiaros enseguida.

Emocionadas ante la perspectiva de aquel inesperado baño, Darrell, Sally y Alicia corrieron a los vestuarios. Darrell había olvidado su altercado con Alicia, pero Alicia no.

Era rencorosa, lo que resultaba penoso. De manera que se mostró bastante fría con Darrell, quien, por suerte para Alicia, no notó su frialdad. Las otras siguieron charlando y riendo. Cerraban la marcha Gwen, Daphne y Mary-Lou. Clarisa se acercó a mirar. A ella no le permitían nadar ni jugar al tenis porque tenía el corazón muy débil.

—¡Eres afortunada! —dijo Gwendoline mientras se ponía el traje de baño—. No tienes que nadar ni que jugar al tenis. Ojalá yo tuviese el corazón débil.

—Qué cosas dices —exclamó Darrell realmente sorprendida—. ¡Desear una cosa así! Debe de ser sencillamente horrible tener que andar cuidándose tanto y pensar: «*No debo hacer esto, no debo hacer lo otro*».

—Es horrible —respondió Clarisa con su vocecilla tímida—. De no haber sido por mi corazón no hubiera tenido que estudiar en casa y hubiese podido ir al colegio como cualquier otra niña. Últimamente he mejorado mucho, por lo que me han dejado venir al fin.

Aquél era un discurso muy largo para Clarisa. Por lo general apenas hablaba. Se había ido poniendo colorada y, al terminar, agachó la cabeza como si quisiera ocultarse detrás de Gwendoline.

—Pobre Clarisa —dijo Gwendoline con simpatía—. Ya sabes que no debes esforzarte demasiado. ¿Notas cuando te excedes?

—Oh, sí. El corazón empieza a saltar dentro de mí, como si fuera un pájaro asustado —contestó Clarisa—. Es terrible.

Me tengo que acostar si jadeo.

—¿De veras? —dijo Gwendoline, envolviéndose en su albornoz—. ¿Sabes, Clarisa?, no me sorprendería que mi corazón también fuese débil y que nadie lo supiera. Si nado mucho rato me canso atrozmente, y tras un acalorado partido de tenis el corazón me va como una locomotora. Es muy doloroso.

—Es agradable saber que tienes corazón —intervino la mordaz Alicia utilizando su más dulce voz—. ¿Dónde lo guardas?

Gwendoline salió con un gesto de disgusto, acompañada por Clarisa.

—Es una salvaje, ¿no te parece? —su voz llegó hasta las demás—. No puedo soportarla. En realidad nadie la quiere.

Alicia rió por lo bajo.

—Me gustaría saber qué clase de ponzoñosas tonterías está vertiendo Gwendoline Mary en los oídos de la pobre Clarisa —dijo—. No creo que debiera dejar que la acapare de esta manera. No es justo. Tú tendrías que intervenir, Darrell. ¿Por qué no haces algo?

A Darrell no le agradó aquel ataque directo. De pronto se dio cuenta de que Alicia tenía razón, ella debía procurar que Gwen no ejerciera un dominio tan absoluto sobre la pobre y débil Clarisa. Sus ideas serían erróneas desde el primer trimestre, ¡y las ideas que se adquieren al principio son las que perduran!

—De acuerdo —dijo un tanto crispada—. Dadme una oportunidad. Clarisa sólo lleva aquí unos días.

—Mi querida Darrell, estás relampagueando otra vez —exclamó Alicia con una carcajada que provocó a Darrell todavía más. Se dominó rápidamente. La verdad es que se estaba volviendo muy puntillosa.

Se divirtieron mucho en la piscina. Las buenas nadadoras hicieron carreras. Mary-Lou entraba y salía del agua por un extremo, nadando un poco de cuando en cuando. Siempre entraba rápidamente, aunque aborrecía el agua. Daphne también se zambulló, temblorosa como siempre, pero no se separó de Mary-Lou, con la esperanza de que Darrell no la obligase a tomar parte en las carreras. Mavis nadaba lentamente. Había superado su miedo al agua, pero tenía que ir con cuidado cuando nadaba y debía evitar cansarse demasiado jugando al tenis, a causa de su enfermedad del año pasado.

Sólo Gwendoline seguía temblando en el borde de la piscina. Alicia, Sally y Darrell deseaban empujarla, pero era demasiado pesada para sacarla del agua.

—Si Gwen no se mete pronto, ya no se bañará —dijo Alicia—. ¡Ordénaselo, Darrell! ¡Adelante, llena tus ojos de relámpagos y dale la orden!

Pero ni siquiera los gritos de Darrell convencieron a la podre Gwendoline para que hiciera otra cosa que mojarse los dedos de los pies. Había estado muy cómoda sentada en el palio y ahora encontraba helada el agua de la piscina. ¡Ooooh!

Fue Clarisa quien la hizo entrar. Había ido corriendo a sentarse junto a Gwendoline, resbaló en el pavimento cubierto de limo y chocó violentamente con Gwendoline, que fue a caer al agua.

¡Plaf! Allá fue Gwendoline con un terrible grito de miedo. Las niñas se miraron unas a otras y rieron hasta llorar.

—Mira la cara de la pobre Clarisa —farfulló Darrell—. ¡Está sencillamente horrorizada!

—¿Quién ha sido? —preguntó furiosa Gwendoline, escupiendo el agua—. ¡Sois unas salvajes!

Capítulo 8

TÚ ERES LA DELEGADA DE CLASE, ¿NO?

Cuando Gwendoline se enteró de que había sido Clarisa quien la empujó al agua, no quiso creerlo. Fue hasta donde estaba muy compungida Clarisa.

—¿Quién me ha empujado, Clarisa? —le preguntó—. Las muy tontas dicen que has sido tú. ¡Cómo si tú fueses capaz de hacer una cosa así!

—Oh, Gwendoline. Lo lamento tantísimo porque he sido yo en realidad —respondió Clarisa disculpándose—. Resbalé y caí, choqué contigo y te caíste al agua. ¡Claro que no lo hice a propósito! ¡Lo siento tanto!

—Oh, no tiene importancia —respondió Gwendoline contenta de ver a Clarisa tan apenada—. Claro que me he llevado un gran susto y me he lastimado el pie contra el fondo de la piscina, pero, por supuesto, ya veo que ha sido un accidente.

Clarisa siguió disculpándose, lo que fue un bálsamo para los heridos sentimientos de Gwendoline. Le gustaba ver a la honorable Clarisa pidiendo perdón con tanta humildad. Decidió mostrarse muy dulce y perdonarla, y así Clarisa pensaría más que nunca que era una amiga estupenda para cualquiera.

Pero las otras lo estropearon todo. No cesaban de gritar:

—¡Buen empujón! ¡Bien hecho, Clarisa, la hiciste caer de maravilla! ¡Clarisa, ha sido una espléndida zambullida! ¡Repítelo!

—Pero si yo no la empujé —protestaba Clarisa una y otra vez—, vosotras lo sabéis.

—¡Jamás vi una zambullida mejor! —exclamó Alicia, y la verdad es que Gwendoline comenzó a dudar de si Clarisa la había empujado intencionadamente o no.

Luego, por desgracia, Clarisa captó de pronto el lado cómico de los comentarios de sus compañeras y empezó a reír a base de bien. Esto enfureció a Gwen, que se enfadó tanto con Clarisa, que ésta, muy alarmada, comenzó a disculparse de nuevo.

—Mira a las mellizas —dijo Sally a Darrell.

Sally las miró y se puso a reír. Connie secaba cuidadosamente a Ruth y ésta permanecía de pie, paciente, esperando que su hermana terminase.

—¿Por qué Connie no la deja en paz? —exclamó Sally—. Ruth puede hacerlo todo por sí misma, pero Connie siempre quiere demostrar lo contrario. ¡Es demasiado dominante!

—Y no es ni la mitad de lista que Ruth para los estudios —intervino Alicia—. Ruth la ayuda cada noche; de lo contrario, nunca terminaría los ejercicios. Vale mucho menos que Ruth.

—No obstante, la domina todo el tiempo —dijo Darrell que intervino en la conversación—. Me molesta verlo y también me molesta ver como lo soporta Ruth.

—Le había —replicó Alicia al instante—. Tú eres la delegada de la clase, ¿no?

Darrell se mordió los labios. ¿Por qué Alicia no cesaba de mortificarla? Pensó que tal vez, en

parte, fuese envidia. Alicia sabía que ella no sería nunca una buena delegada de clase y, por envidia a las que lo eran, procuraba hacer incómoda su tarea. Ella, Darrell, no iba a hacerle caso, pero no podía evitar que la molestase.

—Tienes muchas cosas entre manos, ¿no? —prosiguió Alicia mientras se secaba con el albornoz—. Cuidar de la pequeña Felicity, procurar que Clarisa no reciba demasiado veneno de la querida Gwendoline, tratar de levantar el ánimo de Ruth y hacer que se valga por sí misma, y echar a Betty cuando estropea nuestra hora de estudio.

Darrell sintió que comenzaba a perder los estribos, cuando una mano fría se posó en su hombro y oyó la voz tranquila de Sally.

—Todo a su debido tiempo. Es una lástima que por querer ir deprisa se estropeen las cosas, ¿no es verdad, Darrell? Ciertos asuntos no se pueden solucionar de repente.

Darrell exhaló un suspiro de alivio. Eso es lo que ella debería haber dicho con calma. Gracias a Dios, Sally lo dijo por ella.

Dedicó a su amiga una sonrisa de agradecimiento. Estaba decidida a cuidar un poco más de Felicity, apartándola de aquella indeseable June. Escogería a una de las otras para que acompañase a Clarisa y la librara de la influencia de Gwendoline y, desde luego, hablaría tranquilamente con Ruth para decirle que no dejase que Connie la convirtiera en un bebé.

«Vaya —pensó Darrell—, es completamente absurdo que siempre que una de nosotras habla con Ruth, tenga que contestar Connie. ¡Quisiera saber si en clase también responde por ella!».

Era cierto que Ruth apenas contestaba jamás. Alicia podía decirle:

—Ruth, ¿puedes prestarme un momento el diccionario de francés? Pero era Connie quien respondía:

—Sí, aquí tienes el diccionario, cógelo.

Y Sally podía decirle:

—Ruth, ¿no quieres una regla nueva? La tuya está rota.

Pero era Connie quien contestaba:

—No, gracias, Sally, puede utilizar la mía.

También era desconcertante ver como Connie andaba siempre unos pasos por delante de Ruth, ofreciéndose a explicarlo todo antes de que su melliza pudiera decir palabra y haciendo ella siempre todas las preguntas necesarias. ¿Acaso Ruth no tenía alma propia, o era sólo un débil eco o una sombra de su hermana?

Era un misterio. Darrell decidió hablar con Ruth al día siguiente y encontró una buena oportunidad cuando ambas estaban limpiando los botes y pinceles en los vestuarios.

—¿Te gusta *Torres de Malory*, Ruth? —le dijo, preguntándose si la chica sería capaz de contestar en ausencia de Connie.

—Me gusta —respondió Ruth.

—Espero que seas feliz —prosiguió Darrell sin saber cómo llevar la conversación hacia el terreno que ella deseaba.

Hubo una pausa y al fin Ruth respondió cortés:

—Sí, gracias.

No parecía nada feliz, pensó Darrell. ¿Y por qué no había de serlo? Era apta para los estudios que realizaban, hábil para todos los deportes, no había nada desagradable en ella, y el trimestre de verano era divertido. ¡Debería sentirse muy feliz!

—Esto... Ruth... —dijo Darrell, pensando que Sally lo hubiese hecho mucho mejor que ella—. Esto... nosotras pensamos que te dejas... esto... bueno... que te dejas cuidar demasiado por Connie. ¿No podrías... esto... bueno... actuar un poco más por ti misma? Quiero decir que...

—Sé muy bien lo que quieres decir —replicó Ruth con un extraño y fiero tono de voz—. ¡Nadie lo sabe mejor que yo!

Darrell creyó que Ruth estaba dolida y furiosa y lo intentó otra vez:

—Claro que ya sé que sois mellizas y que las mellizas están siempre muy unidas y se quieren mucho, de manera que comprendo que Connie se preocupe tanto por ti y...

—Tú no comprendes nada en absoluto —contestó Ruth—. ¡Habla con Connie si quieres, pero eso no alterará las cosas ni un ápice!

Y dicho esto se alejó con aire ofendido, llevándose su montón de frascos limpios.

Darrell se quedó en los vestuarios intrigada y bastante enojada.

«Estoy segura de que sería inútil hablar con Connie —pensó, cogiendo el último tarro—. Se pondrá hecha una fiera y tan furiosa como su hermana. ¡Está estropeando a Ruth! Pero si Ruth quiere que la estropeen y quiere seguir siendo sólo una mera sombra de Connie... bueno, pues que lo sea. No veo cómo puedo impedirselo».

Se llevó los tarros limpios y decidió que aquella dificultad no podría ser superada.

«No se puede separar a unas mellizas si siempre han estado juntas y se sienten como una sola persona —pensó—. Vaya, si algunas mellizas sienten cuando la otra sufre o está enferma, incluso cuando están separadas. No quiero poner a ninguna de esas dos en contra mía. ¡Qué hagan lo que gusten!».

A continuación tenía que encontrar a Felicity y ver qué tal le iba. Ahora ya debía haberse aclimatado. Tal vez hubiese hecho nuevas amistades. Si tuviese otras amigas aparte de June, no le preocuparía tanto, pues Darrell estaba convencida de que la resuelta June se pegaría como una lapa a Felicity, si esta no tuviera más amigas.

De manera que en el recreo buscó a Felicity y le pidió que aquella tarde fuese a dar un paseo con ella. Felicity pareció alegrarse. Ir a pasear con la delegada de clase del cuarto grado era un gran honor.

—Oh, sí, me encantará ir —contestó—. No creo que June haya preparado nada para esta noche.

—¿Y qué importa que lo haya hecho? —replicó Darrell impaciente—. ¿Es que no puedes dejarla? Últimamente te he visto muy poco.

—Me gusta la señorita Potts —dijo Felicity, cambiando de tema como hacía siempre que Darrell se impacientaba—. Todavía le tengo algo de miedo, pero voy algo más adelantada que la clase, de veras, Darrell, de manera que puedo tomármelo con calma y así las cosas me resultan fáciles este primer curso. ¡Bastante agradable!

—Sí, mucho —convino Darrell—. Eso es lo que ocurre cuando se va a un buen colegio

preparatorio, siempre se descubre que se está más adelantado que cuando se va a un colegio público, pero si se ha ido a una mala escuela preparatoria cuesta años alcanzar a las demás. Bueno, ¿qué tal es June para el estudio?

—Brillante cuando quiere —exclamó Felicity con una sonrisa—. Es divertidísima, ya sabes. Bastante parecida a Alicia, creo.

«*Demasiado parecida a Alicia*», pensó Darrell para sus adentros, recordando lo maravillosa que Alicia le había parecido el primer trimestre que estuvo en *Torres de Malory*.

—¿No hay nadie más que te guste, Felicity? —le preguntó su hermana.

—Oh, sí, me gustan casi todas las de mi clase —contestó la niña—. Aunque a ellas parece que June no les gusta mucho, por lo que siempre la están atacando. Pero ella es como la goma y esas cosas le rebotan. Hay una niña que me agrada mucho, se llama Susana. Lleva aquí dos cursos.

—¡Susana! Sí, es estupenda —exclamó Darrell—. Juega muy bien al *lacrosse* para ser tan pequeña. Además es buena para la gimnasia. Recuerdo que el año pasado la vi en una exhibición de gimnasia.

—Sí, es muy apta para los deportes —convino Felicity—. Pero June dice que Susana es demasiado recta, que nunca hace nada que no deba, por lo que la considera aburrida.

—¡No me extraña! —dijo Darrell—. Bueno, celebro que te agrade Susana. ¿Por qué no formáis un trío, tú, Susana y June? No creo que sea tan buena como para tenerla como única amiga.

—¡Vaya, si ni siquiera la conoces! —exclamó Felicity sorprendida—. De todas formas, ella no querría formar un trío con Susana.

A lo lejos sonó un timbre.

—Bueno, te veré esta tarde —dijo Darrell—. Iremos a los acantilados, pero no vayas a traer a June. ¡Te quiero para mí sola!

—Está bien —dijo Felicity complacida.

Más aquella tarde hubo reunión para las niñas que debían obtener el diploma escolar y Darrell tuvo que asistir. Se preguntó si podría salir a tiempo de dar un corto paseo con Felicity. No, imposible. Además, tenía que hacer un ejercicio.

Envió un recado a su hermana por medio de una alumna de segundo.

—Eh, Felicity —le dijo la de segundo—. Un recado de la delegada de cuarto, Darrell Rivers. Dice que no puede sacar de paseo a su hermanita esta tarde.

Felicity la miró indignada.

—Tú sabes muy bien que ella no ha dicho eso —exclamó—. ¿Qué te dijo?

—Sólo eso —dijo la de segundo, alejándose.

Felicity tradujo el recado a su forma correcta y tuvo una desilusión.

—Darrell no puede salir de paseo esta tarde —le dijo a June—. Supongo que tendrá una reunión o algo parecido.

—Apuesto a que no —dijo la niña con rencor—. Ya te dije que ésas de cuarto, como Alicia y Darrell, no quieren molestarse por nosotras, por lo que haremos muy bien no estorbándolas. Vamos, iremos a dar el paseo las dos juntas.

Capítulo 9

GWENDOLINE Y CLARISA

Durante un par de días Darrell se olvidó de Clarisa, porque de pronto los días fueron atareadísimos. Las delegadas de clase tenían un montón de obligaciones que Darrell no había imaginado. Además, aquel trimestre tenían mucho que estudiar.

Ahora Gwendoline había acaparado por completo a Clarisa. Se sentaba a su lado en clase y le ofrecía su ayuda en todo lo que podía, aunque fue Clarisa la que terminaba por ayudar a Gwen.

Por la noche también estaban juntas, porque Gwendoline había persuadido a la dulce Mary-Lou de que cambiara de cama con ella, para poder estar al lado de Clarisa.

—No ha estado nunca en un colegio, ¿sabes, Mary-Lou? —le dijo—, y como yo tampoco había estado en ninguno hasta venir aquí, comprendo lo que siente. Además, de noche es cuando una se encuentra peor. Me gustaría estar cerca de ella para decirle unas palabras de aliento hasta que se acostumbre del todo.

Mary-Lou consideró extraordinario que Gwendoline demostrase tener de repente buen corazón, pero al mismo tiempo quiso alentarla en ese sentido y por eso cambió de cama, ante la contrariedad de Darrell, que una noche vio a Gwendoline junto a Clarisa susurrando como si tal cosa.

—¿Quién te dijo que podías cambiar de cama? —le preguntó.

—Mary-Lou —dijo Gwendoline en tono sumiso.

—Pero ¿a santo de qué se lo preguntaste a Mary-Lou? —exclamó Darrell—. Es a mí a quien debiste preguntar.

—No, porque era la cama de Mary-Lou la que yo deseaba ocupar, Darrell —explicó Gwendoline en el mismo tono sumiso.

Vio que Darrell estaba disgustada y decidió ofrecerse a cambiar otra vez. ¡Entonces seguro que Darrell le diría que podía quedarse junto a Clarisa!

—Pero, claro, si tú prefieres que yo no duerma al lado de Clarisa... aunque yo sólo deseaba ayudarla —dijo la niña con voz de mártir.

—Oh, ¡quédate! —replicó Darrell, que no podía soportar que Gwendoline se hiciese la mártir.

Así que ésta, regocijándose por dentro, se quedó en aquella cama desde donde, por las noches, podía susurrar a Clarisa lo que ella consideraba palabras de consuelo. Estaba lo suficientemente lejos de la cama de Darrell para que ésta no la oyera y, de todas formas, por lo general, Darrell estaba tan cansada del trabajo y los deportes, que se dormía al momento, sin oír nada.

Clarisa pensaba que Gwendoline era la niña más amable que conociera jamás, aunque no había conocido a muchas. Sintiendo sola y extraña, recibió con avidez el afecto de Gwendoline. Había escuchado interminables historias sobre la poco interesante familia de Gwen, que según ella era maravillosa, pero que a la pobre Clarisa le resultaba igualmente aburrida.

Ella hablaba muy poco de su propia familia, aunque Gwendoline la interrogaba hasta donde se atrevía, deseosa de que le hablara del Rolls Royce, los yates y las mansiones.

Pero Clarisa apenas hablaba de su pequeña casa de campo y de sus coches, ni siquiera de un coche, pensó la desilusionada Gwendoline.

Como Clarisa tenía el corazón débil y no practicaba ningún deporte ni se dedicaba a la gimnasia, no tenía muchas oportunidades de estar con las otras niñas. O bien debía descansar en esas ocasiones o sencillamente se limitaba a mirar, cosa que le resultaba aburrida. Así que anhelaba estar con Gwendoline, que prácticamente era su única compañera.

Es decir, hasta que Darrell tomó cartas en el asunto. Una tarde espléndida, al ver la cabeza rubia de Gwendoline y la dorada de Clarisa inclinadas sobre un rompecabezas, cuando todas debían haber estado al aire libre, resolvió hacer algo con urgencia.

Fue a hablar con Mavis. Al fin y al cabo, Mavis no tenía ninguna amiga íntima, sólo iba algunas veces con Daphne y Mary-Lou y, por lo tanto, podía dedicar algo de su tiempo a Clarisa.

—Mavis —le dijo Darrell—, pensamos que Clarisa está demasiado con nuestra querida Gwendoline. —Mary, ¿no podrías atraértela y hablar con ella?

Mavis quedó sorprendida y complacida.

—Sí, claro, Darrell —le contestó—. Me encantará.

En su interior pensaba que la menuda Clarisa iba muy bien como pareja de Gwendoline, pero si Darrell opinaba lo contrario, debía de tener razón. Así que, obediente, fue a tratar de rescatar a Clarisa de la acaparadora Gwen.

—Ven conmigo a la piscina, Clarisa —le dijo sonriendo con simpatía—. Hoy no voy a bañarme, pero iremos a ver a las otras. Quieren que haya alguien que les arroje monedas para pescarlas zambulléndose.

Clarisa se levantó como un resorte mientras Gwendoline fruncía el ceño.

—Oh, Clarisa, no puedes ir todavía.

—¿Por qué no? No tenemos mucho que hacer —dijo Clarisa sorprendida—. Ven tú también.

—No. Estoy bastante cansada —replicó Gwendoline mintiendo y con la esperanza de que Clarisa se quedase con ella, pero no fue así. Se marchó con Mavis, satisfecha por la invitación. Clarisa no tenía gran opinión de sí misma. Se consideraba aburrida, vulgar y poco interesante, y la verdad es que eso pensaban de ella la mayoría de las niñas.

Darrell sonrió a Mavis. «*¡La buena de Mavis! Haciendo cuanto puede*», pensó Darrell contenta. Pero la pobre Clarisa no lo pasó muy bien con Gwendoline después.

Gwen estuvo muy fría, dándole breves y secas respuestas cuando volvió de la piscina.

Clarisa estaba intrigada.

—Escucha, ¿no te habrá molestado que haya ido un rato con Mavis, verdad? —le dijo al fin.

Gwendoline habló en tono solemne:

—Clarisa, tú no sabes tanto de Mavis como yo. No es la clase de niña que tu familia querría como amiga tuya. ¿Sabes lo que hizo el año pasado? Se enteró de que se celebraba un concurso de talentos en un pueblo cercano, ya sabes, uno de esos concursos vulgares con gente detestable, ¡y se fue ella sola para cantar en el festival!

Clarisa estaba verdaderamente horrorizada, en parte porque ella jamás hubiera tenido el valor de hacer una cosa así.

—¿Qué ocurrió? —quiso saber—. Cuéntame.

—Pues que Mavis perdió el autobús para regresar al colegio —prosiguió Gwendoline en el mismo tono solemne—. Y la señorita Peters la encontró tendida en la carretera a eso de las tres de la mañana. Después estuvo muy enferma y perdió su voz. Antes consideraba que su voz era maravillosa, ¿sabes?, aunque no puedo decir que a mí me gustase mucho, de manera que perderla fue un buen castigo para ella.

—Pobre Mavis —se compadeció Clarisa.

—Bueno, personalmente considero que debían haberla expulsado —dijo Gwendoline—. Sólo te lo he dicho, Clarisa, porque quiero que veas que Mavis no es la clase de persona que te conviene como amiga, si es que pensabas en eso.

—Oh, no —se apresuró a replicar Clarisa—. Sólo fui con ella a la piscina, Gwen. Ni siquiera lo haré de nuevo, si tú no quieres.

La pobre y débil Clarisa había dicho precisamente lo que Gwendoline esperaba que dijera, y la primera vez que Mavis la invitó a dar un corto paseo, Clarisa se negó.

—No molestes a Clarisa —intervino Gwendoline—. No le gusta que vayas tras ella.

La indignada Mavis fue a decirle a Darrell que no pensaba preocuparse más por aquella tonta de Clarisa. Que buscara a otra cualquiera. ¿Qué pensaba de Daphne?

Daphne llegaba en aquel momento y oyó su nombre. Presa de contrariedad, Darrell le contó que Mavis había sido rechazada por Clarisa, y que aquélla había sugerido que fuese Daphne quien lo intentase.

—No me importaría echar una mano, aunque sólo fuera para estropearle la diversión a la querida Gwendoline Mary —dijo Daphne, con una mueca.

De manera que ella también trató de acercarse a Clarisa, recibiendo únicamente excusas y evasivas.

Gwendoline también tuvo mucho que contar a Clarisa sobre Daphne.

—Verás, Clarisa —le dijo Gwendoline—, Daphne no es realmente apta para estar en un colegio como éste. No debes repetir lo que voy a decirte, pero un par de años atrás se descubrió que Daphne era una ladrona.

Clarisa miró a Gwendoline llena de horror.

—No lo creo —exclamó.

—Bueno, como quieras —prosiguió Gwen—. Pero era una ladrona, robó bolsos, dinero y broches. Además no fue éste el único colegio en que lo hizo. Cuando la descubrieron, la señorita Grayling la hizo ir a nuestra sala común y confesarlo todo para que nosotras decidiéramos si debía o no ser expulsada. ¡Es tan cierto como que estoy aquí!

Clarisa estaba muy pálida y, al mirar hacia el otro extremo del patio donde Daphne reía con Mary-Lou, no pudo creerlo.

No obstante, Gwendoline jamás, jamás se atrevería a contarle una mentira semejante.

—¿Y vosotras dijisteis que no la expulsaran? —preguntó al fin.

—Bueno, yo fui la primera en decir que debíamos darle una oportunidad y permanecer a su lado —explicó Gwen, mintiendo, puesto que fue la pequeña Mary-Lou quien lo dijo, no Gwen—. Así que se quedó. Pero, como comprenderás, Clarisa, no sería una amiga muy agradable, ¿verdad? No podrías confiar nunca en ella.

—No, supongo que no —balbuceó Clarisa—. Oh, Dios mío, aborrezco tener que pensar estas cosas desagradables de Mavis y Daphne. Espero que no tengas más cuentos de este estilo.

—¿Has oído decir cómo Darrell me abofeteó una docena de veces en la piscina, por nada? —dijo Gwen, que jamás había olvidado ni perdonado este episodio—. Me estuvo doliendo la pierna mucho tiempo después. ¿Y conoces a esa niña de quinto, Ellen? Bueno, pues trató de apoderarse de las preguntas de un examen y hacer trampa copiando las respuestas la noche anterior. Vaya si lo hizo.

—No puede ser —suspiró Clarisa, que empezaba a pensar que *Torres de Malory* era un nido de ladronas, tontas y tramposas.

—E incluso Bill, a la que todas aprecian tanto, cayó en desgracia el año pasado por sus continuos engaños y desobediencias —continuó susurrando la venenosa voz en los oídos de Clarisa—. ¿Sabes que la señorita Peters tuvo que amenazarla con enviar su caballo Trueno a su casa, por ser tan desobediente?

—No quiero escuchar nada más —exclamó Clarisa, disgustada—. De veras.

—Bueno, pues todo es cierto —remachó Gwendoline, olvidando su propio récord de engaños y antipatías y sin darse cuenta de que había desfigurado los hechos, ya que la mayoría tenían una sencilla y aceptable explicación, pero ella los había presentado como verdaderas fechorías.

Darrell se acercó resuelta a apartar a Clarisa del interminable susurro de Gwendoline.

—Eh, Clarisa —le gritó con voz alegre—, ¡eres la persona que andaba buscando! ¿Quieres venir a ayudarme a cortar algunas flores para nuestra clase?

Clarisa permaneció sentada como si hubiese echado raíces.

—¡Vamos! —le gritó Darrell impaciente—. ¡No te morderé ni te pegaré!

«¡Oh, Dios mío! —pensó Clarisa al levantarse despacio y recordar el cuento de Gwen sobre las doce bofetadas que Darrell le había dado—. ¡Espero que no haga lo mismo conmigo!».

—¿Acaso la querida Gwendoline te ha estado hablando de nuestras siniestras y terribles fechorías? —le preguntó Darrell, que al ver que Clarisa enrojecía comprendió que había dado en el clavo.

«¡Dichosa Gwendoline! —pensó—. ¡La verdad es que es una pequeña serpiente venenosa!».

Capítulo 10

¡UN DÍA DE FIESTA!

Transcurrieron tres o cuatro semanas. Las niñas que querían conseguir el diploma trabajaban de firme y algunas comenzaron a ponerse pálidas. La señorita Williams decidió que ya era hora de descansar un poco.

—Id a pasar un día entero al aire libre —les sugirió—. Id a la colina Langley y divertíos.

La colina Langley era el lugar favorito para ir de excursión. Era un agradable paseo junto al acantilado, pues desde lo alto se divisaba una espléndida vista del mar y la campiña.

—¡Oh, gracias, señorita Williams! ¡Eso será estupendo! —exclamó Darrell.

—¡Fantástico! —aprobó Alicia, empleando el adjetivo favorito del momento entre las de primer grado, a menudo ridiculizado por las niñas mayores.

—La colina Langley —dijo Clarisa—. ¡Vaya, ahí es donde vive mi antigua nurse!

—Escríbele preguntándole si podemos ir a tomar el té con ella —propuso Gwendoline, a quien no le gustaban las meriendas con avispas, como ella las llamaba—. Se alegrará mucho de verte.

—Siempre se te ocurren cosas agradables, Gwendoline —le respondió Clarisa—. Desde luego que le escribiré. Nos dará una merienda estupenda, lo sé. Es una cocinera maravillosa.

De modo que escribió a su antigua nurse, que vivía al pie de la colina Langley.

«*Gracias a Dios que no tendré que subir hasta arriba con las otras* —pensó Gwendoline contenta—. *La verdad es que me estoy volviendo muy lista*».

La anciana Lucy contestó enseguida.

—Nos invita a merendar con ella —explicó Clarisa—. Dice que será un auténtico banquete. ¡Qué divertido!

—Será mejor que pidamos permiso —dijo Gwendoline de pronto, pensando que tal vez Darrell habría de oponerse si se le comunicaba el mismo día de la excursión—. Ve a pedirselo a la señorita Williams, Clarisa.

—Oh, no, ve tú —replicó Clarisa que siempre tenía miedo de pedir cualquier cosa a las profesoras. Pero Gwendoline sabía que era mejor que ella no solicitase nada a la señorita Williams, porque ésta sabía leer a través de Gwendoline y podría decir no por principio si la niña iba a pedirle un favor. La señorita Williams no confiaba en Gwendoline lo más mínimo.

De manera que tuvo que ir Clarisa, quien, con muchos tartamudeos y vacilaciones, dijo al fin que lo haría y le entregó la carta de su nurse.

—Sí, puedes ir a merendar con ella con tal de que lleves también a otra niña —le dijo la señorita Williams, pensando lo poco atractiva que era Clarisa, con sus gafas de gruesos cristales y el alambre que sujetaba sus dientes. Claro que no podía evitar parecer vulgar, pero aquella terrible expresión de perro acorralado la empeoraba.

El día de la excursión amaneció brillante y despejado, prometiendo ser cálido y espléndido.

—¡Un día entero de fiesta! —se regocijó Darrell—. ¡Y qué día, además! Voto porque nos llevemos los trajes de baño y nos bañemos al pie de la colina Langley. Allí hay una cueva.

—Tendréis que llevaros la comida, pero podéis merendar en la pequeña glorieta que hay en lo alto de la colina —les dijo la señorita Williams—. He pedido a la cocinera que os prepare bocadillos y pasteles para llevaros. Ahora marchaos y volved dispuestas a trabajar el doble.

Aplaudieron acaloradamente y a la media hora caminaban por el sendero del acantilado, camino de la colina Langley, cada una con su comida.

—Yo creo que nos han puesto demasiado —comentó Mavis.

—¿De veras? ¡Pues yo creo que no tendré bastante! —replicó Darrell asombrada—. Pero, claro, la idea que yo tengo de una buena comida es probablemente el doble que tú, Mavis. ¡Comes tan poco!

Gwendoline y Clarisa iban mucho más retrasadas que las otras. Darrell les gritó que se apresuraran. Le molestaba verlas juntas otra vez a pesar de todos sus esfuerzos por separarlas.

Correr es malo para el corazón de Clarisa —replicó Gwendoline en tono de reproche—. Ya lo sabes, Darrell.

—Oh, Gwen, apenas si siento mi corazón este curso —dijo Clarisa—. ¡Creo que estoy casi curada! Puedo correr con facilidad.

—Bueno —continuó Gwendoline con solemnidad—. Estoy un poco preocupada por mi corazón, Clarisa. Últimamente hace cosas raras. Palpita como el de un pájaro, ya sabes.

Clarisa estaba alarmada.

—Oh, Gwen, eso es lo que solía hacer el mío. Debes tener muchísimo cuidado. ¿No te parece que deberías ir a ver a un médico?

—Oh, no, no lo creo —respondió Gwen valerosamente—. Aborrezco acudir al ama por nada. ¡Se alarma tanto! Y es muy probable que no crea lo que le diga. Es muy dura, ya sabes.

Clarisa había ido a ver al ama un par de veces y la consideraba muy amable y comprensiva. Ella ignoraba que Gwendoline había tratado de engañar al ama con toda clase de cuentos, curso tras curso, siempre que deseaba librarse de algo fatigoso, y que ahora el ama desconfiaba por sistema de todo lo que Gwendoline le decía, limitándose a darle grandes dosis de una medicina muy desagradable, se quejara de lo que se quejase. En realidad, Alicia decía que guardaba una gran botella especial con la etiqueta «*Medicina para Gwen*» en el estante más alto de su armario, un preparado terriblemente desagradable para las melindrosas.

—Mira a Connie —dijo Gwen, mientras se acercaban a las otras—, lleva la bolsa de Ruth además de la suya. Vamos a alcanzarlas y les hablaremos.

Pero, como de costumbre, la conversación fue llevada por Connie y no por Ruth.

—¡Qué día tan hermoso para ir de excursión! —exclamó Clarisa, mirando a Ruth.

—Precioso —replicó Connie y, a continuación, se puso a hablar de la comida que llevaban en las bolsas.

Gwen se dirigió a Ruth.

—¿Encontraste el lápiz que habías perdido, el de plata? —le preguntó.

Como siempre, fue Connie quien contestó por ella.

—Oh, sí, estaba en el fondo de su pupitre.

—¡Ruth, mira qué mariposa! —gritó Clarisa, decidida a hacerla hablar—. ¿Cuál será?

—Es una *Fritillaria*, de borde perlado —respondió Connie, antes de que Ruth tuviera siquiera tiempo de mirarla.

Entonces Gwen y Clarisa se dieron por vencidas. Era imposible hacer hablar a Ruth antes de que Connie interviniera.

Comieron al pie de la colina Langley, porque tenían demasiado apetito para esperar hasta haber alcanzado la cumbre. Gwendoline se alegró mucho. Ya jadeaba y resoplaba.

—Estás demasiado gorda, eso es lo que te pasa, Gwendoline —le dijo Alicia, para molestarla—. ¡Cielos!, qué ceño más maravilloso tienes ahora, uno de tus mejores. ¡Un ceño realmente siniestro!

Belinda las oyó y quiso estar más cerca. Al ver a Gwendoline buscó su pequeño cuaderno de dibujo que siempre llevaba consigo.

—Sí, es un ceño bárbaro —exclamó—. ¡Fantástico! ¡Consévalo, Gwen, consévalo! ¡Debo agregarlo a mi colección!

Clarisa, Ruth y Connie se extrañaron.

—¿Una colección de ceños? —preguntó Connie—. ¡Nunca oí nada semejante!

—Sí, tengo un bonito libro lleno de los distintos ceños de Gwendoline —explicó Belinda—. El que es así... y puso una cara terrible. —Y ese otro... y éste que debéis haber visto cientos de veces—. Hizo una serie de muecas y todas rieron. Belinda era muy distinta cuando quería.

—¡Oh, deprisa, Gwen está frunciendo el entrecejo otra vez! —dijo, abriendo apresuradamente el librito—. Sabéis, un trimestre estuve dibujando a Gwen todo el tiempo, aguardando su ceño, pero el trimestre siguiente fue más lista que yo y apenas conseguí captar ninguno. Si quieres, cuando regresemos, te enseñaré mi colección, Clarisa.

—Esto... bueno, no sé si a Gwen le gustará —comenzó a decir.

—Claro que no le gustará —respondió Belinda, moviendo rápidamente el lápiz. Al fin, tras arrancar la página, se la entregó a Clarisa.

—Aquí tienes. Ésa es, como verás, tu querida Gwendoline Mary.

Sí, era Gwen a todas luces, y con qué expresión más desagradable. Belinda, con su malicioso lápiz, era capaz de captar la expresión de cualquiera y plasmarla inmediatamente en el papel.

Clarisa no sabía qué hacer con el papel: romperlo hubiera sido ofender a Belinda, y conservarlo, ofender a Gwendoline. Por fortuna, el viento resolvió el problema arrebatándolo de entre sus dedos y lanzándolo por encima del acantilado. ¡Qué alivio!

Fue una comida espléndida. Había bocadillos de todas clases, bollos, galletas y pastel de frutas. Las niñas lo comieron todo y luego gandulearon al sol. Darrell decidió de mala gana, a eso de las tres, que si querían merendar en lo alto de la colina y bañarse después, era preciso emprender la marcha.

—Oh, Darrell, Clarisa y yo tenemos permiso de la señorita Williams para ir a merendar con la antigua nurse de Clarisa, miss Lucy, que vive al pie de la colina —dijo Gwendoline con el tono cortés que usaba cuando decía algo a lo que iba a oponerse la otra.

—¡Vaya! ¡Es la primera noticia que tengo! —exclamó Darrell—. ¿Por qué no lo dijiste antes? ¡Supongo que será cierto! ¿O lo dices sólo para evitarte tener que subir a la colina Langley y bañarte después?

—Claro que no —respondió Gwendoline con gran dignidad—. ¡Pregúntale a Clarisa!

Clarisa, que se sentía un tanto nerviosa ante Darrell, sacó la invitación de miss Lucy.

—De acuerdo —exclamó Darrell, devolviéndosela—. Es muy propio de ti, Gwen, librarte de una excursión y de un baño. ¡Eres muy lista!

Gwendoline no se dignó contestar, pero miró a Clarisa como si dijera: «¡*Qué delegadas de clase! ¡Desconfiar de nosotras de esta manera!*».

Las niñas dejaron a Gwen y a Clarisa, y comenzaron la ascensión a la colina. Las dos se tumbaron en la hierba.

—De todas maneras, me alegra no tener que subir —dijo Gwen, contenta—. ¡Y con el calor que hace esta tarde! Les deseo que se diviertan.

Permanecieron sentadas un rato más y luego Gwen dijo, que le había picado algo. Era la excusa que daba cuando se cansaba de estar al aire libre. Así que fueron a la casita de miss Lucy, adonde llegaron a las cuatro y cuarto.

La buena señora ya las esperaba. Corrió a saludar a Clarisa, mimándola como si fuera una niñita pequeña. Entonces vio a Gwendoline y se extrañó de que no hubieran venido más niñas.

—¡Pero si he preparado merienda para veinte! —dijo—. Yo creí que vendría toda la clase, señorita Clarisa. Oh, pobre de mí, ¿qué vamos a hacer? ¿No podríais ir a buscar a las demás?

Capítulo 11

UN PLAN FASCINANTE

—Ve tú por ellas, Gwen —dijo Clarisa con apremio—. Yo no me atrevo a subir esa colina tan empinada. Ahora ya deben de estar a medio camino.

—No, claro que no, señorita Clarisa, ni pensar en que usted suba esa colina ahora que está reponiéndose del corazón —replicó miss Lucy—. Yo me refería a esta otra niña.

Ciertamente que Gwendoline no iba a subir corriendo la colina Langley bajo el ardoroso sol para que unas compañeras, que le disgustaban, disfrutasen de una espléndida merienda. ¡Qué se quedaran sin ella!

Puso una cara muy larga.

—Yo ya iría, claro —dijo—, pero creo que también le pasa algo malo a mi corazón: palpita muy deprisa cuando realizo algún esfuerzo un tanto violento, ¿sabes? Y siento que tengo que tenderme a descansar.

—¡Oh, Dios mío, eso es lo que me pasaba a mí! —exclamó Clarisa con simpatía—. Había olvidado que hoy me hablaste de tu corazón, Gwen. Bueno, no tiene remedio. No podemos hacer que las otras vengan a merendar aquí.

—¡Qué lástima! —se lamentó miss Lucy, llevándolas al interior de su querida casita. Sobre la mesa estaba preparada la maravillosa merienda casera.

Había bocadillos de jamón con lechuga, huevos duros con pan y mantequilla, grandes pedazos de queso recién hecho, carne en conserva, tomates maduros cultivados en el invernadero del hermano de miss Lucy, pastel de jengibre recién sacado del horno, una tarta de manteca, un gran pastel de bizcocho con almendras, galletas de todas clases y pastelitos de mermelada.

—¡Caramba! —exclamaron Gwen y Clarisa, llenas de asombro—. ¡Qué derroche!

—Nurse, es demasiado maravilloso para expresarlo con palabras —dijo Clarisa—. Pero ¡oh, Dios mío, qué despilfarro!

—Oh, vamos, no necesita preocuparse por eso —dijo miss Lucy—. Ayer vino a verme su hermana, la casada, y me dio algún dinero para que les preparase una buena merienda a todas. De manera que aquí está y sólo son dos para comerla.

Bien, la verdad es que en su carta me daba a entender que vendría toda la clase, señorita Clarisa.

—No, nurse, yo decía que todo nuestro grado de la *Torre Norte* iba a venir de excursión y que nosotras, es decir, Gwen y yo, vendríamos a merendar con usted —exclamó Clarisa—. Supongo que pensó que al decir nosotras me refería a toda la clase. Lo siento muchísimo.

—Siéntense y coman —respondió la nurse, pero ni aun tratándose de cosas tan apetitosas pudieron merendar mucho después de la opípara comida con que se habían regalado hacía un rato.

Gwen contempló con desaliento aquellos montones de golosinas.

Entonces miss Lucy tuvo una brillante idea.

—En el colegio se celebran fiestas de medianoche o algo parecido —dijo a Clarisa—. Recuerdo que su hermana, la casada, solía hablar de ello cuando iba al internado.

—¡Una fiesta de medianoche! —replicó Gwen, recordando uno o dos de los celebrados en *Torres de Malory*—. ¡Vaya, es una idea estupenda, miss Lucy! ¿De veras podemos llevárnoslo todo?

—Claro que pueden. Así llegará a las bocas hambrientas para las que fue preparado —observó miss Lucy, mirando a las dos niñas con ojos brillantes—. ¿Pero cómo van a llevárselo?

Clarisa y Gwen reflexionaron. Era demasiado peso para ellas solas. Era preciso buscar ayuda. Clarisa estaba muy excitada. ¡Una fiesta de medianoche! Había leído algo sobre eso, y ahora iba a participar en una proporcionando ella los alimentos.

—Ya sé —exclamó Gwen, de pronto—. A las cinco y media tenemos que encontrarnos con Darrell y las otras al final del camino que pasa por aquí, el que parte de la cueva. ¡Traeremos a alguna de las niñas para que nos ayude a llevarlo!

—Buena idea —convino Clarisa con los ojos brillantes tras las gruesas gafas.

Así que, antes de las cinco y media en el reloj de miss Lucy, Gwen y Clarisa salieron al camino a encontrarse con las demás.

Pero sólo vieron a dos... y muy enfadadas. Eran Alicia y Belinda.

—¡Bueno! ¿Sabéis que son las seis menos cuarto y que llevamos aquí veinte minutos? —comenzó Alicia indignada—. Las otras ya se han marchado. Nosotras os hemos esperado. ¿Es que no tenéis reloj?

—No —respondió Gwendoline—. Lo siento. Me temo que el reloj de miss Lucy iba atrasado.

—Bueno, por el amor de Dios, daos algo más de prisa ahora —gimió.

Más Gwen la retuvo de un brazo.

—Aguarda un poco, Alicia. Queremos que tú y Belinda vengáis con nosotras a la casita de miss Lucy. No está muy lejos.

Alicia y Belinda miraron a Gwen exasperadas. A toda prisa ésta les explicó lo de la fiesta y lo de toda la comida que había sobrado, y que la nurse se la había ofrecido para una fiesta de medianoche.

En el rostro de Alicia apareció una sonrisa, en el de Belinda una expresión maliciosa. ¡Una fiesta a medianoche! Ése sería un buen final para un día feliz. ¡Y tanta comida! Desde luego que no podía desperdiciarse.

—Bueno, claro que sería un pecado desperdiciar tantas exquisiteces —comentó Alicia, feliz—. Comprendo que no podáis permitirlo. Y estoy segura de que esta noche acabaremos con todo, después de tanto andar, trepar y bañarnos. Volveremos para ayudaros a llevarlo todo hasta un lugar muy seguro.

Ya no se habló más del retraso. Las cuatro regresaron rápidamente a la casita de miss Lucy, que lo había empaquetado todo como pudo en bolsas y cestos. Las niñas lanzaron exclamaciones de entusiasmo y le dieron las gracias.

—Le devolveremos las bolsas y cestos en cuanto podamos —le prometió Clarisa—. ¡Vaya,

qué cargadas iremos!

Qué razón tenía. Hicieron cuanto pudieron por regresar deprisa a *Torres de Malory*. En el camino del acantilado les aguardaba Sally.

—¿Qué habéis estado haciendo? —les preguntó—. Darrell estaba muy preocupada, temía que os hubieseis perdido. ¡Estaba a punto de ir a dar parte de que os habíais caído por el acantilado!

Alicia rió.

—Echa un vistazo a esta cesta —le dijo—. ¡Y a esta bolsa!

La nurse de Clarisa nos lo dio todo para celebrar una fiesta de medianoche.

—¡Caracoles! —exclamó Sally, emocionada—. ¡Qué estupendo! Será mejor que escondáis todas estas cosas en alguna parte. No queremos que las encuentren Potty o *Mademoiselle*.

—¿Dónde las pondremos? —preguntó Alicia—. ¿Y dónde celebraremos la fiesta? Sería mejor hacerlo al aire libre. ¡Hace tanto calor! ¡Ya sé! Junto a la piscina. Incluso podemos darnos un baño a medianoche.

Aquello sonaba sumamente atractivo.

—Ve a decir a Darrell que estamos a salvo —dijo Alicia—. Nosotras cuatro iremos a la piscina y esconderemos todo esto en las casetas donde guardamos los salvavidas y demás cosas.

Sally se fue corriendo, y Gwen, Clarisa, Alicia y Belinda se encaminaron a la piscina. La marea estaba baja, pero a medianoche volvería a subir y podrían bañarse en la piscina y celebrar su fiesta mientras las olas batían a sus pies. Además, habría luna llena, ¡todo acompañaba!

Alicia colocó los cestos y bolsas en una caseta y cerró la puerta. Luego ella y las otras tomaron el camino del acantilado, pero de pronto Alicia recordó que no había echado la llave de la caseta.

—¡Maldición! —exclamó—. Supongo que lo mejor será cerrarla por si alguien fuera a husmear por allí. Id vosotras tres, yo regresaré al colegio tan pronto como haya cerrado con llave.

Tras regresar a la caseta, cerró la puerta con llave, que guardó en su bolsillo.

Oyó pasos cerca mientras la guardaba y se volvió apresuradamente.

Gracias a Dios que era Betty, su amiga de la *Torre Oeste*.

—¡Hola!, ¿qué estás haciendo aquí? —preguntó Betty.

Alicia, sonriente, le contó lo de la fiesta.

—¿Por qué no me invitas? ¿Alguna objeción?

—No, pero es que a Darrell puede que no le guste —replicó Alicia, vacilando—. Ya sabes que no podemos abandonar nuestras torres para reunimos de noche. Siempre ha sido una regla muy estricta.

—Bueno, ¿hay algo que impida que me asome a la ventana de mi dormitorio, que oiga ruido junto a la piscina y que vaya a ver de qué se trata? —dijo Betty con su picara sonrisa—. Entonces no veo que puedas impedir que alguien me diga: «¿Quieres unirte a nosotras?».

—Sí, es una buena idea —convino Alicia—. Haz eso. Entonces, nadie podrá decir que yo te lo había dicho. Gritaré: «Ven, únete a nosotras», y todas estarán de acuerdo. Darrell no podrá negarse.

—De acuerdo —exclamó Betty, riendo—. No me gustaría perderme una fiesta semejante, ¿y a ti? ¿Adónde habéis ido hoy? ¿A la colina Langley? Nosotros fuimos a Langbottom y lo pasamos

muy bien. Escucha, supongo que podré traer también a un par de niñas de la *Torre Oeste*, ¿no? Al fin y al cabo, no es lo mismo ser invitada que asomarse a ver qué ocurre. Nadie lo sabrá.

—Está bien. Trae a Eileen y Winnie —dijo Alicia—. Disfrutarán. Pero, por amor de Dios, no digas que yo te lo dije o Darrell me armará un escándalo. Se toma sus deberes de delegada de clase muy en serio.

—¡Ya lo creo! —exclamó Betty, riendo—. Bueno, te veré por la noche, ¡y acuérdate de sorprenderte mucho cuando me veas aparecer!

Se marchó corriendo y Alicia fue a reunirse con las otras.

—¿Por qué has tardado tanto? —quiso saber Belinda—. Pensamos que te habías caído dentro de la piscina. Si no te das prisa, vas a llegar tarde para la cena.

—¿Le habéis dicho a Darrell lo de la comida y la fiesta de medianoche? —preguntó Alicia.

—Sí —contestó Belinda—. Al principio dudaba un poco, pero luego, cuando le recordamos que el quinto grado también había celebrado una el año pasado, se rió y dijo: «¡De acuerdo! ¡Entonces tendremos fiesta!».

—Bien por Darrell —comentó Alicia, complacida—. ¿Le sugeristeis que junto a la piscina sería un buen sitio?

—Sí. Estuvo de acuerdo —dijo Belinda—. De manera que todo está arreglado.

Las de cuarto grado se hacían tantas señas continuamente durante la cena, que *Mademoiselle*, que presidía la mesa, revisó su atuendo varias veces para ver si había olvidado algún detalle de su arreglo. ¿Habría perdido algún botón? ¿Llevaría el cinturón ladeado? ¿Se habría despeinado? ¿Entonces por qué aquellas niñas traviesas no cesaban de guiñarse el ojo?

Pero no tenía nada que ver con la ropa ni el peinado de *Mademoiselle*, sino únicamente que las niñas estaban excitadas y no cesaban de reír, darse codazos e intercambiar guiños, lo bastante para llamar la atención de cualquier profesora.

Mademoiselle era indulgente.

«Están así debido a la excursión —pensó—. ¡Ah, qué bien dormirán esta noche! Pero *Mademoiselle* se equivocaba. ¡No tenían intención de dormir aquella noche!».

Capítulo 12

AQUELLA NOCHE

—Por amor el de Dios, no dejéis que Potty o *Mademoiselle* adivinen que planeamos algo para esta noche —dijo Darrell a las otras después de cenar—. He notado que *Mademoiselle* sospechaba. Vamos ahora a la sala común y arreglaremos los detalles. ¡Qué suerte que nos hayan regalado tanta comida! Clarisa, muchas gracias.

Clarisa enrojeció, pues estaba demasiado nerviosa para decir nada. Le encantaba pensar que había podido proporcionar semejante festín a sus compañeras.

Fueron todas a la sala común donde se sentaron para discutir sus planes.

—Ésta tarde ha hecho tantísimo calor que se estará divinamente junto a la piscina —comentó Sally—. Aunque debemos abstenernos de gritar, se oye todo de noche y, a pesar de que la piscina está resguardada por las rocas, es posible que el ruido llegue hasta aquí si sopla algo de viento en esta dirección.

A Alicia le agradó que Sally dijera eso. Así parecería natural que Betty, Eileen y Winnie se presentasen con la excusa de que habían oído ruidos procedentes de la piscina.

—Sally y yo no dormiremos esta noche —dijo Darrell—. Y cuando oigamos que el reloj da las doce, os despertaremos a todas y podréis ponerlos las batas y los trajes de baño. Será mejor que los vayamos a buscar ahora a los vestuarios, o de otro modo podríamos despertar a todas las profesoras si armamos ruido a esas horas.

—¿Está segura la comida donde está? —preguntó Bill, que aguardaba con anhelo la aventura. ¡Era la primera vez que iba a asistir a una fiesta de medianoche!

—Sí. Bien encerrada en la caseta de la izquierda —le respondió Alicia—. Yo tengo la llave.

—Primero nos bañaremos y luego celebraremos la comilona —propuso Darrell—. Es una lástima que no tengamos nada especial para beber.

Todas asintieron.

—Apuesto a que si pidiera a la cocinera limonada, nos la prepararía —dijo Irene que era la gran favorita del personal de la cocina.

—Bien. Ve entonces —ordenó Darrell—. Pídele que prepare dos jarros grandes y que los deje en la parte fría de la despensa. Iremos a buscarlos cuando estemos preparadas.

Irene salió corriendo y Alicia fue enviada con Mavis a buscar la ropa de baño a los vestuarios. Todas comenzaron a ponerse nerviosas. Clarisa apenas podía estarse quieta.

—Ojalá no hubiese cenado tanto —exclamó Gwendoline—. Estoy segura de que a medianoche no tendré apetito.

—Te estará bien empleado por ser tan glotona —replicó Belinda—. ¡Te has comido cinco tomates para cenar! ¡Los he contado!

—Es una lástima que no tuvieses nada mejor que hacer —fue la respuesta de Gwendoline,

queriendo ser sarcástica.

—Oh, es maravilloso observar tus gentiles modales —contraatacó Belinda—. No me extraña que engordes tanto por el modo de engullirlo todo en las comidas. ¡Vaya, qué bien podría dibujarte como un hermoso cerdito de ojos azules y una cinta en el rabo!

Todas rieron.

—¡Hazlo, hazlo! —le suplicó Sally.

Gwendoline comenzó a fruncir el entrecejo, pero al ver que Belinda la miraba, se apresuró a componer su rostro. Ojalá no se hubiese mostrado sarcástica con Belinda. ¡Siempre salía perdiendo!

Alicia y Mavis regresaron riendo, llevando consigo la ropa de baño.

—¿Os ha visto alguien? —les preguntó Darrell preocupada.

—No lo creo. Ésa terrible prima mía, June, estaba por allí, pero no creo que sospeche que tramamos algo —respondió Alicia—. La oí silbar cuando estábamos en los vestuarios.

Irene volvió de la cocina con una sonrisa radiante.

—Encontré sola a la cocinera —dijo—. Nos tendrá preparados dos enormes jarros de limonada en el suelo de la despensa a partir de las once de la noche. Las profesoras se acuestan a esa hora, así que dice que después de las once podremos recogerlos sin tropiezos. ¡Yupi!

—Esto va a ser estupendo —exclamó Alicia—. ¿En qué dijiste que consistían esos manjares, Clarisa?

Clarisa se lo explicó mientras Gwen le apuntaba con orgullo. En realidad se sentía como si ella hubiera proporcionado la mitad de aquellos manjares, y se mecía en el reflejo de la gloria de Clarisa.

—¿Celebrabais fiestas de medianoche en tu último colegio, Ruth? —le preguntó Darrell, viéndola tan excitada como las demás.

Como de costumbre, Connie contestó por ella.

—No. Lo intentamos una vez, pero nos sorprendieron y vaya bronca nos echó la directora.

—Le he preguntado a Ruth, no a ti —dijo Darrell, molesta con Connie—. No te metas más. Deja que Ruth conteste por sí misma. —Se volvió de nuevo a Ruth.

—¿Era muy severa vuestra directora? —le preguntó.

Connie abrió la boca para responder por Ruth otra vez, pero al ver el brillo de los ojos de Darrell, volvió a cerrarla.

Ruth respondió, tras aguardar unos momentos para ver si lo hacía Connie.

—Bueno —dijo—. Yo creo que es probable que tú la consideres muy severa. Verás...

—Oh, no es que fuese muy severa, Ruth —la interrumpió Connie—. ¿No te acuerdas de lo amable que fue cuando...?

—¡Estoy hablando con Ruth! —gritó Darrell exasperada.

Todas habrían querido saber qué hubiese ocurrido a continuación, pero una interrupción cambió la situación. El ama asomó la cabeza y preguntó por Gwendoline.

—Oh, ¿por qué, ama? —gimió Gwendoline—. ¿Qué es lo que no hice que debería haber hecho? ¿Para qué me llama?

—Sólo se trata de un asunto de zurcidos —dijo el ama.

—Pero si hice el zurcido que usted me mandó —exclamó Gwen, indignada.

—Bueno, entonces digamos que se trata de un asunto de deshacer un zurcido para volverlo a hacer —dijo el ama en tono agresivo.

Las niñas sonrieron al recordar los esfuerzos de Gwen para zurcir un par de calcetines azules con lana gris y se preguntaron si el ama no lo habría notado.

Gwendoline tuvo que levantarse y acompañarla, rezongando entre dientes.

—Yo podría hacer ese zurcido —sugirió Clarisa a Darrell—. Yo no practico deportes ni hago gimnasia, por tanto tengo tiempo de sobra.

—¡No te atrevas! —exclamó Darrell al instante—. Ya la ayudas demasiado en todo, siempre le dejas copiar.

Clarisa pareció extrañarse.

—Oh, ella no me copia —dijo con lealtad y enrojeciendo al darse cuenta de que se atrevía a discutir con Darrell.

—No seas tonta —le dijo Alicia con brusquedad—. Gwendoline tiene la cabeza llena de pájaros, siempre ha utilizado el cerebro de los demás y siempre lo hará. Quítate esas gafas de color de rosa y mira a Gwen con tus propios ojos, mi querida Clarisa.

Pensando que Alicia realmente quería que se quitase los lentes por alguna razón, Clarisa obedeció. Las niñas iban a estallar en carcajadas, cuando Darrell se inclinó hacia adelante sorprendida.

—¡Clarisa! ¡Tienes los ojos verdes! ¡Nunca había visto unos ojos tan verdes hasta ahora! ¡Debes de estar emparentada con las hadas! ¡Las personas con ojos verdes siempre lo están!

Todas rieron, pero al mirar de cerca los ojos de Clarisa vieron que eran de una hermosa tonalidad verde que entonaba perfectamente con sus cabellos castaño rojizos.

—Caramba, ojalá yo tuviese unos ojos así —exclamó Alicia con envidia—. Son maravillosos. Qué fastidio que tengas que llevar gafas.

—Oh, es sólo por algún tiempo —replicó Clarisa, que volvió a colocárselos con aire tímido, pero satisfecha de la admiración de Alicia—. Celebro que te gusten mis ojos. Gwendoline piensa que es horrible tener los ojos verdes como un gato.

—Si todos los gatos tienen los ojos verdes, entonces nuestra querida Gwendoline tendría que tenerlos también —intervino Belinda.

Clarisa parecía disgustada.

—Oh, pero Gwendoline ha sido muy amable conmigo —comenzó a decir, pero todas la hicieron callar. Gwendoline acababa de aparecer en la puerta con el ceño fruncido, un par de calcetines en una mano y un par de rodilleras de juego en la otra.

—Yo creo que el ama está completamente loca —comenzó a decir—. La semana pasada me pasé horas zurciendo y ahora tengo que deshacerlo todo y zurcirlo de nuevo.

—Bueno, esta vez no zurzas calcetines azules con lana gris, ni los rojos con lana azul marino —aconsejó Alicia—. Cualquiera diría que no distingues los colores.

Clarisa deseaba ayudar a Gwen, pero después del comentario de Darrell no se atrevió a

ofrecerse y Gwen no osó pedir ayuda. Las niñas intentaban leer y bostezaban, deseando verse en la cama, porque estaban muy cansadas, pero no lo bastante como para no levantarse a las doce, darse un baño y disfrutar de un festín.

Aquella noche no tardaron nada en acostarse. Incluso Gwendoline, que era muy lenta, se dio prisa. Irene fue la más rápida de todas ante la sorpresa de Darrell, pero se descubrió que, distraída, se había acostado a medio desvestir, de manera que tuvo que volver a levantarse.

Las ropas de baño estaban recogidas en un armario, aguardando. Las batas y zapatillas preparadas al pie de cada cama.

—Lo siento por ti, Darrell, y por ti también, Sally, que tendréis que estar despiertas hasta las doce —exclamó Irene, bostezando—. Buenas noches a todas, os veré dentro de poco.

Sally dijo que permanecería despierta durante la primera hora y que luego despertaría a Darrell, que velaría hasta las doce. Así ambas podrían descansar un poco.

Sally se mantuvo despierta valientemente y luego sacudió a Darrell, que dormía en la cama contigua. Darrell estaba tan dormida que apenas podía abrir los ojos. Pero al fin lo consiguió, decidiendo que lo mejor era saltar de la cama y caminar un poco, para no volverse a dormir, pues en ese caso, adiós festín, ya que estaba convencida de que nadie más podría despertarse a las doce.

Al fin oyó dar las doce en el reloj de lo alto de la torre.

Bien. ¡Por fin medianoche! Hizo levantarse a Sally y entre las dos despertaron a todas las demás. Gwendoline fue la que más tardó en saltar de la cama, como siempre. Darrell dudaba entre dejarla o no, puesto que parecía resuelta a no despertarse, pero comprendió que Clarisa podría molestarse y, al fin y al cabo, la fiesta se hacía por ella.

Se pusieron las batas y las zapatillas. Sacaron la ropa de baño del armario y enviaron a Irene y a Belinda a buscar los jarros de limonada. El dormitorio estaba lleno de risas contenidas, susurros y siseos. Ahora todas estaban bien despiertas.

—Vamos, saldremos al jardín por la puerta lateral y bajaremos a la piscina por el camino del acantilado —susurró Darrell—. Y por lo que más queráis, no os caigáis por la escalera ni hagáis ninguna tontería.

No tardaron en estar junto a la piscina, que resplandecía a la luz de la luna más tentadora que nunca.

Irene y Belinda llegaron con los jarros de limonada.

—Saquemos la comida para echarle un vistazo —propuso Sally—. Estoy deseando verla.

—¡Alicia! ¿Dónde está la llave de la caseta? —le preguntó Darrell.

—¡Maldición! —exclamó Alicia—. La he dejado en el bolsillo de mi uniforme. Iré a buscarla. No tardo ni un minuto.

Capítulo 13

LA FIESTA DE MEDIANOCHE

Alicia subió corriendo el camino del acantilado enfadada consigo misma por haber olvidado la llave y, tras deslizarse por la puerta lateral de la torre, subió la escalera. Al pasar por el rellano donde se encontraba el dormitorio de primero, vio una figura blanca en el pasillo asomada a la ventana.

«¡Debe de ser una de primero! —pensó Alicia—. ¿Por qué habrá salido del dormitorio a estas horas de la noche? ¡Menudo diablillo!».

Avanzó despacio hasta la figura menuda que miraba por la ventana y la sujetó por un hombro. La oyó contener el aliento con fuerza.

—¡Chiss! —dijo Alicia—. Cielo santo, si eres tú, June.

¿Qué estás haciendo aquí a estas horas?

—Bueno, ¿qué es lo que haces tú? —replicó June con descaro.

Alicia la sacudió.

—No empieces con tus descaros —le advirtió—. ¿Has olvidado ya la paliza que te di el verano pasado durante las vacaciones por plantarnos cara a Betty y a mí cuando viniste a mi casa?

—No, no lo he olvidado —replicó June, llena de rencor—. Ni nunca lo olvidaré. Fuiste muy cruel. Lo hubiese dicho de no haber estado tan asustada. ¡Mira que pegarme con un cepillo de pelo como si tuviera seis años!

—Lo tenías bien merecido —respondió Alicia—. Y ya sabes lo que te hubiese ocurrido de haberlo contado. Sam y los otros te hubiesen pegado también.

—Lo sé —contestó June enojada. Temía a los hermanos de Alicia—. ¡Aunque seguro que algún día me vengaré de ti!

Alicia gruñó con desdén.

—Ya veo que te convendría otra azotaina —le dijo—. Ahora vete a la cama. Ya sabes que no está permitido salir del dormitorio de noche.

—Vi que todas vosotras salíais esta noche —prosiguió June, con intención—. Me figuré que las de cuarto tramabais algo cuando os vi, a ti y a alguien más, cogiendo los trajes de baño en los vestuarios. Tú pensaste que no te había visto, pero te vi.

¡Cómo deseaba Alicia tener a mano un cepillo con que vapulear a June, pero no se atrevía siquiera a levantar la voz!

—Vete a la cama —le ordenó con voz temblorosa de rabia.

—¿Vais a celebrar una fiesta a medianoche? —insistió June, sin moverse—. Vi que Irene y Belinda llevaban jarras de limonada.

—Eres una espía repugnante —exclamó Alicia, dándole un buen empujón—. Lo que hagamos las de cuarto no es asunto tuyo.

June resistió al empujón de Alicia y su voz se hizo más peligrosa.

—¿Sabe Potty lo de vuestra fiesta? —le preguntó—. ¿O *Mademoiselle*? Escucha, Alicia, ¿no sería mala suerte si alguien os delatara?

Alicia contuvo el aliento. ¿Sería posible que June la amenazara realmente con ir a despertar a alguna profesora y de esa manera estropear sus planes? Le costaba creer que hubiese alguien tan malo.

—Alicia, déjame ir con vosotras —le suplicó June—. Por favor.

—No —replicó Alicia tajante. Luego no atreviéndose a decir más, dejó a June junto a la ventana y fue en busca de la llave de la caseta. Estaba tan furiosa que no atinaba a sacar la llave del bolsillo de su uniforme. Ser desafiada por una alumna de primero, ¡su propia prima! ¡Verse amenazada por una mocosa como aquélla! En aquel momento odiaba a June.

Encontró la llave y corrió con ella a la piscina. No dijo nada de su encuentro con June. Las otras ya estaban en el agua disfrutando.

—Es una lástima que se haya escondido la luna —dijo Darrell a Sally—. Cielos, se ha nublado, ¿verdad? ¿Todavía no ha vuelto Alicia? Eh, Alicia, cuánto has tardado. ¿Trajiste la llave?

—Sí, estoy abriendo la caseta —contestó Alicia, a voz en grito—. Clarisa está aquí. Ella me ayudará a sacar las cosas. Lástima que ahora esté tan oscuro, la luna se ha escondido.

De pronto, por la parte oeste del cielo, se oyó un estruendo terrible, un trueno, un trueno. ¡Bum, bum, bum!

—Parece una tormenta —exclamó Darrell—. Hoy ha hecho tanto calor que pensé que habría alguna, cerca. Escucha, Alicia, ¿no crees que deberíamos empezar la fiesta ahora por si acaso se desata la tormenta?

—Sí —respondió Alicia—. ¡Ah, ahí sale la luna otra vez, gracias a Dios!

Las niñas salieron del agua y se secaron entre risas y charlas. De pronto Darrell vio tres figuras que se acercaban por el camino del acantilado, procedentes del colegio.

El corazón se le paralizó. ¿Serían profesoras que las habían oído?

Eran Betty, Eileen y Winnie, naturalmente. Las tres se detuvieron en seco ante la piscina, fingiendo gran asombro al ver reunidas a todas las de cuarto.

—¡Vaya! ¿Qué estáis haciendo? —preguntó Betty—. Nos pareció oír ruido en la piscina. Y eso nos hizo pensar que sería agradable un baño en esta noche tan calurosa.

—¡Vamos a celebrar una fiesta! —dijo Alicia—. Será mejor que os quedéis con nosotras.

—Sí, quedaos, hay suficiente para todas —intervino Irene, y las otras la secundaron. Incluso Darrell les dio la bienvenida, ya que no se le ocurrió ni por un momento que Betty estuviese enterada de la fiesta y hubiese acudido con la esperanza de que la invitaran.

Tampoco se le ocurrió que existía una regla muy severa que prohibía que las niñas de una torre se reunieran de noche con las de otra. No la recordó ni por un momento.

Todas se sentaron para disfrutar de la comida. El trueno volvió a retumbar, esta vez mucho más cerca. La luz de un relámpago iluminó el cielo. La Luna fue a ocultarse detrás de una nube enorme y ya no volvió a dejarse ver aquella noche.

Y lo peor de todo fue que empezaron a caer grandes gotas de lluvia que lo mojaron todo y

disgustaron a las niñas.

—Oh, pobres de nosotras, tendremos que entrar en el colegio —exclamó Darrell—. Vamos a quedar empapadas y no sería divertido comer bajo la lluvia. Vamos, recojámoslo todo y regresemos.

Betty dio un codazo a Alicia.

—¿Podemos ir también nosotras? —susurró.

—Sí, venid —respondió Alicia, bajito—. Darrell no ha dicho que no vinierais.

Así que todas, incluidas Betty, Eileen y Winnie, de la *Torre Oeste*, se apresuraron a recogerlo todo y subieron por el camino del acantilado, que se hallaba sumido en la oscuridad.

—¿Adónde llevaremos todo esto? —preguntó Darrell a Sally—. No podemos ir a nuestra sala común porque no tiene cortinas y se vería la luz.

—¿Y si fuésemos a la de las de primero? —propuso Sally—. Queda lo suficiente alejada de las habitaciones de las profesoras, y las ventanas no se ven desde la otra parte.

—Sí, buena idea —opinó Darrell.

La noticia de que la fiesta iba a celebrarse en la sala común de primero circuló de boca en boca.

Pronto estuvieron todas allí. Darrell cerró la puerta con cuidado y puso una alfombra sobre la rendija para que desde el exterior no pudiera verse ni un rayo de luz.

Las niñas se sentaron en el suelo, un tanto desanimadas por la tormenta repentina que había estropeado sus planes. Se oyó un trueno y el brillo de un relámpago. Mary-Lou pareció alarmarse y Gwen se puso muy pálida. A ninguna de las dos les gustaban las tormentas.

—Espero que Trueno esté a salvo —dijo Bill, mordiendo un bocadillo de lengua. Su caballo era siempre su primer pensamiento.

—Yo diría... —comenzó Alicia que se paró en seco, pálida como un muerto. Todas permanecieron inmóviles.

Darrell se llevó el dedo a los labios, imponiendo silencio.

Se oyó llamar a la puerta: ¡*Tap, tap, tap!* ¡*Tap, tap, tap!*

Darrell estaba asustada. ¿Quién sería? ¿Y por qué llamaba? Hizo otra seña para que todas permanecieran completamente quietas.

Las llamadas continuaron: ¡*Tap, tap, tap!* Ésta vez un poco más fuerte.

Las niñas continuaron sin moverse y en absoluto silencio. Volvió a oírse la llamada, que esta vez resonó en la noche.

«¡Oh, Dios mío! —pensó Darrell—. Si llaman tan fuerte, alguien puede oírlo y nos descubrirán».

Gwendoline y Mary-Lou estaban aterrorizadas por aquellas extrañas llamadas y se abrazaron, más blancas que el papel.

—Adelante —exclamó Darrell al fin, en voz baja, cuando hubo una pausa entre las llamadas.

La puerta se abrió despacio y las niñas la contemplaron fijamente, preguntándose quién iba a entrar. Entró June, e inmediatamente detrás de ella, bastante asustada, iba Felicity.

—¡June! —exclamó Alicia en tono fiero.

—¡Felicity! —dijo Darrell sin atreverse a creer lo que veían sus ojos.

June miró a su alrededor y se dirigió a las niñas como si se sorprendiera.

—¡Oh! —exclamó—. ¿Sois vosotras? Felicity y yo no podíamos dormir a causa de la tormenta y salimos al pasillo para contemplarla desde la ventana. ¡Y encontramos esto en el suelo!

¡Les mostró tres huevos duros!

—Quedamos muy sorprendidas. Entonces oímos ruido aquí y nos preguntamos quién estaría en nuestra sala común. Pensamos que quienquiera que fuese, debía de estar dándose un buen atracón; de modo que vinimos a devolveros vuestros huevos duros.

Después de este discurso hubo un silencio. ¡Alicia estaba furiosa! Sabía que June las había estado espiando hasta que regresaron por culpa de la tormenta, que las vio entrar en la sala común de las de primero y que le había entusiasmado encontrar los huevos para llevarlos como excusa para unirse a la fiesta.

—Oh —exclamó Darrell sin saber qué decir—. Gracias.

Sí... estamos celebrando una fiesta. Yo...

—¿Por qué utilizáis nuestra sala común? —le preguntó June, con aire inocente mientras cascaba uno de los huevos—. Claro que es un honor para nosotras, las de primero, que las de cuarto grado utilicen nuestra sala para una fiesta. Humm, ¡este huevo está buenísimo! Aunque no era mi intención morderlo. Lo lamento.

—Oh, termínatelo todo si quieres —ofreció Darrell sin encontrar nada mejor que decir.

—Gracias —respondió June, entregando otro a Felicity, que también se puso a comerlo.

Naturalmente, aquello terminó con las dos pequeñas incorporadas a la fiesta, aunque Darrell se sentía muy incómoda. Además, se dio cuenta por vez primera de que las tres niñas de la *Torre Oeste* seguían allí, en la *Torre Norte*, donde no debían estar. No obstante, ¿cómo echarlas ahora? No podía decirles: «*Escuchad, debéis largaros. Sé que os invitamos a participar en esto cuando estábamos en la piscina, pero ahora no podéis continuar con nosotras*». Resultaba demasiado tonto para traducirlo en palabras.

Darrell no disfrutó nada. Deseaba librarse de June y Felicity, pero le parecía feo echarlas cuando ellas estaban en su sala común y June había ido a devolverles los huevos. También comprendía que a Alicia tal vez no le gustara que echase a June. ¡Qué poco imaginaba que Alicia estaba ideando toda clase de castigos para la incorregible June! ¡Oh, cielos, aquella fiesta que habían planeado con tanta ilusión, se había estropeado!

¡Y entonces se estropeó todavía más! ¡Se oyeron pasos en el piso de arriba!

Capítulo 14

SE PRECIPITAN LOS ACONTECIMIENTOS

—¿Oíste eso? —susurró Sally—. ¡Alguien viene! ¡Deprisa, recojámoslo todo y vayámonos!

Las niñas recogieron todo lo que tenían cerca. Darrell fue en busca del cepillo que había junto a la chimenea y barrió todas las migas debajo del sofá. Luego apagó la luz y abrió la puerta. En el pasillo todo estaba a oscuras. Al parecer allí no había nadie. ¿Quién andaría por el piso de arriba? Allí estaba el dormitorio de las de primero.

Ahora June y Felicity estaban asustadas y se marcharon enseguida. Betty, Eileen y Winnie desaparecieron por la escalera en busca de la puerta lateral por la que volverían a su propia torre. Las otras, conducidas por Darrell, subieron cautelosamente la escalera para ir a su dormitorio.

Una tos ligera y cercana, una tos familiar e inconfundible, les hizo detenerse en lo alto de la escalera sin apenas atreverse a respirar.

«Ésa es la tos de Potty —pensó Darrell—. Oh maldición, ¿nos habrá oído? ¡Pero si estábamos muy quietas!».

Deseaba con todo su corazón que Betty y las otras dos niñas de la *Torre Oeste* hubieran llegado a salvo a su dormitorio sin ser vistas. Era una falta grave que las niñas de una torre fueran a reunirse con las de otra torre por la noche. En primer lugar no había manera de pasar de una torre a otra bajo techado. Las niñas tenían que salir al exterior para ir de una torre a otra.

¿Qué estaría haciendo Potty? ¿Dónde estaba? Las niñas permanecieron como petrificadas en espera de una señal para moverse.

—Está en el dormitorio de tercero —susurró Darrell al fin—. Tal vez haya alguna enferma. Creo que lo mejor será que corramos. No podemos quedarnos aquí durante horas y horas.

—Bien. La próxima vez que suene un trueno correremos —respondió Sally en voz baja. Se hizo circular la voz y las niñas aguardaron el trueno con impaciencia. Primero brilló un relámpago iluminando la apretada fila de niñas y luego retumbó el trueno.

Fue largo, resonante, y apagó cualquier ruido que las niñas pudieran haber hecho camino de su dormitorio. Se echaron en la cama agradecidas, tras ocultar todo lo que llevaban: trajes de baño y demás, en el fondo de sus armarios.

La señorita Potts no apareció y las niñas comenzaron a respirar con más tranquilidad. Alguna debía de haber enfermado en el dormitorio de tercero. Al parecer, Potty seguía allí. Por fin, las de cuarto oyeron cómo se cerraba suavemente la puerta del dormitorio de las de tercero y los pasos de la señorita Potts que regresaba a su habitación.

—¿Tenemos que llevar ahora las jarras de limonada a la cocina? —susurró Irene.

—No nos arriesguemos con más paseos esta noche —replicó Darrell—. Podréis devolverlas antes del desayuno, en cuanto las profesoras entren en el comedor, aunque así lleguéis un poco tarde. Nosotras recogeremos todas las sobras antes de bajar y las esconderemos hasta que

podamos deshacernos de ellas. ¡Qué lástima que haya tenido que desatarse esta tormenta!

Aquella noche las niñas durmieron como troncos, y por la mañana apenas podían despertarse. A Gwen y Belinda hubo que sacarlas materialmente de la cama. Irene corrió a la cocina con las jarras vacías. El resto de la comida fue introducido en una bolsa que ocultaron en un armario del descansillo.

Luego, con aire inocente, las de cuarto curso bajaron a desayunar.

Felicity sonrió a Darrell. Había disfrutado con la escapada de la noche anterior, pero June no sonrió a Alicia. El rostro de Alicia no reflejaba contento precisamente y June se sentía incómoda.

En el recreo, Alicia fue al encuentro de Hilda, la delegada de clase del primer grado que quedó sorprendida y halagada.

—Hilda —dijo Alicia—, estoy muy descontenta del comportamiento de June. Se está volviendo insoportable y las de cuarto no pensamos consentirlo. O la pones tú en su sitio o lo haremos nosotras. Sería mucho mejor que lo hicieses tú.

—Oh, Alicia, cuánto lo siento —contestó Hilda—. Hemos intentado pararle los pies, pero no cesa de decir que tú nos regañarás si no le damos una oportunidad. Y le hemos dado montones de oportunidades.

—Lo creo —respondió Alicia—. No sé cómo manejas tú a los miembros descarriados de tu clase, Hilda. Nosotras teníamos varios métodos muy buenos en primero, pero haz algo y dile que lo recomiendo yo.

—De acuerdo, lo haremos —exclamó Hilda, agradecida al tener autoridad para tratar a aquella niña nueva, June, tan orgullosa y desenfadada. Una semana de aislamiento haría que June, a la que encantaba charlar, entrara en razón. Por tanto ése sería un buen castigo para ella.

Hilda decidió convocar una reunión para tratar del asunto, sintiéndose muy importante.

June se puso furiosa al escuchar el veredicto de su clase: condenada al aislamiento durante una semana. Además, se sentía humillada. ¡Y cómo se enfadó con Alicia por haber dado a Hilda la autoridad necesaria! Alicia estaba en su pleno derecho para hacerlo. Cuando una alumna de un grado inferior despertaba el enojo de una de grado superior, la delegada de clase de la ofensora debía resolver el asunto. Por eso Hilda lo solucionó fiel y prontamente como si sintiera satisfacción al hacerlo. Lo cierto es que June era una espina en el costado de todas las antiguas de primer grado. Era inusitado que una niña nueva se comportase con tal osadía.

Felicity tuvo que prometer también que no hablaría con June. Oh, cielos, eso sería muy desagradable, pero debía más lealtad a su clase que a June. Así que lo prometió en voz baja sin atreverse a mirar a la sonrojada June.

Aquella tarde Felicity se acercó a Darrell con aire preocupado.

—Darrell, ¿puedo hablar contigo, por favor? Ha ocurrido algo muy desagradable. Ésta mañana han encontrado esas migas que dejamos anoche, junto con dos bocadillos, en la sala común debajo del sofá. Potty habló con Hilda para preguntarle si anoche se celebró alguna fiesta. Potty dijo que le pareció oír algo, pero cuando salió del dormitorio de las de tercero, donde una se puso enferma, y fue a mirar a la sala común, la encontró vacía.

—Cielos —exclamó Darrell—. Bueno, ¿qué importa? Hilda debía estar dormida anoche y no

puede saber nada de lo ocurrido.

—Sí, estaba dormida, y dijo a Potty que no sabía nada de ninguna fiesta y que las de primero no salieron del dormitorio anoche —explicó Felicity—. Algunas se despertaron durante la tormenta, pero al parecer ninguna me echó de menos, ni a mí ni a June.

—Bueno, ¿por qué preocuparse entonces? —dijo Darrell—. Ya sabes que no debiste venir anoche con June. Me sorprendió mucho que lo hicieras y no me gustó nada, Felicity. Deberías tener más cuidado en tu primer trimestre.

—Lo sé —contestó Felicity—. Me dejé arrastrar por June.

La verdad es que no puedo evitarlo, Darrell. Me hace reír tanto y es tan atrevida y valiente. Ahora está castigada. Nadie le habla y está furiosa. Sabe que todo es por culpa de Alicia y dice que se vengará de ella. Y lo hará.

—Felicity, deja a June —suplicó Darrell—. No es una buena amiga. En realidad es una pequeña salvaje. Alicia me ha hablado mucho de ella.

Pero Felicity era obstinada y meneó la cabeza.

—No. Me gusta June y seguiré a su lado. No es una salvaje. Es divertida.

Darrell dejó marchar a Felicity sintiéndose molesta con ella. Suerte que Potty no había descubierto nada. ¡Debieron de intrigarle mucho las migas y los bocadillos!

Parecía como si todo aquel asunto hubiese terminado ¡cuándo estalló la bomba! Felicity acudió de nuevo a Darrell al día siguiente, esta vez muy nerviosa.

—Darrell, tengo que hablarte en privado.

—¡Cielo santo! ¿Qué ocurre ahora? —dijo Darrell, que llevó a Felicity a un rincón del patio.

—Es June. No lo comprendo. Dice que va a decirle a Potty que estuvo en la fiesta de la otra noche —declaró Felicity—. Dice que yo también debería confesar.

Darrell miró a Felicity exasperada. ¡Éstas niñas de primero!

—Pero si va y lo dice es lo mismo que si nos delatara —dijo Darrell, furiosa—. ¿Dónde está ese demonio ahora?

—Estudiando en una de las salas de música —contestó Felicity alarmada ante la furia de Darrell—. Ya sabes que está castigada y no puede hablarme. Me envió una nota. ¿Qué puedo hacer, Darrell? Si ella confiesa, yo también tendré que hacerlo y las demás pensarán que soy una cobarde.

—Yo hablaré con June —decidió Darrell, yendo directamente a la sala de música donde las niñas practicaban a diario.

Encontró a June y entró en la habitación con tal furia, que la pequeña pegó un salto.

—Escucha, June, ¿qué se esconde detrás de este repentino fervor tuyo por querer confesar cuando no hay necesidad de hacerlo? —gritó Darrell, enfurecida—. ¿Ya sabes que pondrás en un conflicto a todas las de cuarto si vas y lo cuentas?

—Yo no delato a nadie —contestó June con calma mientras tocaba una escala en el piano—. Diré sencillamente que estuve en la fiesta, pero no diré en qué fiesta. Po... er... quiero tener la conciencia tranquila.

—¡Eres una hipócrita! —exclamó Darrell—. Deja de tocar y escúchame.

June tocó otra escala con una sonrisa burlona en su rostro. Darrell casi estalla de rabia, y cogiendo a June bruscamente por un brazo, la obligó a encararse con ella.

—Basta —dijo June—. ¡Ya he recibido bastantes malos tratos de mi querida prima Alicia!

Al oír mencionar el nombre de Alicia se hizo la luz en la mente de Darrell, que supo enseguida qué se ocultaba tras la piadosa idea de confesar. Lo que deseaba era vengarse de Alicia. Lo que quería era verla en un aprieto, como a Darrell y a todas las de cuarto, para vengarse de Alicia por haber dado orden a Hilda de que la atase corto.

—Eres una mocosa de dos caras, ¿verdad? —le dijo Darrell dolida—. Sabes muy bien que si tú confiesas Potty hará averiguaciones, y yo tendré que decir que nos bañamos por la noche en la piscina y luego lo de la fiesta.

—¡Oh, será algo peor que eso! —replicó June con su insultante tonillo—. Allí estuvieron niñas de otra torre, si no me equivoco.

—¿Quieres decir que piensas acusar a Betty y las otras también? —dijo Darrell tomando aliento—. ¡Y sólo para vengarte de Alicia!

—Oh, acusar no, ni siquiera delatar dijo June, mientras tocaba de nuevo la enloquecedora escala. —Seguro que puedo confesar y el nombre de Betty se me puede escapar por casualidad.

Al pensar que June podía acusar a alguien bajo el pretexto de ser una niña buena que confiesa, Darrell se puso roja de furor. La furia se apoderó de ella por completo y se encontró sacudiendo por los hombros a la desdichada June.

Una voz la hizo detenerse de repente.

—¡Darrell! ¿Qué estás haciendo?

Capítulo 15

UN VERDADERO SOBRESALTO

Darrell se volvió asustada. En la puerta se hallaba la señorita Potts reflejando el más completo asombro. Darrell no sabía qué decir. June tuvo la audacia de volver a sentarse al piano y tocar un acorde suave.

—¡June! —exclamó la señorita Potts. Su tono de voz hizo que la alumna de primero diera un respingo.

—Ven conmigo, Darrell —dijo la señorita Potts—. Y tú también, June.

La siguieron hasta su despacho, donde *Mademoiselle* corregía unos ejercicios. Miró sorprendida el rostro grave de la señorita Potts y los de las niñas.

—¡*Tiens!* —dijo *Mademoiselle* recogiendo rápidamente sus papeles para salir de a habitación—. Me iré. No quiero estorbar, señorita Potts.

La señorita Potts no parecía haber reparado en *Mademoiselle*. Se sentó en su silla y miró severamente a Darrell y a June.

—¿Qué estabais haciendo las dos?

Darrell tragó saliva. Estaba avergonzada de sí misma. ¡Oh, cielos, delegada de clase y había perdido los estribos de aquel modo!

—Señorita Potts, June tiene algo que decirle —articuló al fin.

—¿Qué tienes que decirme? —preguntó la profesora, volviendo sus fríos ojos hacia June.

—Pues verá, señorita Potts, yo sólo quería confesar el haber asistido a una fiesta de medianoche —contestó June.

—Hilda me dijo que no hubo fiesta a medianoche —dijo la señorita Potts, que comenzó a tamborilear con el lápiz sobre la mesa, cosa que hacía siempre que se enfadaba.

—Lo sé. No fue cosa de las de primero —respondió June en tono suave.

—Adivino en el rostro de Darrell que fue cosa de las de cuarto —dijo la señorita Potts.

Darrell asintió con pesadumbre.

—Las de cuarto y tú, June, supongo —prosiguió la señorita Potts.

—Pues, había algunas más —continuó June fingiendo vacilar—. Otra de primer curso. No mencionaré su nombre.

—Felicity estuvo allí —intervino Darrell—. Pero yo asumo la responsabilidad. Ella no quería ir. Y... señorita Potts... Betty Hill, Eileen y Winnie también vinieron.

Hubo un silencio, la señorita Potts estaba muy seria.

—¿Niñas de otra torre? —preguntó—. Yo creí que conocías el reglamento, Darrell. ¿Y en qué estabas pensando para invitar también a dos alumnas de primero? Claro que Felicity es tu hermana, pero seguramente...

—Yo no la invité —exclamó Darrell—. Y, bueno, tampoco invité exactamente a las niñas de

la Torre Oeste.

—No busquemos excusas —dijo la señorita Potts impaciente—. Eso no es propio de ti, Darrell. Imagino que peleabas con June porque quería confesar, ¿verdad?

Darrell no se atrevió a hablar y se limitó a asentir con la cabeza.

—Siento haberme comportado así —dijo con humildad—. Creí haber dominado mi carácter, pero no es cierto. Siento haberte zarandeado, June.

June quedó un tanto sorprendida ante esta disculpa que la intranquilizó. Pero era muy testaruda y estaba satisfecha de sí misma. Ahora sería bien vista por la señorita Potts por haber confesado. Había conseguido meter a Darrell en un buen aprieto. A Alicia iba a ocurrirle lo mismo y a todas las otras, y ella, June, saldría impune.

—June, puedes marcharte —dijo la señorita Potts de pronto—. No estoy segura de haber llegado aún al fondo de la cuestión. Darrell no tiene derecho a emplear la violencia contigo, pero nunca pierde los estribos a menos que algo serio la enfurezca. Me siento inclinada a tomar tu confesión con reservas. ¿Puedes estar segura de que averiguaré si hay que alabarte o reprenderte!

June salió disparada y muy asustada de la estancia. La señorita Potts miró a Darrell con severidad.

—Darrell, tú sabes que debes aceptar la responsabilidad de permitir que niñas de otra torre fueran a la vuestra de noche, ¿verdad? —le dijo—. Y no puedo pasar por alto tu comportamiento con June en la sala de música. Cualquiera que fuese la provocación no excusa lo que hiciste.

—Lo sé —respondió Darrell muy triste—. No soy una buena delegada de clase, señorita Potts. Será mejor que renuncie.

—Bien, o renuncias, o serás destituida —sentenció la señorita Potts con pesar—. Sally puede ser la delegada de clase de momento, hasta que consideremos que estás en condiciones de volver a asumir la responsabilidad. Si no puedes controlarte, ¿cómo vas a controlar a tus compañeras?

La noticia corrió por todo el colegio.

—¡Darrell Rivers ha renunciado a ser delegada de clase!

¿Lo sabías? Ha habido un jaleo tremendo, algo relacionado con una fiesta de medianoche a la que invitó a algunas niñas de otra torre y a dos de primero. ¡Cielos, imaginaos a Darrell Rivers en desgracia!

Felicity oyó la noticia y se asustó. Fue directamente en busca de June, olvidando que seguía aislada como castigo.

—¿Fuiste a confesar? —le preguntó airada—. ¿Qué ha ocurrido?

Muy contenta por lo que había ocurrido, June le contó a Felicity lo sucedido con todo tipo de detalles.

—Eso les enseñará a las de cuarto que no deben menospreciarnos ni hacer que me condenen al ostracismo —dijo—. Me he vengado a gusto de Alicia. Deberías haber visto la cara que se le puso a Darrell cuando me estaba zarandeando y entró la señorita Potts. Celebro que ya no sea delegada de clase. ¡Le está bien empleado!

Felicity apenas podía dar crédito a sus oídos. Temblaba. June la observó con sorpresa.

—¿Qué ocurre? —preguntó sin adivinar la verdad—. ¿Eres mi amiga, no?

—Lo era. ¡Pero has olvidado que Darrell es mi hermana! —exclamó Felicity con voz temblorosa. June la miraba asombrada. En su insana alegría había olvidado que Darrell y Felicity eran hermanas.

—Siento lo mismo que Darrell, podría zarandearte y pegarte, eres un horrible monstruo de dos caras —gritó Felicity—. Ahora mismo voy a ver a Hilda para decirle todo lo que me has contado. Esto no es acusar, es dar cuenta de algo demasiado malo para ser cierto. ¡Bah! Deberían expulsarte. ¿Cómo habré podido tenerte como amiga?

Y así la amistad entre June y Felicity se truncó bruscamente para no volver a reiniciarse jamás. Susana acudió junto a Felicity prodigándole el consuelo que necesitaba. June se daba de tortas por haber olvidado que Darrell era hermana de Felicity, pero el mal ya estaba hecho. Felicity había visto el verdadero talante de June, ¡y no le había gustado nada!

Las de cuarto grado estaban horrorizadas por lo ocurrido. Todas se pusieron del lado de Darrell, incluso Gwendoline fue a decirle unas palabras de consuelo.

Pero, como de costumbre, la simpatía de Gwen era sólo superficial. Inmediatamente después de decir a Darrell cuánto lo sentía, le confió a Clarisa que en realidad no le sorprendía que Darrell hubiera caído en desgracia.

—Ya te conté cómo me pegó, ¿no? —le dijo—. Y una vez empujó a Sally. Le hará bien verse humillada. Darrell nunca me ha gustado.

Clarisa miró a Gwendoline con un sentimiento de disgusto.

—¿Por qué dices eso cuando acabas de asegurarle que lo sentías y que harías cuanto pudieras por poner las cosas en su sitio? —le dijo—. Yo creo que no obras bien, Gwen.

Y ante la enorme sorpresa de Gwen, la humilde y débil Clarisa se alejó tras darle la espalda. Le había costado mucho decirle aquello y, al alejarse, lloraba.

Tropezó con Bill que salía a montar a Trueno.

—Eh, mira por dónde vas, Clarisa. Oye, estás llorando.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Bill, sorprendida.

—Nada —replicó Clarisa, que no quería decir nada contra Gwen.

Bill sólo conocía un sistema para curar la tristeza, montar a caballo, que fue lo que le ofreció a Clarisa.

—Ven a dar un paseo a caballo. Hace un día espléndido.

Dijiste que te permitían montar si lo deseabas. Sé que hay un caballo libre. La señorita Peters va a venir también. Es estupenda.

En otra ocasión, Clarisa se hubiese negado porque le costaba decidirse a comenzar algo nuevo. No había aún montado en *Torres de Malory*, aunque podía hacerlo.

Pero ahora, conmovida por la franca amabilidad de Bill y deseando librarse de Gwendoline, asintió decidida.

—De acuerdo. Iré a cambiarme en un momento. Espérame.

Al cabo de quince minutos, ante la enorme sorpresa de Gwendoline, la señorita Peters, Bill y Clarisa pasaban ante ella por el acantilado, a buen trote, gritándose unas a otras. ¡Clarisa! ¡Vaya! Ni siquiera sabía que Clarisa tuviera equipo de montar. Y allí estaba con aquella horrible Bill y la

más horrible todavía señorita Peters. Gwendoline no podía comprenderlo.

Sally fue nombrada temporalmente delegada de clase.

—En realidad compartiré el cargo contigo —le dijo a la pobre Darrell—. Te lo consultaré todo y seguiré tu consejo. Apuesto a que no pasa mucho tiempo antes de que vuelvas a ser delegada de la clase. La señorita Grayling me dijo dos veces que yo lo era sólo temporalmente.

Darrell había escrito a sus padres dándoles la mala noticia. Iban a entristecerse y a lamentarlo, pero debían saberlo.

«Creo que debo decíroslo antes de que vengáis a vernos a Felicity y a mí a mitad de curso —escribió Darrell—. ¡Por favor, no me habléis de ello al encontrarnos, porque lloraría! De todas formas, algo bueno ha salido de todo esto, Felicity ya no es amiga de esa horrible niña de su grado, sino de alguien mejor, Susana, la que visteis el trimestre pasado en la exhibición de gimnasia».

Darrell quedó muy conmovida por la demostración de simpatía de toda su clase. Las mellizas estuvieron muy amables, pensó Darrell, incluso Ruth, aunque, como de costumbre, no dijo palabra porque todo lo dijo Connie. Y en cuanto a Clarisa, casi se deshace en lágrimas cuando se acercó a consolar a Darrell.

—Creo que Clarisa es muy simpática, una vez se atraviesa esa capa de humildad y timidez que la cubre —dijo Darrell a Sally—. ¡Qué lástima que tenga que llevar gafas! ¿No la encontrasteis muy bonita cuando se las quitó el otro día, con esos ojos verdes tan profundos, como el agua de un estanque?

Sally rió.

—Qué poética —exclamó—. Sí, ahora me gusta Clarisa.

Gwen no sabe qué pensar ahora que Clarisa sale a montar con Bill, ¿verdad? Ignoraba que a Clarisa le gustasen tanto los caballos. Ella y Bill charlan incansables de todos los caballos que han conocido. Gwen parece un pato moribundo en medio de una tormenta, tratando de meter baza.

—La semana que viene es mitad de trimestre —dijo Darrell—. Oh, Sally, cuando me sentía tan orgullosa de haber sido elegida delegada de la clase, nunca pensé que perdería mi puesto antes de llegar a la mitad del trimestre. ¡Soy un terrible fracaso!

—Bueno, ¡a mucha gente le gustaría ser el tipo de fracaso que eres tú! —replicó Sally con lealtad—. Puede que seas un fracaso de momento, pero un fracaso estupendo, Darrell. Eres muchísimo mejor que algunas personas que se creen un éxito.

Capítulo 16

GWENDOLINE TRAZA UN PLAN

¡Pronto llegarían al ecuador del trimestre! El colegio preparaba toda clase de festejos. Un partido de tenis de exhibición a cargo de cuatro de las mejores jugadoras de la escuela; un concurso de natación y buceo, y un programa de danzas en el centro del gran patio.

—Y después —dijo Daphne con pesar—, el examen para conseguir el diploma. Me siento terriblemente deprimida cada vez que lo pienso.

—¡Piensa en lo tranquila que te quedarás luego! —exclamó Belinda.

—Sí, igual que después de haber ido al dentista —intervino Clarisa—. Antes te sientes apesadumbrada, pero después terriblemente feliz.

Todas rieron. Sabían que Clarisa había pasado muy malos ratos en la consulta del dentista y que odiaba el alambre corrector que rodeaba sus dientes delanteros. Esperaba que se lo quitaran pronto.

—Cuando me quiten las gafas y el alambre de los dientes, no vais a conocerme —dijo echando hacia atrás sus abundantes cabellos castaños.

Había estado montando con Bill, por lo que Gwendoline se sentía desplazada. Clarisa montaba muy bien y al parecer era capaz de manejar cualquier caballo de los establos del colegio. Hasta le habían permitido montar a Trueno.

Gwendoline encontraba muy aburrida la interminable conversación sobre caballos que sostenían las dos niñas.

—¡Una vez monté un caballo que echó a correr conmigo y saltó por encima de un seto antes de que yo hubiese aprendido a saltar! —comenzaba Clarisa.

Y luego Bill continuaba:

—¿De veras? Apuesto a que te sujetaste bien. ¿Te he hablado alguna vez de «Mavel», el caballo de mi hermano Tom?

Entonces seguía una larga historia sobre «Mavel», al final de la cual Gwendoline quiso intervenir.

—Escucha, Clarisa, ¿tú sabes adónde vamos a ir de paseo esta tarde?

—Todavía no —respondió Clarisa—. Bueno, Bill, tengo que contarte lo del viejo caballo de mi padre que vivió más de treinta años. Era...

Y así la conversación sobre caballos continuaba, hasta que Gwendoline tenía ganas de gritar. ¡Caballos! ¡Unas horribles criaturas relinchantes! Cómo deseaba que Clarisa no hubiese ido a dar aquel primer paseo con Bill.

Gwendoline comenzaba a temer el próximo examen. Estaba retrasada en sus lecciones y, a causa de su costumbre de utilizar la inteligencia de las demás y de copiar su trabajo, su propio cerebro trabajaba mal cuando tenía que pensar por sí sola. El examen escrito tendría que hacerlo

por sus propios medios; entonces no podría copiar, e incluso Gwen sabía perfectamente que la señorita Williams procuraría sentarla lo más lejos posible de todas, para que no pudiese hacerlo.

Estaba preocupada por el examen. Tal vez fuese la única que fallase ¡y qué pena y qué humillación sería para ella! Su padre iba a hacerle reproches muy dolorosos, su madre lloraría, y su antigua institutriz, poniéndose triste, diría que era culpa suya, que debería haberla enseñado mejor cuando era pequeña. Oh, cielos, ¿por qué habría de tener tanta importancia un examen?

Gwendoline consideró seriamente la posibilidad de mirar las preguntas de antemano, aunque sabía que eso era una tontería. Siempre estaban guardadas bajo llave. No pensó: «*No está bien hacer una cosa así*», sino sencillamente: «*Soy una tonta al pensar que puedo tener oportunidad de verlas*».

¿Y si enfermara? ¿Y si fingiera tener dolor de garganta o de cabeza? No, el ama jamás le haría caso. Después de tomarle la temperatura diría: «*Mi querida Gwendoline, padeces una inflamación mental como de costumbre*», para acabar dándole aquella terrible medicina.

Pensó con envidia en el corazón débil de Clarisa. Tener algo así que le impidiera participar en aquellos juegos fatigosos, y andar y subir colinas; aquello sí que valía la pena, pues era algo razonable, a pesar de que, por desgracia, no le libraba de las clases.

Gwendoline estuvo pensando un buen rato en enfermedades del corazón y poco a poco fue trazando un plan en su mente. ¿Y si fingiera que su corazón la molestaba? Puso su mano en el lugar que ocupaba su corazón, asumiendo una expresión agonizante. ¿Qué diría? Oh, mi corazón, va a cien por hora otra vez: Ojalá no lo hiciese. Me siento tan rara. ¡Oh!, ¿por qué habré subido tan deprisa las escaleras?

Cuanto más pensaba en su plan, mejor le parecía. La semana siguiente llegarían a la mitad del trimestre. Podría ensayar su fingida enfermedad durante toda la semana y tal vez se lo dijese a sus padres, quienes, alarmados, se la llevarían a casa. ¡Y así se libraría del examen para conseguir el diploma del colegio que seguiría poco después!

El corazón de Gwendoline comenzó a latir deprisa mientras pensaba en su pequeño plan. En realidad, se alarmó un poco sintiéndolo latir a tal velocidad. ¿Y si en realidad estuviese enferma? No, sólo era que estaba excitada y entusiasmada con aquella maravillosa idea suya.

Así que, poco a poco, Gwen comenzó a fingir que no se sentía muy bien.

—Oh, no es gran cosa —les dijo a Clarisa y a Bill—. Tú sabes lo que siento, Clarisa, mi corazón parece precipitarse.

Oh, ¿por qué habré subido tan deprisa la escalera?

Clarisa le demostró su simpatía, pues sabía lo penoso que resultaba tener el corazón débil.

—¿No crees que deberías decírselo a la señorita Williams o a la señorita Potts? —le dijo preocupada—. ¿O al ama?

—No —respondió Gwendoline, adoptando una expresión valiente—. No quiero preocuparlas. Además, ya sabes que pronto tendremos el examen final. En ningún caso puedo perdermelo.

Si Alicia, Sally o Darrell hubiesen andado por allí cerca se hubieran desternillado de risa al oírlo, pero Bill y Clarisa la escucharon muy serias.

—Bueno, yo creo que deberías decirlo —insistió Clarisa—. Si tienes que pasar lo que yo he

pasado, estar echada semanas y semanas sin hacer nada, dejar de montar a caballo, de andar y otras cosas que me entusiasmaban, no irás a correr el riesgo de jugar y correr con un corazón así.

Gwendoline subía corriendo la escalera cuando veía a alguna de cuarto grado en lo alto. Y luego, al llegar al descansillo, se llevaba la mano al costado izquierdo y se ponía a gemir inclinada sobre el pasamanos.

—¿Tienes flato? —le decía Alicia con poca simpatía—. Inclínate y tócate la punta de los pies, Gwendoline. Oh, me olvidaba de que estás demasiado gorda para eso, ¿no?

Por otro lado, Mary-Lou solía decir:

—Oh, Gwen, ¿qué te ocurre? ¿Otra vez tu corazón? ¡La verdad es que deberías hacer algo! ¡Te compadezco!

Gwen no representaba su comedia delante de la señorita Williams ni de la señorita Potts. Tenía el presentimiento de que no iba a salir muy bien, pero sí lo intentó con *Mademoiselle*, que siempre se tragaba el anzuelo.

Mademoiselle se alarmó mucho una mañana al encontrar a Gwen sentada en lo alto de la escalera, cerca de su dormitorio, con la mano puesta sobre el corazón y gimiendo.

—¡*Mapetite!* ¿*Qu'avez vous?* ¿Pero qué te ocurre? —exclamó—. ¿Te has hecho daño? ¿Dónde?

—No, no tengo nada, *Mademoiselle* —jadeó Gwendoline—. No es... no es nada, sólo este terrible corazón mío. ¡Cuándo corro o hago algún esfuerzo, se pone tan raro!

—¡Tienes palpitaciones! ¡Entonces estás anémica! —le gritó *Mademoiselle*—. ¡A mí me pasó una vez cuando tenía quince años! Tienes que venir conmigo a ver al ama que te dará algo bueno, alguna buena medicina que ponga tu sangre rica y roja.

Gwendoline no quería que el ama pusiera su sangre rica y roja. Era la última cosa que deseaba en este mundo. Se levantó apresuradamente dirigiendo una débil sonrisa a *Mademoiselle*.

—Ahora ya se me ha pasado. Estoy perfectamente. No es anemia, *Mademoiselle*. Nunca he estado anémica. Es sólo mi estúpido corazón. Es... es el punto flaco de nuestra familia, me temo.

Esto era completamente falso, pero Gwendoline lo agregó, porque pensó que así podría convencer a *Mademoiselle* de que era su corazón y no su sangre lo que andaba mal. *Mademoiselle* se mostró muy comprensiva y le dijo que era mejor que aquella tarde no jugase al tenis.

Gwendoline quedó encantada, pero pensándolo mejor decidió a pesar suyo que sería mejor jugar, porque no podría convencer a Sally de que su corazón había vuelto a hacer de las suyas. Sally no creía en la enfermedad del corazón de Gwen.

De modo que jugó. *Mademoiselle*, al verla, se sorprendió.

«¡*La valiente Gwendoline!* —pensó—. *Juega aun sabiendo que pueden volverle las palpitaciones. ¡Ah, estas niñas inglesas, qué valor tienen!*».

Gwendoline hizo algunos planes más. A mitad de trimestre, haría que *Mademoiselle* hablase con sus padres. Estaba segura de que más pronto o más tarde la profesora mencionaría su corazón. Entonces ella, Gwen, sería interrogada por su madre y, si jugaba bien sus cartas, ésta, ansiosa y asustada, se la llevaría a casa enseguida.

Gwen no se paró a pensar en la pena y la angustia que iba a proporcionar a sus padres con su

estúpido fingimiento. Quería librarse del examen y no le importaba el medio. Era poco escrupulosa y muy lista cuando se proponía salirse con la suya.

«Estoy segura de que mamá me llevará a casa —pensó—. En realidad no creo que necesite preocuparme y estudiar para el examen. Sería perder el tiempo, puesto que no voy a examinarme. Todas las demás gimen y se lamentan cada noche inclinándose sobre el latín, el francés, las matemáticas, la historia y demás. ¡Bueno, pues yo no lo haré!».

Y ante la sorpresa de todas, Gwendoline de pronto dejó de estudiar de firme, para dedicarse a holgazanear.

—¿No tienes miedo de hacer mal los exámenes? —le preguntó Mavis, que tenía bastante miedo y estudiaba cuanto podía.

—Haré lo que pueda —replicó Gwendoline—. No puedo hacer más. Es este corazón mío, ya sabes, se altera tanto si trabaja mucho.

Mavis no creía en la deficiencia del corazón de Gwendoline, pero sí le intrigaba realmente por qué aquella niña era tan tonta como para desperdiciar su tiempo, cuando debería estar haciendo un esfuerzo por preparar bien el examen.

Pero, por sorprendente que parezca, fue Connie quien puso el dedo en la llaga. Sentía un gran desprecio por la débil y perezosa Gwendoline. Ella también era una niña dominante y testaruda, y no podía soportar los gemidos y lamentaciones de Gwen. Por alguna razón, Connie había estado muy irritable y quisquillosa durante las dos últimas semanas y, de pronto, descargó su mal humor sobre Gwendoline.

Gwendoline había entrado en la sala común desplomándose en una silla. Todas estaban empollando de firme para el examen como de costumbre, con las cabezas inclinadas sobre los libros.

—No debo volver a llevar cosas pesadas —comenzó Gwendoline con voz plañidera. Nadie le hizo caso como no fuera para fruncir el entrecejo.

—He tenido que ayudar a Potty a ordenar los libros de la biblioteca —prosiguió Gwen—. ¡Qué pilas más pesadas! ¡El corazón me ha comenzado a palpitar a cien por hora!

—¡Cállate! —le dijo Connie—. Estamos estudiando.

—Bueno, no hay necesidad de ser grosera —exclamó Gwen con dignidad—. Si tuvieras un corazón tan enfermo como el mío...

Y entonces Connie estalló. Se puso en pie para ir junto a la asombrada Gwendoline.

—¡Tú no tienes corazón, ni enfermo ni sano! ¡Eres un montón de falsedades! ¡Todo lo inventas para librarte del examen final! ¡Te comprendo perfectamente! Por eso no estudias, ¿verdad? Porque confías en que tu corazón te librará del modo que has planeado. Bueno, permíteme que te diga una cosa: me importa un comino que te examines o no, que estudies o no estudies, pero a mí sí que me importa estudiar. Y a las demás también. De manera que ¡cesa de hablar de tu estúpido corazón y aléjate de nosotras con tus lamentos y gemidos hasta que haya pasado el examen!

Dicho esto, Connie volvió a su sitio echando chispas. Todas estaban demasiado sobresaltadas para pronunciar palabra. Todas comprendían que Connie estaba en lo cierto.

—¡Eres una criatura odiosa y cruel! —exclamó Gwendoline con voz temblorosa—. ¡Ojalá te suspendan! Y te suspenderán, ya lo verás. Sólo consigues notas decentes porque siempre estás copiando a Ruth. Todas lo sabemos. Ella aprobará y tú no. Creo que eres una salvaje.

Estalló en lágrimas, se levantó y salió de la estancia dando tal portazo, que *Mademoiselle* y la señorita Potts, que trabajaban en su despacho, no lejos de allí, se preguntaron qué habría ocurrido.

Las niñas se miraron unas a otras. Alicia hizo una mueca.

—Bien. Supongo que Connie tiene razón, aunque estuviste un poco brusca, ¿no, Connie?

—No más que tú a veces —replicó Connie de mal talante—. De todas formas, volvamos a estudiar. Algunas de nosotras no somos como tú, Alicia, que sin apenas preocuparte, todo te sale bien. No comprendes lo que nos cuesta estudiar. Continuemos.

Hubo un silencio en la estancia mientras las niñas seguían leyendo, tomando notas, aprendiendo de memoria. Sólo Clarisa y Mary-Lou estaban realmente preocupadas por Gwen. Clarisa seguía creyendo en la debilidad de su corazón, y Mary-Lou siempre sentía compasión por las que lloraban.

En cuanto a Gwendoline, sus lágrimas no eran lágrimas de pena, sino de rabia. ¡Aquella horrible Connie! Si pudiera hacerla retractarse de sus crueles palabras. ¡Cómo deseaba que Connie no hubiese estropeado su hermoso plan!

Capítulo 17

POR FIN, MITAD DE TRIMESTRE

Llegó al fin el ecuador del trimestre. Fue un día espléndido, de sol brillante y una brisa suave. El personal de la cocina trabajó de firme para producir montañas de cosas buenas para la gran merienda del colegio. Todas las niñas estaban ansiosas de ver a los suyos.

Gwendoline pensaba que vendrían los padres de Clarisa y pensó presentarles a los suyos, pero de pronto supo que Bill y Clarisa iban a salir juntas de excursión aquel sábado.

—Dos de mis hermanos celebran el ecuador del trimestre al mismo tiempo —dijo Bill—, por lo que vendrán con papá y mamá. Comeremos en lo alto de la colina Langley y después nos bañaremos en la cueva antes de regresar para el partido de tenis.

Gwen la escuchó con asombro.

—¿Pero qué dirán los padres de Clarisa? —preguntó—. ¿No querrán tenerla para ellos?

—No pueden venir el sábado, mala suerte —respondió Clarisa—. Tal vez vengan el domingo, por lo menos mamá, si es que papá tampoco puede. Ya sabes que están muy ocupados.

—Por eso he invitado a Clarisa para que venga con nosotras —replicó Bill—. Mi familia traerá comida suficiente para el doble de los que somos, de manera que lo pasaremos muy bien.

Gwen sintió celos. De haberlo sabido, hubiera intentado que Clarisa pasara el día con ella.

—¡Vaya! Deberías haberme comentado que tus padres no iban a venir el sábado —dijo—. Ya sabes cuánto me hubiera gustado que hubieses pasado el día con nosotros.

Clarisa parecía violenta. No se lo dijo a Gwen a propósito, porque deseaba ir con Bill y sus hermanos, una gente simpática, aficionada a los caballos. Pero eso no podía decírselo a Gwen. Así que procuró portarse lo más amablemente posible con ella, prometiéndole hablar con sus padres en cuanto llegaran.

—Deberías decirles lo de mi corazón —le insinuó Gwendoline—. A mí no me gusta preocuparles, pero tú sí que podrías decirles algo, Clarisa.

—Claro que lo haré —replicó Clarisa, que seguía creyendo en la enfermedad de Gwen—. Y opino que es preciso hacer algo.

De modo que el sábado del ecuador del trimestre, Clarisa fue conducida hasta la señora Lacey, madre de Gwendoline, y la señorita Winter, la amable institutriz de aspecto asustado.

Su padre no estaba allí.

La señora Lacey estaba hablando con la madre de otra niña. Clarisa se sentó en la hierba con Gwendoline y aguardaron a que terminara. La madre de Darrell estaba cerca y la muchacha se la presentó a Clarisa.

Luego oyó hablar a Gwen con su madre y la señorita Winter.

—Bueno, querida —le decía su madre con afecto—, ¿y qué ha estado haciendo este trimestre mi querida Gwendoline? ¿Vas a participar en la exhibición de tenis?

—Pues, no, mamá —fue la respuesta de Gwendoline—. Casi me escogieron, pero se decidió que sólo participaran las de quinto y sexto.

—¡Qué tontería! —exclamó la señorita Winter, que consideraba que Gwen era mucho mejor que cualquier alumna de quinto o sexto.

—¿Qué tal la natación, Gwen? —le preguntó su madre—. Me decías en una de tus cartas que habías ganado una carrera de espalda, algo que creo tiene mucho mérito. Nadar de espaldas es tan difícil. Recuerdo que yo nunca conseguí hacerlo en mi colegio porque el agua siempre me cubría la cara.

—No, hoy no voy a nadar —replicó Gwen—. Hay muchas envidias, ¿sabes, mamá?, y a menudo a las buenas no se les da una oportunidad. No obstante, no me importa. Ahora sé bucear casi mejor que ninguna.

Clarisa no pudo evitar escuchar esta conversación, a pesar de estar hablando con la señora Rivers, la madre de Darrell. Estaba horrorizada. ¿Qué pretendía Gwen con todo aquello?

Como Gwen caía plana sobre su estómago y daba un terrible planchazo, siempre que la hacían lanzarse al agua, aquello resultaba muy gracioso, o lo hubiese sido para Darrell, Sally o Alicia. Pero a Clarisa no le resultó divertido, sino chocante.

¡Qué mentiras tan terribles, auténticas patrañas! ¿Cómo era posible que Gwendoline dijera tales cosas? Cuánto se alegraba de salir con la sincera Bill en vez de tener que hacerlo con Gwen y su tonta y crédula madre. Vio claramente cómo era Gwen: su madre la había estropeado, idolatrándola, creyendo en todas sus palabras. Fue ella y, probablemente, aquella institutriz de aspecto patético, quienes habían convertido a Gwen en la niña tonta, orgullosa y falsa que era.

Clarisa no se sintió con ánimos de hablar con la madre de Gwen después de oír todas las mentiras de su compañera.

¡Imposible! Clarisa era tímida y débil para muchas cosas, pero sincera y leal, y ahora estaba verdaderamente sorprendida.

Iba a escabullirse antes de que Gwen pudiera cazarla, pero ésta la vio y la hizo sentarse otra vez, de manera que tuvo que sonreír y decir: «¿Cómo está usted?» a la madre y a la institutriz de Gwen.

—Lamento no poder entretenerme —dijo Clarisa apresuradamente—. La familia de Bill ha llegado ya y no debo hacerles esperar.

Gwendoline la miró con intención y Clarisa comprendió lo que significaba aquella mirada: «*Di algo de mi corazón*». Pero, cielos, ahora ya no creía en la enfermedad de Gwen. Estaba segura de que había mentido, como había hecho sobre otras cosas minutos antes.

—¿Tomas parte en las exhibiciones de tenis o natación? —le preguntó la señora Lacey mientras sus ojos azul pálido tan parecidos a los de su hija se posaron en el rostro de la menuda Clarisa.

—No, no, señora, y lo siento —contestó Clarisa.

—Verás, mamá, la pobre Clarisa tiene el corazón débil —se apresuró a decir Gwen viendo una buena ocasión para que Clarisa abordara el tema del corazón de Gwen, pero la niña no dijo una palabra.

—Pobrecilla —continuó la señora Lacey—. ¡Qué enfermedad más penosa para una niña tan pequeña! Celebro poder decir que Gwen ha tenido siempre un corazón muy fuerte. Y qué buen aspecto tiene ahora, tan llenita y sonrosada.

Gwen miró a Clarisa llena de desesperación. ¡Todo salía al revés! Le dio un codazo, pero Clarisa siguió sin mencionar la debilidad del corazón de Gwen, que la miró furiosa.

Clarisa tenía ahora la lengua paralizada y seguía allí sentada, con el rostro enrojecido y los ojos parpadeando detrás de los gruesos cristales de sus gafas, mientras se preguntaba cómo librarse de Gwen y su estúpida madre.

Bill acudió en su rescate con un grito:

—¡Clarisa! ¿Quieres venir? ¡Estamos listas para marcharnos!

—Debo irme —dijo Clarisa, nerviosa—. Adiós, señora Lacey. —Y se puso en pie agradecida.

—¡Pero Clarisa! —exclamó Gwen a sus espaldas, decepcionada y furiosa al ver que su amiga no habla hecho lo que prometió.

—¿Quién dijiste que era esa niña? —le preguntó su madre—. No recuerdo su nombre.

—Es Clarisa Carter —contestó su hija ceñuda—. ¿Por qué ha tenido que irse corriendo? ¡A eso le llamo yo mala educación!

—Es una niña muy poco atractiva —comentó la señora Lacey—. Muy vulgar. Tampoco es educada. Gwendoline, espero que no sea amiga tuya.

—¡Oh, no, mamá! —exclamó Gwendoline, diciéndose que, después de no haberla ayudado aquella mañana, jamás volvería a ser su amiga—. No me gusta nada. Es muy vulgar como tú dices, más bien fea y además esmirriada. No es nada inteligente, ni popular.

—Lo imagino —intervino la señorita Winter—. Debe de haber sido muy mal educada. Si la comparo con Gwendoline, vaya.

Gwendoline gozó con su aprobación. Permaneció al acecho por si veía a *Mademoiselle*. ¡*Mademoiselle* era ahora su única esperanza!

El día pasó muy rápido. La exhibición de tenis fue muy aplaudida, y las de natación y saltos maravillaron a todos. Los padres admiraron la limpia brazada de las rápidas nadadoras y sus hermosas zambullidas.

Después tuvo lugar la representación de danzas en el anfiteatro de hierba en el centro del gran patio. Padres y madres, sentados en los asientos de piedra que rodeaban el gran círculo, buscaban con la mirada a sus hijas a medida que iban apareciendo vestidas de vaporoso tul de diversos colores, ¡y cada padre, naturalmente, estaba convencido de que su hija era la más bonita de todas!

Clarisa regresó de su excursión con Bill y su familia. No quiso acercarse a Gwen, ni siquiera miró en su dirección por temor de que la llamase por señas. Pero Gwen no le hizo la menor señal, ya que había terminado con Clarisa, aquella horrible criatura de dos caras.

Por desgracia para Gwendoline, *Mademoiselle* estuvo fuera de su alcance durante todo el día. Estaba muy ocupada en ayudar a las profesoras de danza, vestir a las niñas, arreglar sus faldas de tul y sus alas, en fin, disfrutando inmensamente. Gwendoline tuvo que consolarse pensando que al día siguiente le sería fácil dar con *Mademoiselle*. Le pediría que enseñase a su madre y a la señorita Winter la bonita colcha que estaba haciendo. A *Mademoiselle* le encantaría, ¡estaba tan

orgullosa de su colcha!

—Ojalá el día de hoy no acabase nunca —suspiró Darrell aquella noche—. Ha sido un día estupendo. ¡Y qué merienda!

Estaba contenta porque sus padres no habían dicho ni media palabra referente a que ya no era delegada de la clase, sino que ambos le dieron a entender que lo comprendían todo y la respaldaban valientemente. Su padre le dio un abrazo muy fuerte y su madre la cogió del brazo y se lo apretó con fuerza, mientras caminaban por la torre.

Felicity, naturalmente, estaba loca de contento por volver a ver a sus padres.

—¡Me encanta *Torres de Malory*! —no cesaba de decir—. Gracias por traerme aquí, papás.
¡Me encanta, sencillamente!

Capítulo 18

ANTES DEL EXAMEN

Al día siguiente, las niñas esperaban otra vez a sus padres para pasar con ellos toda la jornada. Clarisa se hallaba junto a la ventana, mirando con ansiedad.

Gwendoline la vio.

«*Supongo que estará buscando a su madre —pensó—. ¡Qué niña más horrible! ¡No volveré a dirigirle la palabra!*».

Vio que Clarisa saludaba de pronto con la mano muy contenta, pero luego salía corriendo de la habitación y desaparecía por la escalera. Gwen se asomó para ver qué tal era su madre y si el automóvil era muy grande.

Con sorpresa, observó que se trataba de un Austin antiguo, del que se apeaba una mujer con el aspecto más vulgar del mundo. Llevaba un traje chaqueta azul, blusa blanca y un turbante que sujetaba sus cabellos grises. Usaba gafas, tenía los pies bastante grandes y calzaba unos zapatos de aspecto cómodo.

«*¡Vaya! No me parece gran cosa la madre de Clarisa, ni su automóvil —pensó Gwen—. ¡Si ni siquiera lo han lavado! Y mira que llegar con un turbante en la cabeza. ¡A mi madre no se le ocurriría una cosa así!*».

Pensó en su propia madre, con sus grandes sombreros llenos de flores, sus vestidos estampados, su sombrilla floreada, sus vaporosos echarpes y sus collares de perlas. Se avergonzaría de alguien como la madre de Clarisa. Se volvió con un mohín de desprecio, contenta de no tener ya a Clarisa como amiga.

—*¡Qué adorable mohín!* —dijo una voz insultante, y Gwen vio cómo Belinda sacaba su lápiz—. *¡Consérvalo, querida Gwen, consérvalo!*

Gwen hizo un ruido semejante al gruñido de un perro y salió de la estancia. Ahora debía encontrar a *Mademoiselle* y decirle que su madre deseaba ver su hermosa colcha. Esto le salió muy bien y *Mademoiselle* se apresuró a ir a buscarla para mostrársela a la «*amable señora Lacey*».

Todas las niñas iban a pasar el día fuera, o bien con sus padres o bien con los de alguna compañera. La señorita Grayling se alegraba de que la fiesta del ecuador del trimestre se celebrase antes de los exámenes para la obtención de diplomas; así las pobres niñas podrían tener algo de tiempo para divertirse. La verdad, según le informó la señorita Williams, es que estaban trabajando de firme. Excepto Gwendoline Mary, naturalmente.

¡Ésa sí que era una niña difícil!

A las siete todas habían regresado, excepto Gwendoline.

—*¿Dónde está nuestra querida Gwendoline?* —preguntó Alicia mirando a su alrededor durante la cena. Nadie lo sabía. *Mademoiselle*, con aire solemne, se lo explicó.

—*Pobre Gwendoline, se la han llevado a su casa por la deficiencia de su corazón* —dijo

Mademoiselle—. Tenía tantas palpitaciones la pobre criatura. Cuando le conté a la señora Lacey, ah, pobre mujer, lo de la enfermedad de Gwen, dijo que esa desdichada y valiente niña no se había quejado ni una vez, ni le había dicho una palabra. ¡*Vraiment*, esa pobre niña es digna de admiración!

Las niñas escucharon con asombro esta sorprendente información y se miraron unas a otras.

—De manera que Gwen lo ha conseguido al fin —comentó Sally—. ¡Se perderá el examen!

Mademoiselle la oyó.

—Sí, se perderá el examen, y cuánto lo ha sentido. «*No, mamá* —decía con tanta valentía—.

No puedo irme a casa contigo, debo examinarme. No quise decirte lo que me sucede, porque no quería perderme el examen». Esto es lo que dijo. Lo oí con mis propios oídos.

Las de cuarto grado sintieron náuseas. ¡Qué vergüenza!

¡Qué odiosa era Gwendoline al asustar a su madre de aquel modo! Y al fin y al cabo, se salía con la suya, librándose del examen. ¡Qué lista, falsa y solapada era Gwendoline!

—Tenías razón, Connie —exclamó Alicia—. ¡Cuánta razón! *Mademoiselle*, ¿qué va a pasarle a nuestra querida Gwendoline Mary ahora? ¿Ya no volverá este trimestre? ¡Sería demasiado bueno para ser verdad!

—No lo sé —replicó *Mademoiselle*—. Celebro haber podido decírselo a la señora Lacey. Pensar que si no hubiera ido a enseñarle mi colcha, no lo hubiese sabido nunca.

—Supongo que Gwen le pediría que se la enseñase —dedujo Connie—. También supongo que las palpitaciones le dieron mientras usted estaba allí, ¿verdad?

—No comprendo por qué empleas ese tono irónico, Connie —exclamó *Mademoiselle* sorprendida—. Deberías compadecerla y no ser tan dura.

Las niñas hicieron varios ruidos burlones que sorprendieron mucho a *Mademoiselle*. ¿Qué significaban aquellos «*Buuus* y *baaas*» y aquellas náuseas? No, no, aquello no era caritativo. *Mademoiselle*, apretó los labios y no dijo nada más.

—Vaya —comentó Darrell en el dormitorio aquella noche—, Gwen se ha salido con la suya. Mira qué bien ha engañado a *Mademoiselle* Dupont. A *Mademoiselle* Rougier no la hubiese engañado en absoluto. Ve muy bien el interior de Gwendoline, como la señorita Williams.

—De todas formas, tiene suerte de librarse del examen —gimió Belinda—. ¡Ojalá yo pudiera hacer otro tanto! Va a ser espantoso estudiar y estudiar toda la semana después de esta maravillosa mitad de trimestre. ¡Y el lunes siguiente el examen! Me sorprende que no oigáis cómo mi débil corazón se me cae a los pies.

Resultaba muy penoso estudiar con un tiempo tan espléndido. Alicia suspiraba por jugar al tenis; Darrell, por la piscina; Clarisa, por ir a holgazanear al florido patio y contemplar los saltos de los peces dorados; Belinda, por salir a dibujar; Irene, por escribir una encantadora melodía, pero la pobre tuvo que olvidarla y traducir páginas y páginas del francés.

Aquella semana hubo mucha irritabilidad. Las mellizas estaban que saltaban, especialmente Ruth, aunque tenía menos que temer del examen que Connie, que no estaba a su nivel. Irene se mostraba quisquillosa, porque quería dedicarse a su música y no podía. Darrell también estaba irritada porque tenía demasiado calor. Mavis, acalorada y molesta porque pensaba que iba a tener

anginas, ahora que su voz parecía mejorar.

Sólo Alicia estaba realmente alegre y despreocupada, y esta actitud enojaba a veces a las otras. Alicia siempre era la primera en terminar su trabajo y salir a nadar. Solía estudiar sin dejar de silbar una molesta tonadilla, cosa que ponía frenéticas a sus compañeras. Se reía de sus caras preocupadas y de sus lamentaciones.

—No hay para tanto —les decía—. Es sólo el diploma escolar. Anímate, Connie, no mires ese libro de francés con cara de cordero degollado.

Connie se enfadó como con Gwendoline. Dio un golpe con el libro sobre la mesa y gritó:

—¡Cállate! ¡Porque a ti te resulta fácil estudiar, te burlas de las que no somos tan afortunadas! Espera a que te duela la cabeza y tengas que aprenderte de memoria varios tiempos de verbos en francés. Aguarda a que la cabeza te empiece a dar vueltas porque estés cansada y quieras dormir y no puedas hacerlo, aguarda a pasar una mala noche y que tengas que preparar una composición. Entonces no te mostrarías tan dura, despreocupada y burlona y, además, dejarías ese horrible silbido.

Alicia quedó sorprendida. Abrió la boca para contestar, pero Sally lo hizo primero.

—Connie no habla en serio —dijo con voz tranquila y sosegada—. Todas tenemos demasiado trabajo y estamos nerviosas. Todo irá bien cuando pase el examen. Al fin y al cabo, es un examen importante para nosotras, por eso lo tomamos en serio y hacemos lo que podemos. ¿Para qué discutir y pelear cuando necesitamos reservarnos para la semana que viene?

Darrell miró a Sally con admiración. ¿Cómo lo hacía para decir lo más acertado en cada ocasión? La verdad es que había echado aceite sobre las turbulentas aguas con éxito, ya que la melliza Connie se disculpó con voz plañidera enseguida.

—Siento haberte dicho eso, Alicia. Estoy cansada y cualquier cosa me irrita.

—No tiene importancia —contestó Alicia sorprendida por su pronta disculpa—. Siento lo de mi silbido. Si alguien necesita ayuda, no tiene más que pedírmela. Compartiré mi envidiado cerebro con cualquiera.

Después de esto, todo fue paz. Alicia cerró su libro sin hacer ruido antes de salir al patio. Las otras estudiaron en silencio. ¿Acaso alguna vez llegarían a saber todo lo necesario para el examen? ¿Por qué no habían estudiado más durante el año? ¿Por qué no habían hecho esto y lo otro? En realidad, sus pensamientos eran casi exactos a los de cualquiera que hubiese de examinarse en breve.

La semana fue transcurriendo y las niñas trabajaron con más y más fervor. La señorita Williams prohibió que se estudiara el domingo antes del examen y se oyeron profundas lamentaciones.

Entonces hubo una sorpresa. ¡Gwendoline llegó a *Torres de Malory*!

Regresó el sábado poco antes de la cena con aire sumiso y lloroso. Había sostenido una breve entrevista con la señorita Grayling, y luego tuvo que reunirse con las otras niñas, que ya habían comenzado a cenar.

—¡Vaya! —exclamó Mavis asombrada, pues fue quien la vio primero—. Pensábamos que no ibas a volver.

—Ah, aquí está de nuevo Gwendoline —dijo *Mademoiselle*—. ¿Cómo está tu pobre corazón?

—Muy bien, gracias —murmuró Gwen al ocupar su asiento, procurando pasar inadvertida.

Las niñas observaron que había estado llorando y procuraron no mirarla. Sabían lo terrible que es que la gente la vea a una con los ojos enrojecidos.

—Qué suerte vas a tener la semana que viene —dijo Sally, tratando de iniciar la conversación—. Mientras todas estaremos contestando las preguntas del examen, tú andarás holgazaneando por el patio haciendo lo que gustes.

Hubo una pequeña pausa.

—Tengo que presentarme al examen —dijo Gwen con voz extraña—. Por eso me han hecho volver. Es una pena.

Y ante el asombro de todas, las lágrimas de Gwendoline comenzaron a caer en su plato de ensalada. Se miraron unas a otras incómodas. ¿Qué habría sucedido?

—Mejor será que no digamos nada más —susurró Darrell—. No le hagáis caso. ¡Pobre Gwen!

Capítulo 19

LA SEMANA DEL EXAMEN

Nadie supo nunca qué le sucedió exactamente a Gwen. Estaba demasiado dolida y avergonzada para contarlo. De manera que no dijo nada, pero estuvo abatida y con los ojos llorosos todo el fin de semana.

¡Todo había ido tan bien al principio! Su madre, asustada, la llevó directamente a su casa, después de que *Mademoiselle* le hablara de la extraña fatiga y las palpitaciones de la niña. La hizo acostarse y descansar, y ella y la señorita Winter se preocuparon por Gwen como una gallina con un solo polluelo. Gwendoline disfrutó cada uno de aquellos minutos y enseguida adoptó el aire lánguido y la voz débil de una enferma.

Le satisfizo saber que su padre iba a estar ausente toda la semana. Gwen esperaba que la considerasen medio enferma, de modo que se perdería el examen y, luego, poco a poco, podría ir mejorando una vez que hubiese pasado el peligro del examen.

El médico escuchó solemnemente las explicaciones de la madre de Gwen.

—Temo tanto que sea su corazón, doctor —dijo—. Ya sabe usted, los juegos del colegio son tan agotadores.

El doctor examinó a Gwen cuidadosamente.

—Bueno, yo no encuentro ninguna lesión —dijo—. Por lo menos nada que no pueda curarse con una semana de reposo. Está demasiado obesa, ¿no? Podría hacer un poco de régimen.

—Oh, pero doctor, debe de pasarle algo a su corazón —insistió la señora Lacey—. La señorita Winter y yo nos hemos preocupado mucho al ver cómo pierde el aliento y apenas puede subir la escalera para ir a su dormitorio.

—Bien, ¿por qué no pide otra opinión? —propuso el médico—. Quiero que quede usted bien segura respecto a Gwendoline.

—La llevaré a un especialista —replicó la señora Lacey, al momento—. ¿Puede usted recomendarme alguno, doctor?

El doctor sí podía y así lo hizo, y el miércoles la lánguida enferma fue llevada con cuidado a Londres para ver al especialista recomendado. Le bastó una rápida ojeada para descubrir a Gwendoline.

La examinó con toda atención, y con tantos «*hums*» y «*ahs*» que la niña comenzó a asustarse. Seguro que no le ocurría nada. ¡De lo contrario, se moriría!

El especialista sostuvo una breve charla con la señora Lacey a solas.

—Estudiaré el caso y escribiré a su médico dándole plenos detalles y comunicándole el resultado de mi examen. Entretanto, no se preocupe —dijo.

El doctor recibió la carta del especialista el viernes, la misiva le hizo sonreír. Al corazón de Gwendoline no le pasaba nada, por supuesto, ni en general le ocurría nada malo, exceptuando que

estaba demasiado gruesa y necesitaba hacer mucho más ejercicio.

—Deporte y más deporte, gimnasia, excursiones, alimentos bajos en calorías, nada de dulces, mucho trabajo y nada de pensar en sí misma —escribía el especialista—. ¡Es una pequeña farsante! Sobre todo la natación le hará mucho bien. ¡Le quitará algo de grasa de su estómago!

El doctor optó por no repetir en su totalidad el dictamen del especialista cuando le dio la noticia por teléfono a la señora Lacey. Sólo le dijo que Gwen no tenía nada.

—Yo la enviaría enseguida al colegio —le aconsejó—. No es bueno para la niña permanecer echada.

Gwen se puso furiosa y triste al saberlo, se llevó la mano al corazón como si le doliera y exclamó:

—¡Oh, mamá! Volveré al colegio si tú quieres, pero dame una semana más, me siento mucho mejor después de haber descansado.

La señora Lacey prometió a Gwen que no regresaría al colegio hasta pasada otra semana más. Gwen quedó satisfecha.

¡Con tal de perderse el examen no le importaba volver al colegio!

Entonces llegó su padre, preocupado por las cartas y llamadas telefónicas de su esposa respecto a Gwen. La niña, que estaba echada en un diván, le dirigió una sonrisa patética. Él la besó preguntando nervioso qué había dicho el especialista.

—¡Qué! ¡Qué no tiene nada! —exclamó con asombro—. Iré enseguida a ver al doctor. Quiero leer la carta del especialista para quedarme tranquilo.

Y así fue como el padre de Gwen leyó la simple carta del especialista, supo que la llamaba «*pequeña farsante*» y comprendió una vez más que su hija había tratado de engañarles cruelmente, causándoles una gran ansiedad, y todo por librarse de un examen.

Lo que dijo a Gwendoline ella no lo olvidaría jamás. Estaba furioso, dolido, amargado y triste, muy triste.

—Eres mi única hija. Yo deseo quererte y sentirme orgulloso de ti como todos los padres. ¿Por qué nos haces eso, Gwendoline? Has hecho enfermar a tu madre con esto, y a mí me has disgustado, enojado y entristecido.

—No volveré a hacerlo —sollozó Gwendoline, aterrorizada y llena de vergüenza.

—Mañana debes volver al colegio —dijo su padre.

—¡Oh, no, papaíto! ¡No puedo! Es el examen —gimió Gwendoline—. No he preparado nada.

—No me importa. Irás de todos modos. Fracasa y humíllate —exclamó su padre—. Tú te lo has buscado. Voy a telefonar a la señorita Grayling para disculparme por haberte sacado del colegio y para darle las instrucciones del especialista: deporte, más deporte, gimnasia, excursiones... Y por encima de todo, natación.

¡Natación! Lo que Gwen detestaba más que nada. Se deshizo en lágrimas y estuvo llorando toda la tarde, todo el día siguiente y durante todo el camino hasta Cornualles. ¿Qué había hecho? ¡Al fin y al cabo no fue tan lista! Todo terminó teniendo que examinarse sin haber estudiado, con la obligación de practicar más deporte que nunca y, probablemente, teniendo que bañarse cada día en aquella helada piscina. Pobre Gwen. La gente a menudo se castiga a sí misma por su tontería,

pero no hasta el extremo de Gwendoline.

Comenzaron los exámenes. Todas estaban nerviosas, incluso Alicia, por curioso que parezca. Día tras día el trabajo continuaba mientras el brillante sol de julio penetraba por las abiertas ventanas y las abejas zumbaban en el exterior. Las niñas se alegraron de poder bañarse cada día en la piscina después de la merienda, pero luego tenían que volver a estudiar para el examen del día siguiente.

A Alicia le ocurrió algo curioso, incomprensible. El primer día leyó las preguntas, segura de que iban a ser fáciles para ella. Y lo fueron, pero no era capaz de recordar nada con claridad. Se llevó la mano a la cabeza. ¿Acaso iba a empezar a dolerle?

Estuvo luchando con las preguntas, sí, luchando, ¡cosa que la vivaz y siempre despierta Alicia no hacía jamás! Miró a las demás, intrigada. Cielos, ¿cómo podían escribir tan deprisa? ¿Qué le sucedía a ella?

Alicia rara vez había conocido un día de enfermedad. Era fuerte, sana e inteligente. No podía imaginar por qué este examen le resultaba tan difícil. Por la noche no lograba conciliar el sueño y daba vueltas y más vueltas. ¿Había estudiado demasiado? No, seguro que no, sus compañeras habían trabajado muchísimo más que ella, envidiándola por no tener que empollar tanto tiempo. Bueno, ¿entonces qué era?

«Cielos —pensó Alicia, tratando de encontrar un lugar fresco en su almohada—. *Ahora sé lo que se siente teniendo un cerebro lento como Daphne, o poca memoria como Gwendoline*».

No puedo acordarme de nada y, si lo intento, mi cerebro da la sensación de no responder. «¡Parece como si necesitase aceite!».

Las otras observaron que Alicia estaba bastante inquieta y abatida aquella semana, pero como todas se encontraban igual, no dijeron nada. Algunas iban de un lado a otro muy preocupadas. Ruth estaba pálida y ojerosa, Connie nerviosa, Gwendoline triste y Daphne casi llora en el examen de francés.

«Vaya una colección —pensó la señorita Williams—, *igual que cualquier otra clase que yo hubiera conocido durante los exámenes para conseguir el diploma escolar. No importa, dentro de una semana todo habrá pasado y estarán de mejor humor*».

Echó una ojeada a un par de papeles que acababa de recoger. ¡Darrell lo estaba haciendo muy bien! ¡Gwendoline debería darse por satisfecha si aprobaba! Mary-Lou, inesperadamente, respondió bien. Connie hizo un examen pobre, el de Ruth no fue tampoco bueno. ¡Qué raro! ¡Ruth, por lo general, era aplicada! Era dudoso que aprobase si hacía el resto de los ejercicios tan mal. ¡Y Alicia! ¿Qué diantre le había ocurrido? Mala redacción, errores tontos. Cielo santo, ¿acaso Alicia lo tomaba en broma?

Pero no era así. No podía evitarlo. Algo le ocurría aquella semana y ahora estaba asustada.

«Debe de ser un castigo por reírme siempre de la gente que no es tan rápida e inteligente como yo —pensó con desaliento—. *Mi cerebro se ha vuelto torpe, lento y estúpido como el de Gwen y Daphne. No puedo acordarme de nada. ¡Qué horror! Y lo intento con tal esfuerzo que mi cabeza parece que va a estallar. Será lo que sentían algunas veces las demás, cuando yo me reía porque se tomaban tan en serio su trabajo. ¡Es horrible, horrible, horrible! ¡Ojalá mi cerebro*

volviera a funcionar como antes! ¡Estoy asustada!».

—¿Te ocurre algo, Alicia? —le preguntó Darrell el último día de exámenes—. Tienes mala cara.

Alicia jamás se quejaba, le ocurriera lo que le ocurriese.

—No —respondió—. Estoy bien. Es solamente el examen.

Durante el examen, estuvo sentada junto a Darrell. Al final del último cuestionario, oyó un ligero ruido. Al volverse, lanzó un grito. ¡Alicia se había caído sobre sus espaldas!

—¡Señorita Williams, Alicia se ha desmayado! —gritó.

Llamaron al ama y Alicia volvió pronto en sí, algo aturdida. Luego fue llevada a la enfermería.

El ama, al desnudarla, lanzó un grito de sorpresa.

—¡Tienes el sarampión, Alicia! ¡Mira este sarpullido, nunca vi nada igual en mi vida! ¿No lo habías notado antes?

—Pues sí, pero pensé que sería un poco de urticaria —dijo Alicia, tratando de sonreír—. Oh, ama, me alegra tanto que sea sólo sarampión. Yo creí... yo creí que esta semana me había vuelto tonta. Y la verdad, estaba asustadísima.

Alicia sintió un gran consuelo al verse en la cama y poder apoyar su dolorida cabeza en la almohada. Se sentía enferma, pero feliz. ¡Lo que tenía era sólo sarampión! No era que su cerebro se hubiese vuelto torpe y estúpido, ni era un castigo por haberse burlado de las que eran inferiores a ella. Sólo era sarampión.

Alicia se durmió y su temperatura fue descendiendo. Al despertar se encontraba mucho mejor. ¡Y su cerebro también!

—Me temo que esta semana no podrás tener ni compañía, ni visitas —le dijo la monja que estaba encargada de la enfermería—. El ama acaba de volver al colegio. ¡Sola con tus pensamientos!

Sí, sola con sus pensamientos. Gracias a Dios que al fin y al cabo no iba a volverse estúpida. Se avergonzaba de haberse burlado tanto y despreciado con comentarios sarcásticos a las que no eran tan inteligentes como ella, sentía tristeza porque sabía que había hecho muy mal el examen y era seguro que no aprobaría.

Tendría que presentarse, de nuevo para el examen del diploma escolar. ¡Maldición!

«*Bueno —pensó Alicia cuando su cerebro volvió a funcionar normalmente y su cuerpo comenzó a librarse de la enfermedad—, será mejor que aprenda la lección, no volveré a ser tan mala. Ahora lo sé. Es terrible tener dificultades para aprender y saber que no se puede cambiar. No volveré a burlarme de las demás. Jamás. Por lo menos eso puedo remediarlo. Ahora ya es en mí una costumbre terrible».*

Era cierto. A Alicia iba a costarle mucho cambiar; pero, sin embargo, había dado el paso más importante, darse cuenta de que había algo que cambiar. Jamás volvería a ser tan dura.

¡Los exámenes terminaron por fin! ¡Las niñas estaban como locas y las profesoras condescendientes! La piscina estaba concurridísima, las pistas de tenis monopolizadas por las de cuarto grado, el personal de la cocina servía helados y limonada a cualquier hora del día, o esa impresión les daba. Las niñas cantaban, e incluso *Mademoiselle Rougier*, siempre tan seria,

sonreía al verlas tan contentas después del examen.

Claro que Gwendoline no estaba contenta. La señorita Grayling había seguido al pie de la letra las instrucciones que le diera el padre de la niña, por lo que Gwen tomaba parte en los deportes, en las excursiones y se bañaba mucho más que antes, pues de nada le servía quejarse o gruñir. ¡Ella se lo había buscado, la culpa no era de nadie más que suya!

Capítulo 20

EL ASUNTO CONNIE

—Ahora podemos pasar bien el resto del trimestre —dijo Darrell satisfecha—. No más empollar y basta de ejercicios largos por las noches, porque la señorita Williams dice que hemos trabajado bastante. ¡Cómo nos divertiremos ahora!

—Debería ser un tranquilo final de trimestre, sin acontecimientos desagradables —dijo Sally—. Y cuando Alicia vuelva, será mejor todavía.

Sally se equivocaba al pensar que sería un apacible final de curso, sin acontecimientos desagradables porque al día siguiente comenzó el asunto Connie.

Empezó por cosas pequeñas: una goma de borrar desaparecida; un ejercicio al que le faltaba una página, al parecer arrancada; la desaparición de uno de los cordones de los zapatos de Connie.

Nadie hizo caso al principio, siempre se pierden cosas que luego aparecen en los sitios más ridículos, y a veces se rompe alguna página de un libro, aparte de que los cordones de los zapatos tienen la curiosa costumbre de desaparecer.

Pero el asunto de Connie no terminó ahí. ¡Connie estaba constantemente preocupada por algo! —¡Ahora ha desaparecido mi libro de poesía francesa! —se lamentaba—. ¡He perdido el acerico de alfileres de mi costurero!

Ahora esto y luego lo otro.

—Pero, Connie, ¿cómo es que pierdes tantas cosas últimamente? —preguntó Darrell, intrigada—. No lo comprendo.

Es como si alguien quisiera hacerte la vida imposible, pero ¿cómo puede ser? Ninguna de nosotras haría cosas tan tontas como éstas. ¡Parece propio del enfado de una de primer curso!

Connie meneó la cabeza.

—No alcanzo a imaginar quién puede ser —dijo—. Pero tiene que ser alguien. No pueden ser tantas casualidades, son demasiadas.

—¿Y qué piensas tú de todo esto, Ruth? —preguntó Darrell, pero Connie respondió primero.

—Oh, Ruth tampoco imagina quién puede ser. Resulta muy penoso también para ella porque las mellizas nos queremos mucho. Ella es muy buena, no cesa de darme sus cosas cuando yo pierdo las mías.

—Bueno, la verdad es que resulta extraordinario —dijo Darrell—. Lo siento mucho, es horrible que ocurra una cosa así en el cuarto grado.

Las niñas comentaron el asunto Connie, como ellas lo llamaban. Una o dos miraron a Gwendoline preguntándose si tendría algo que ver con aquello.

—¿No recordáis cómo se enfadó Connie con Gwen y supo poner el dedo en la llaga cuando inventó aquella tontería de la enfermedad del corazón? —dijo Daphne—. Y ya sabéis que Gwen ha hecho esos trucos antes. ¿No os acordáis? Se lo hizo a Mary-Lou en segundo curso.

—Cría fama y échate a dormir —citó Darrell—. Sólo porque Gwen hiciera esas cosas una vez, no significa que debamos acusarla ahora de lo mismo. Por amor de Dios, aguarda un poco antes de decir nada.

—Ha hablado una delegada de clase —comentó con ironía Irene.

Darrell enrojeció.

—Ya no soy delegada de clase —dijo—. Ojalá lo fuese.

Pero, hablando en serio, la verdad es que es muy extraño todo este asunto. Y además son cosas tontas. Ésta mañana el tintero de Connie estaba relleno de papel secante, ¿verdad?

—¡Vaya! —exclamó Belinda—. ¡Qué fastidio!

—Sí, la mayoría de estas cosas son fastidiosas, pero demuestran rencor —dijo Darrell—. ¿No creéis que pueden ir a peor? Quiero decir que pasen de ser fastidiosas a convertirse en dañinas.

—Esperemos que no —dijo Mavis—. Aquí están las mellizas. Hola, Connie, ¿algo nuevo?

—Sí, alguien ha cortado el mango de mi raqueta —dijo, mostrándola—. ¡Precisamente por donde la cojo! ¡Es una mezquindad!

—Puedes usar la mía, Connie, ya te lo dije —intervino Ruth, que parecía muy disgustada—: Puedes usar todo lo mío.

—Lo sé, Ruth, pero ¿y si tus cosas empiezan a estropearse también? No lo quisiera.

—Es todo tan... tan extraño —exclamó Irene, tarareando una nueva melodía que acababa de componer—. *Tute-tuti-i*.

Mavis cantó:

—*¡Es todo... tan... tan extraño! ¡Es todo... tan... tan... extraño!*

—Oye —le dijo Darrell—, te vuelve la voz. Así es como solías cantar, Mavis. De veras.

—Sí, lo sé —respondió Mavis, enrojeciendo de placer—. Lo he probado cuando estoy sola, aunque no siempre me sale. Sí, yo también creo que me ha vuelto. Dejad que os cante una canción y así podréis decirme si he recuperado la voz.

Cantó una canción que les habían enseñado en el colegio, y las niñas la escucharon hechizadas. Sí, no cabía la menor duda. Aquélla voz potente y acariciadora de Mavis había vuelto mejor que nunca. Y esta vez su propietaria era «*alguien*» y no «*nadie*» como antes.

—Volveremos a oírte decir: «*Cuando sea cantante de ópera y cante en Roma y Nueva York y...*» —comentó Darrell.

Pero Mavis meneó la cabeza.

—No, no lo oiréis. Ya sabes que no. Ahora no soy así. ¿O sí? ¡Decidme que no!

—¡No lo eres, no lo eres! —exclamaron todas, ansiosas de tranquilizar a una amiga que tanto apreciaban.

Darrell le dio una palmada en la espalda.

—Cuanto me alegro, Mavis. Casi nos compensas del asunto Connie. El próximo curso podrás volver a tomar lecciones de canto.

Durante un par de días pareció como si el tal asunto Connie hubiese terminado. Connie no les dio cuenta de ningún otro extraño suceso, hasta que se presentó en la sala común, casi llorando.

—¡Mirad! —dijo, alzando su fusta de montar. La había ganado en un concurso de saltos y se

sentía muy, pero que muy orgullosa de ella.

Las niñas miraron. Alguien la había cortado con un cuchillo de tal manera que, en algunos lugares, estaba casi partida.

—Ésta tarde he estado montando —replicó Connie con voz temblorosa—. Y al llegar llevé mi caballo al establo...

—Llevaste dos caballos —intervino Bill—. El tuyo y también el de Ruth. Yo te vi.

—Llevé dos caballos al establo —prosiguió Connie—. Y dejé allí la fusta. Cuando volví a buscarla, la encontré así.

—¿Había alguien en el establo? —preguntó Darrell.

—No, nadie en absoluto. Bill había estado allí, naturalmente, y June y Felicity también, y Ruth y yo. Nadie más —concluyó Connie.

—Bueno, una de ellas tuvo que hacerlo —dijo Darrell—. Pero la verdad es que no puedo creer que fuese ninguna de ellas. Ruth, Bill, estoy segura de que no. Mi hermana Felicity tampoco sería capaz de una cosa así. Y estoy convencida de que June tampoco lo haría a pesar de lo mucho que me disgusta esa pequeña.

—De todas formas, esas dos niñas de primer grado se habían ido ya cuando yo terminé de entrar los caballos —continuó Connie—. ¿Las viste cuando salimos, Ruth?

—No —contestó Ruth.

—¿Viste a alguien más mientras recogías tu caballo, Ruth? —preguntó Darrell intrigada.

—Ni siquiera recogió su caballo. —Connie respondió por ella—. Siempre lo hago yo y ella se queda mirando los otros caballos hasta que termino, de manera que hubiese visto a cualquiera que anduviese por allí.

Todas estaban intrigadas. Ruth salió de la estancia para volver con su propia fusta, que era muy bonita.

—Quédate ésta, Connie. Estoy tan disgustada por todas estas cosas que ocurren, que insisto en que aceptes la mía.

—No, no —protestó Connie—. No me importa aceptarlo cuando se trata de cosas como cordones de los zapatos y gomas de borrar, pero tu bonita fusta no.

Aquella noche Darrell se quedó a solas con Bill. Estaba preocupada e intrigada.

—Bill —le preguntó—, ¿estás segura de que no había nadie más que tú y las mellizas en el establo esta tarde? Supongo que... esto... bueno, Gwendoline no estuvo allí, ¿verdad que no?

—No —dijo Bill.

—No me gusta tener que preguntárselo —continuó Darrell—, pero es precisamente una cosa digna de Gwen.

—Es por su propia culpa si pensamos cosas así de ella —respondió Bill.

—¿Por qué Connie tiene que guardar el caballo de Ruth? —preguntó Darrell—. ¿Tan perezosa es Ruth? ¡Siempre deja que Connie haga todas las cosas!

—No, no es perezosa —respondió Bill—. Yo creo que es sólo un poco rara, una sombra de Connie. Bueno, debo ir a dar a Trueno su terrón de azúcar, Darrell. Te veré más tarde.

Se marchó y Darrell se quedó reflexionando. Una idea muy curiosa acudió a su mente, con la

que encajaban unas cosas con otras como las piezas de un rompecabezas.

Recordaba todo cuanto de desagradable le habían hecho a Connie, y recordaba también todas las amabilidades que con ella tuvo Ruth para tratar de remediarlas. Asimismo se acordaba de una mirada extraña que vio aquella tarde en el rostro de Ruth, cuando Connie se negó a aceptar su fusta.

«Una mirada entre furiosa y asustada —pensó Darrell—. Como si le hubiese pedido perdón a Connie y ésta se lo hubiese negado».

Entonces algo iluminó su mente, indicándole de pronto a la persona rencorosa que pudo haber hecho todas aquellas cosas para fastidiar a Connie.

«¿Qué debo hacer? —se preguntó Darrell—. No puedo decírselo a nadie por si acaso me equivoco. Debo evitarlo. Tengo miedo de hablar con alguien para impedir que siga ocurriendo, ¡pero debo hacerlo! Es muy serio».

De pronto se puso en pie para ir en busca de Ruth. Sí, era con Ruth con la que deseaba hablar para sonsacarle.

Capítulo 21

DARRELL PONE LAS COSAS EN SU SITIO

¿Dónde estaba Ruth? No la encontró en la sala común, ni en el dormitorio, ni en la clase. ¿Dónde podía estar?

—¿Alguien ha visto a Ruth? —preguntó Darrell a todas las niñas que encontraba durante la búsqueda. Nadie la había visto. Pero al fin una niña de segundo le dijo que le había parecido ver a Ruth entrando en el cobertizo del jardinero, que estaba junto a los establos.

Darrell fue a mirar. Al llegar al cobertizo donde los jardineros guardaban sus herramientas, se detuvo ante la puerta para tratar de pensar lo que iba a decir.

Y mientras estaba allí, oyó un ruido curioso. Desde luego, en el cobertizo había alguien. El ruido era una especie de lamento. Darrell empujó la puerta sin hacer ruido y se asomó al interior.

Ruth estaba allí, al fondo, sentada encima de unos sacos. En la mano sostenía la fusta rota que, evidentemente había estado tratando de arreglar.

Al principio no vio a Darrell y, tapándose el rostro con las manos, emitió otro sonido, tal vez un gemido o un sollozo, Darrell no supo definirlo bien.

—Ruth —dijo Darrell al entrar—, ¿qué te ocurre?

Ruth dio un respingo asustada. Al ver que era Darrell, volvió a sentarse en los sacos apartando el rostro, pero sin soltar la fusta rota.

—Ruth —repitió Darrell acercándose a la niña—, ¿por qué estropeaste la fusta de Connie, siendo como era tan bonita?

Ruth la miró rápidamente sorprendida y consternada.

—¿Qué quieres decir? —exclamó—. ¡Yo no la estropeé!

¿Quién dice que fui yo? ¿Quién lo ha dicho? ¿Ha sido Connie?

—No, nadie lo ha dicho, pero yo sé que fuiste tú —respondió Darrell—. Y tú hiciste también todas las otras cosas, ¿no? Coger esto y lo otro, esconder las cosas, romperlas, cualquier cosa de la que pudieras apoderarte y que perteneciera a Connie.

—No se lo digas a nadie —le suplicó Ruth cogiendo la mano de Darrell con fuerza—. Por favor. No volveré a hacerlo jamás.

—Pero, Ruth, ¿por qué lo hiciste? —le preguntó Darrell muy intrigada—. ¡Cualquiera diría que odias a tu melliza!

Ruth frunció el ceño y pegó con el látigo contra los sacos.

—¡La odio! —exclamó—. Siempre la he odiado, pero ¡oh, Darrell, también la quiero!

Darrell la escuchó sorprendida.

—Pero no se puede amar y odiar al mismo tiempo a una persona —dijo al fin.

—Sí se puede —replicó Ruth con fiereza—. Se puede, Darrell. Yo quiero a Connie porque es mi melliza, y la odio, porque... porque... oh, no puedo decírtelo.

Darrell contempló durante un rato la cabeza inclinada de Ruth y las lágrimas que rodaban por sus mejillas.

—Creo que sé por qué odias a Connie —dijo al fin—. ¿No será porque es tan dominante, porque siempre responde por ti y hace cosas que preferirías hacerlas tú misma, porque se anticipa siempre a ti como si tuviera por lo menos dos años más?

—Sí —dijo Ruth frotándose sus húmedas mejillas—. Nunca tengo ocasión de decir lo que pienso. Connie siempre habla primero. Claro que ya sé que tiene un cerebro superior al mío, pero...

—No es verdad —replicó Darrell al instante—. En realidad debería estar en un grado inferior, no en el cuarto. Oí que lo decía la señorita Williams. La pusieron en esta clase porque sois mellizas y tu madre dijo que no os gusta estar separadas. ¡Connie consigue mantenerse en cuarto grado sólo porque la ayudas mucho!

Hubo un silencio. Darrell reflexionó sobre todo aquello.

¡Qué extraño! Entonces en su mente se alzó un interrogante y preguntó a Ruth de pronto:

—Ruth, ¿por qué empezaste repentinamente a mostrarte tan cruel con Connie? Antes nunca lo fuiste, por lo menos que yo sepa. Todo ha sido tan súbito.

—No puedo decírtelo —fue la respuesta de Ruth—. Pero, oh, me arrepiento tanto.

—Bueno, si no quieres decírmelo, iré a preguntárselo a Connie —dijo Darrell levantándose—. Algo va mal, Ruth. No sé si podré arreglarlo, pero, desde luego, ahora mismo voy a intentarlo.

—No vayas a hablar con Connie —suplicó Ruth—. No quiero que le digas que soy yo la que hace todas esas cosas. Oh, Darrell, lo sentía tanto por Connie cuando la veía tan disgustada por perder sus cosas. Es terrible odiar a alguien, hacerle desgraciado y luego saber que le quieres y deseas consolarle para que no lo sea.

—Supongo que por eso le dabas a Connie tus propias cosas —dijo Darrell volviendo a sentarse—. ¡Éste sí que es un asunto raro! Primero odias a tu melliza y haces algo por fastidiarla, como estropearle la fusta que tanto estima; después la quieres y lo sientes, y vas y le regalas tu propia fusta. Vi que te disgustaba que no la aceptase.

—Darrell, voy a decirte por qué odiaba tanto a Connie últimamente —exclamó de pronto Ruth, enjugándose los ojos con las manos—. Tengo que decírselo a alguien. Bueno, fue algo terrible.

—¿Qué fue? —preguntó Darrell, intrigada.

—Verás, Connie me adora, quiere protegerme y hacerlo todo por mí —comenzó Ruth—. Y hasta ahora hemos estado siempre en la misma clase. Pero Connie tenía miedo de no aprobar el examen, pero estaba segura de que yo aprobaría.

—Y así es —dijo Darrell—. ¡Y seguro que a Connie la suspenden!

—Pues bien, Connie pensó que si ella no aprobaba y yo sí, el próximo curso yo iría al quinto grado y ella tendría que quedarse en el cuarto grado para repetirlo —prosiguió Ruth—. Y eso significaría no estar ya conmigo. Así que me pidió que hiciera mal el examen para que yo también fracasara; de este modo, seguiríamos juntas.

Darrell quedó tan asombrada ante esta extraordinaria declaración que no pudo pronunciar

palabra. Al fin recuperó el habla:

—¡Ruth, qué mala es Connie! Hacerte fracasar y verte humillada, cuando podías aprobar con tanta facilidad. No puede quererte.

—¡Oh, pero si ella me quiere demasiado! —dijo Ruth—. De todas formas yo le dije que haría mal el examen, no puedo evitar hacer lo que Connie desea, aunque sea una cosa terrible como ésta, así que lo hice mal. Después odié a Connie por impulsarme a hacerlo y por eso le hice tantas trastadas.

La pobre Ruth apoyó el rostro entre sus manos y comenzó a sollozar. Darrell se sentó en los sacos, junto a ella, y rodeó sus hombros con su brazo para consolarla.

—Ya entiendo —dijo—. Todo esto es muy peculiar y extraordinario, pero comprensible en cierto modo. Supongo que debe de ser porque sois mellizas. De haber sido Connie tu hermana mayor, no hubiese ocurrido nada. Os habríais querido como dos hermanas cualquiera, hubieseis estado en grados distintos y las cosas hubieran marchado bien. Anímate Ruth, ha sido todo terrible para ti, pero la verdad es que ahora comprendo cómo ha sucedido todo.

Ruth alzó la cabeza, confortada por la sencilla explicación de Darrell. Alisó sus cabellos y enjugó sus lágrimas.

—Darrell, por favor, no le digas a Connie que yo hice todas esas cosas —insistió—. Ahora lo lamento muchísimo.

Ella no iba a comprenderlo y se sentiría desgraciada. Yo no podría soportarlo.

—Sí, pero no puedes continuar así, siempre dominada por Connie y siendo su eco —le dijo Darrell con sensatez—. No veo ningún medio de detenerla como no sea diciéndoselo. Yo iré contigo si quieres.

Pero Ruth comenzó a sollozar de tal manera que Darrell tuvo que abandonar la idea. Se oyó un timbre distante y se puso en pie.

—Será mejor que vayas a lavarte la cara —le dijo en tono amable—. Yo trataré de pensar algún medio de arreglar las cosas sin decírselo a Connie, pero va a ser difícil.

Ruth se marchó mucho más consolada. Darrell se frotó la nariz con fuerza, como hacía siempre que estaba intrigada.

«¡Sólo cabe hacer una cosa! —pensó—. Y es decírselo a la señorita Williams. ¡Hay que hacer algo!».

De manera que aquella noche, después de cenar, la señorita Williams quedó asombrada al ver a Darrell ante su puerta, solicitando una entrevista, y se preguntó si habría ido a suplicarle que le devolviera el cargo de delegada de clase, pero no se trataba de eso.

Darrell le expuso la extraña historia de las mellizas y la señorita Williams la escuchó con gran asombro. ¡Las cosas que podían ocurrir en un colegio, desconocidas por todos, aunque las protagonistas estuvieran durante todo el día delante de sus narices!

—De manera que ya ve usted, señorita Williams —terminó Darrell—. Si Ruth no quiere que se le diga nada a Connie, todo seguirá igual de mal. Ambas fracasarán en el examen, se quedarán en cuarto grado, en vez de pasar al quinto, y la pobre Ruth seguirá dominada y amando y odiando al mismo tiempo a Connie.

«Horrible —pensó la señorita Williams aterrorizada—. *Y muy peligroso. Éstas cosas siempre conducen más tarde a algo muy serio*».

Esto no se lo dijo a Darrell que, sentada ante ella, esperaba impaciente algún consejo.

—Darrell, creo que has sido muy inteligente al descubrir todo esto —dijo al fin la señorita Williams—. Y te has comportado de modo muy sensato. La verdad es que me siento muy orgullosa de ti.

Darrell enrojeció muy complacida.

—¿Se le ocurre algo para remediar este estado de cosas? —le preguntó—. Oh, señorita Williams, ¿no es una pena que Ruth hiciera mal el examen? De no ser así, las cosas se hubieran solucionado por sí solas, puesto que las mellizas hubiesen estudiado en clases distintas.

—Darrell —exclamó la señorita Williams tras una pausa—, lo que voy a decirte que quede entre tú y yo. He mirado los ejercicios de los exámenes antes de enviarlos arriba, y Ruth no lo hizo tan mal como se imagina. En realidad, estoy casi segura de que aprobará.

—¡Oh, estupendo! —dijo Darrell, encantada—. No se me había ocurrido esa posibilidad. Entonces, estarán en clases distintas a pesar de todo.

—Eso creo —respondió la señorita Williams—. Así, Ruth tendrá oportunidad de actuar por sí misma y desarrollar su propia personalidad, en vez de ser la sombra de Connie. Y Connie dejará de dominarla; todo variará gradual y naturalmente, que es lo mejor que podía ocurrir en este curioso caso.

—¿Connie no sabrá nada? —le preguntó Darrell—. ¿No tendremos que decírselo?

—Eso le concierne a Ruth y a nadie más —fue la respuesta de la señorita Williams—. Algún día, cuando llegue el momento oportuno, es posible que se lo confiese a su hermana y tal vez entonces se reirán las dos. Vigila a Ruth por mí durante el resto del trimestre. ¿Lo harás, Darrell? Ahora gozas de mi confianza y confío en que velarás para que nada malo vuelva a ocurrir entre ellas.

—Oh, sí —exclamó Darrell, satisfecha de la petición—. Con mucho gusto, pues aprecio mucho a Ruth.

—Darrell, voy a volver a nombrarte delegada de clase en un par de días —dijo la señorita Williams—. ¡Y esta vez estaré muy, pero que muy orgullosa de ti!

Capítulo 22

«¡PING!»

Todas quedaron encantadas cuando la señorita Williams, con su voz tranquila, les anunció, dos días más tarde, que Darrell volvía a ser la delegada de clase.

—Gracias por haberte hecho cargo del puesto temporalmente —le dijo la señorita Williams a Sally—. Pero ahora estoy convencida de que Darrell se merece volver a ocuparlo.

—¿Por qué, Darrell? ¿Por qué la señorita Williams te ha vuelto a permitir que seas la delegada ahora? —le preguntaron Belinda y las otras después de clase.

Pero Darrell no se lo iba a explicar, naturalmente. La señorita Williams no le había dicho que era por haber resuelto el asunto de las mellizas, pero ella sabía que ésa era la causa. Había actuado como una delegada de clase responsable.

A Connie dejaron de hacerle perrerías y, poco a poco, el asunto Connie, como ellas lo llamaban, fue olvidándose. Ruth pareció olvidar su disgusto y resentimiento, y se mostraba muy dulce con Connie.

«En el próximo trimestre —pensó Darrell—. Todo irá bien, estarán en clases distintas. Ruth saldrá adelante, puesto que es inteligente, y Connie podrá estudiar a su propio paso y dejar en paz a su hermana».

Ahora el curso transcurría rápidamente. Alicia estaba mejor. Por fortuna, no contagió el sarampión a nadie.

La mayoría de las de cuarto grado ya lo habían tenido, lo cual era una suerte. Alicia se lamentaba, pues estaba segura de que la habían suspendido y de que tendría que volver a pasar el examen para conseguir el diploma escolar. Regresó al colegio una semana antes del final de trimestre. Las niñas se alegraron mucho. Todas echaron de menos la vivacidad y el sentido del humor de Alicia. Gwendoline fue quizá la única que no deseaba su regreso. Pobre Gwen, había perdido algo de su gordura jugando al tenis y dando largos paseos y nadando o intentando nadar cada día. Su aspecto era más saludable y sus granos desaparecían rápidamente.

Un día Clarisa, al regresar del dentista y del oculista, sorprendió a la clase completamente cambiada.

—¡Ya no tengo que llevar gafas! —les anunció—. Y me han quitado aquel horrible alambre de los dientes. ¿Me reconocéis, niñas?

—¡Apenas! —exclamó Darrell, y Belinda sacó su lápiz para hacer un boceto de aquella nueva Clarisa, tan atractiva.

Sonreía ante ellas con sus profundos ojos verdes llenos de luz y sus dientes blancos ya desprovistos de aquel feo corrector. Sus cabellos dorados casaban con sus ojos y le proporcionaban un aire desusado y distinguido.

—Algún día serás una belleza, Clarisa —le dijo Belinda, que con sus ojos de artista veía a

Clarisa a los veinte años adorable y original con su colorido—. ¡Vaya, vaya, el patito feo se convierte en cisne!

Clarisa era ya amiga de Bill, ante el regocijo de todas. Nadie había pensado que Bill, con su aire masculino y que sólo parecía querer a su caballo Trueno y a la señorita Peters (pero mucho menos que a Trueno), pudiera tener una amiga en su clase. Pero así era y las dos charlaban continuamente sobre caballos y salían a montar siempre que les era posible. A Gwendoline no le importaba. Desde que vio a Clarisa a mitad de trimestre con aquella mujer de aspecto vulgar en un Austin anticuado, había perdido todo interés por ella.

Gwendoline deseaba una gran amiga, no alguien vulgar, cuya familia ni siquiera limpiaba su coche cuando iba al colegio a mitad de curso. De modo que Gwen estaba otra vez sola sin ninguna niña con la que reír, charlar o a quien llamar amiga.

—Deberíamos hacer algo para celebrar el regreso de Alicia propuso Belinda.

—Sí, hagamos algo —asintió Darrell al momento.

—Alguna travesura divertida —dijo Betty, que estaba en el patio con las otras.

—Un truco —exclamó Irene—. No hemos hecho ninguno durante dos trimestres enteros. Pensemos. ¿Qué podríamos hacer? Nos estamos volviendo viejas y formales.

—Sí, gastemos alguna broma —intervino Sally—. Después de todo, los exámenes pasaron ya y hemos trabajado de firme. Nos merecemos reír un poco.

—¿Y qué truco podemos hacer? —preguntó Mavis—. Betty, ¿no has traído nada nuevo este trimestre? El pasado trajiste aquella horrible araña que descendía del techo como una de verdad, pero no tuvimos oportunidad de usarla. ¡Cielos, me hubiese gustado ver la cara de *Mademoiselle*, si la hubiéramos hecho bajar por encima de su escritorio!

Todas rieron.

—Éste trimestre no la he traído —dijo Betty, pesarosa—. Estuve en casa de Alicia durante las vacaciones y uno de sus hermanos la estropeó. ¡Pero os diré lo que tengo!

—¿Qué? —preguntaron todas emocionadas.

—Todavía no lo he probado —prosiguió Betty—. Son unas cosas muy raras, una especie de pastillas grises, completamente planas. Por un lado son adhesivas y se pegan en el techo.

—¿Y qué ocurre? —quiso saber Irene.

—Hay que humedecer cada pastilla con cierto líquido —explicó Betty tratando de recordar—. Por lo menos, creo que es algo así y, entonces, según las instrucciones, una extraña burbuja se desprende lentamente de la pastilla, desciende flotando y de pronto estalla produciendo un sonido metálico, como una especie de «ping».

Todas la escucharon en silencio.

—¡Betty! ¡Es demasiado maravilloso para ser verdad! —exclamó Irene emocionada—. Pongamos en práctica ese truco mañana para celebrar la vuelta de Alicia. Tendremos que coger la escalera para colocar las pastillas en el techo. Hagámoslo cuando nos dé clase *Mademoiselle*. Resulta muy divertido gastar bromas.

Así que, con mucho secreto, escondieron la escalera de mano en el armario que había delante del aula de cuarto grado y, antes de las clases de la mañana, tres pastillas grises fueron fijadas en

el techo, donde quedaron milagrosamente sujetas, o así se lo pareció a las niñas, y que apenas podían distinguirse.

Betty las frotó rápidamente con el líquido de una pequeña botella que le enviaron con las pastillas. Luego volvieron a guardar la escalera en el armario, precisamente cuando los altos tacones de *Mademoiselle* resonaban por el pasillo.

Daphne corrió a abrirle la puerta y las otras se apresuraron a ocupar sus puestos.

—*Merci*, Daphne —dijo la profesora—. Ah, Alicia, celebro mucho verte de regreso. ¿Lo has pasado muy mal con tu sarampión?

—Bueno, la verdad es que, aparte del primer día, no me ha molestado mucho —contestó Alicia con una sonrisa. Ahora tenía muy buen aspecto.

—Ha sido una suerte que no contagiaras a nadie —comentó *Mademoiselle* sentándose ante su escritorio.

—Yo lo tuve el año pasado —intervino Irene, y ésa fue la señal para que todas empezaran a hablar de cuándo tuvieron el sarampión. *Mademoiselle* tuvo que intervenir porque la cosa comenzaba a ponerse fea.

—No se hable más del sarampión —dijo con firmeza, preguntándose por qué las niñas se reían tanto.

De cuando en cuando dirigían miradas furtivas al techo, deseando que la pastilla comenzara a actuar. Alicia estaba enterada de todo, naturalmente, y emocionada con aquel modo de celebrar su regreso. Ella sugirió que todas simularan no ver las pompas, ni oír el «*ping*» cuando estallaran.

—*Mademoiselle* creerá que se ha vuelto loca —dijo—. Yo por lo menos lo creería si viera pompas que estallaran a mi alrededor y los demás no.

—Hoy voy a haceros las mismas preguntas que respondisteis en el examen escrito —explicó *Mademoiselle*, sonriendo—. Vosotras me diréis lo que pusisteis y yo os diré si estaba bien o no.

—Oh, no —protestó Alicia—, ya tuvimos que hacer el examen. Olvidémoslo ahora que ha pasado. De todas formas, lo hice tan mal que sé que me suspenderán. No puedo soportar volver a recordar las preguntas del examen.

Irene dio un codazo a Belinda. Una de las pastillas grises empezaba a actuar. Una pequeña pompa gris comenzaba a formarse en el techo. Se hizo algo mayor hasta tener el peso suficiente para desprenderse y comenzó a flotar en el aire. Las tres pastillas habían sido colocadas encima del escritorio de la señorita Williams, donde ahora estaba sentada la profesora de francés.

Conteniendo el aliento, las niñas observaron el lento descenso de la burbuja. Parecía que iba a caer sobre la cabeza de *Mademoiselle*, pero luego varió de dirección y, rodeando sus cabellos, se fue acercando a su oreja izquierda.

Al llegar allí, estalló de pronto y se oyó un «*ping*» metálico.

Mademoiselle casi se cae de la silla.

—*¡Tiens!* —exclamó—. *¿Qu'est-ce que c'est ça?* ¿Qué ha sido eso?

—¿El qué, *Mademoiselle*? —preguntó Sally con aire inocente.

—Un ruido... *comme ça*... «*ping*» —explicó *Mademoiselle* en el momento en que se oyó otro «*ping*»—. ¿No has oído un «*ping*», Sally?

—¿Un «ping»? ¿Qué es lo que quiere decir exactamente? —preguntó Sally con una expresión tal que hizo llorar de risa a Darrell—. ¿No querrá usted decir un «pong», verdad?

—Tal vez se refiera a un «ping—pong» —sugirió Irene echándose a reír. Mavis hizo otro tanto. Darrell las miró frunciendo el ceño.

—Estoy aquí sentada y de pronto junto a mí oigo «ping» —exclamó *Mademoiselle*—. Lo he notado junto a mi cabeza.

—Oh, creí que había dicho que lo había oído —dijo Sally.

—Lo he oído y lo he notado —replicó *Mademoiselle*—. ¡*Que c'est ga!* ¡Qué raro!

Estaba descendiendo otra burbuja. Las niñas, simulando no observarla, deseaban que cayera cerca de *Mademoiselle*. Fue flotando en el aire hasta que estalló detrás de su cabeza. ¡*Ping!* Era un sonido extraordinario, suave pero claro y agudo.

Mademoiselle se puso en pie a toda prisa, para mirar detrás de su silla.

—¡Ha sonado otra vez! —exclamó—. Detrás de mi cuello, «ping», ¿qué puede ser?

—Supongo que debe de ser cosa de sus oídos, *Mademoiselle* —le dijo Darrell, consoladora. Eso hizo que Irene lanzara una de sus terribles carcajadas y Daphne y Mavis se pusieron a reír sin poder remediarlo.

—¿No has oído este «ping», Darrell? —preguntó *Mademoiselle*, que comenzaba a asustarse—. Yo...

¡*Ping!* Había estallado otra burbuja y *Mademoiselle* se quedó boquiabierta por el asombro. ¿Qué eran aquellos ruidos? ¿Y por qué no los oían las niñas? Ajá, ¿sería uno de sus trucos?

—¿Se trata de algún truco? —comenzó a reír—. ¿Otra vez gastando bromas a la pobre vieja *Mademoiselle*? No tengo...

—¡*Ping!* Una burbuja fue a aterrizar en los cabellos de la profesora, estallando con violencia.

—¿Qué es esto? —exclamó—. ¡Dejad de reiros, niñas!

Decidme qué es este «ping».

Vio que Irene miraba hacia el techo y ella también miró.

Pero en aquel momento no descendía ninguna burbuja y no vio nada. Entonces una pompa que había llegado casi hasta el suelo sin estallar, hizo «ping» a sus pies. *Mademoiselle* saltó como si le hubieran disparado. Dando otro salto fue hacia la puerta.

—¡*C'est épouvantable!* —exclamó—. Es increíble. ¡Debo ir en busca de ayuda!

Capítulo 23

LA ÚLTIMA SEMANA DEL TRIMESTRE

Claro que en aquellos momentos las niñas estaban ya muertas de risa. Las lágrimas resbalaban por las mejillas de Darrell, y Sally se sujetaba el costado, pues le dolía de tanto reír. Irene fingió un ataque de tos, y Alicia y Betty se apoyaban la una en la otra, sin poderlo evitar.

Mademoiselle corrió en busca de la señorita Williams, que estaba dando clase al segundo grado, y que quedó muy sorprendida ante la repentina aparición de *Mademoiselle*.

—¡Señorita Williams, le suplico que venga a mi clase! —rogó *Mademoiselle* a la asombrada profesora—. Se oyen «pings y pongs»... a mi alrededor... sí, y a mis pies.

—*Mademoiselle*, ¿qué es exactamente lo que quiere decir? —le preguntó la señorita Williams bastante enfadada—. Explíquese mejor.

—En mi clase se oyen «pings y pongs» —repitió *Mademoiselle*—. Las niñas no los oyen, pero yo sí. Y no me gusta. Señorita Williams, venga, *jje vous en prie!*

Parecía como si *Mademoiselle* fuese a hincarse de rodillas, por lo que la señorita Williams se apresuró a acudir a la clase de cuarto grado. Las niñas se habían recobrado un tanto y aguardaban los próximos acontecimientos. Un par más de burbujas habían descendido estallando con agudos «pings», y otras comenzaban a desprenderse.

—¡Chiss! Es la señorita Williams —dijo Mavis de pronto desde la puerta—. Poned cara seria.

Con dificultad, las niñas adoptaron una expresión seria y se pusieron en pie cuando la señorita Williams entró con *Mademoiselle*.

—¿Qué ocurre? —preguntó la señorita Williams impaciente—. ¿De qué se queja *Mademoiselle*? No tiene pies ni cabeza.

—Es un «ping» —se lamentó *Mademoiselle*, que empezaba a perder la esperanza de que la señorita Williams la entendiera.

—Creo que *Mademoiselle* oye ruidos extraños —dijo Alicia, cortésmente—. Dice que oye «pings y pongs».

Una burbuja cayó cerca de *Mademoiselle* y estalló con un «ping».

Mademoiselle saltó violentamente y, apoyando con fuerza su índice contra los riñones de la señorita Williams, dijo:

—Ahí está otra vez. Hace «ping».

—No me clave los dedos, *Mademoiselle* —exclamó la señorita Williams en tono frío, mientras estallaba otra pompa, luego otra, y dos «pings» sonaron casi al unísono. La señorita Williams comenzó a intrigarse.

—Me voy —dijo *Mademoiselle* dando un paso hacia la puerta—. Me voy. ¡Hay algo abominable en esta habitación!

La señorita Williams la sujetó firmemente por detrás.

—*Mademoiselle*, sea razonable. Yo también he oído el ruido. No comprendo por qué las niñas no lo oyen.

De pronto las niñas decidieron que lo mejor era oír el próximo «*ping*», de manera que cuando sonó, todas gritaron:

—«¡*Ping!*» ¡Lo he oído, lo he oído!

—Silencio —ordenó la señorita Williams y las niñas callaron al instante, a tiempo de que otra pompa descendiera sobre la nariz de *Mademoiselle* y estallara con un «*ping*» más que sonoro.

Mademoiselle se estremeció.

—¡Era una «*borboja*»! He visto una «*borboja*» y, luego, ha hecho «*ping*».

La señorita Williams comenzó a pensar que *Mademoiselle* debía de haberse vuelto loca aquella mañana. ¿A qué venía ahora eso de la «*borboja*»?

Y entonces la propia señorita Williams vio una «*borboja*» como decía *Mademoiselle*. La burbuja pasó por delante de su nariz y ella contuvo el aliento. Estalló sonoramente encima del escritorio antes de desaparecer.

La señorita Williams miró en silencio hacia el techo, y sus agudos ojos distinguieron las tres pastillas allí pegadas y vio como se iba formando una pompa. Volvió su mirada hacia las niñas de la clase que, procurando no reír sin conseguirlo del todo, la miraban a su vez con aire inocente.

La señorita Williams frunció los labios. Ignoraba lo que habían hecho las niñas y en qué consistía exactamente el truco, pero no pudo evitar reconocer que era ingenioso, sí, y muy divertido, sobre todo para gastarle la broma a alguien como la pobre *Mademoiselle* Dupont, que siempre tenía miedo ante algo insólito.

—*Mademoiselle*, lleve a las chicas al patio para terminar la lección. Allí no habrá «*pings*». Y yo en su lugar daría instrucciones a la mujer de la limpieza para que cogiera una escoba y barriera el techo antes de dar la próxima clase en esta aula.

Ésta última sugerencia dejó a *Mademoiselle* en un estado tal de asombro que no supo hacer otra cosa que permanecer inmóvil viendo cómo se alejaba la señorita Williams. ¡Barrer el techo! ¿Estaría en su sano juicio?

La clase empezó a reír otra vez al ver la cara de asombro de *Mademoiselle*, luego sonó otro «*ping*» cerca del suelo.

—¡*Allons!* Vámonos al patio —exclamó—. Ya nos hemos distraído bastante. Vamos, dejemos todos estos «*pings* y *pongs*» y hagamos algo de provecho.

La historia de las pastillas y sus «*pings*» recorrió todo el colegio, siendo el asombro y la risa de todas las niñas. Hubo tantas visitas a la clase de cuarto grado que la señorita Williams se enfadó mucho.

Puso una escoba junto a la puerta.

—La que venga puede barrer el techo seis veces —dijo—. ¡Y permitid que os diga que no es tan sencillo como parece!

—Oh, qué bien me lo he pasado —dijo Alicia aquella noche—. En mi vida había reído tanto. ¡La cara que puso *Mademoiselle* al estallar la primera burbuja! ¡Casi me muero!

—La señorita Williams se ha portado muy bien, ¿verdad? —intervino Darrell—. Enseguida

descubrió el truco y apenas pudo contener la risa. Vi cómo apretaba los labios. Siento dejar su clase y pasar a quinto.

—Si, el próximo trimestre la mayoría estaremos en quinto —respondió Sally—. Cielos, qué extraño va a parecerme estar tan adelantada en el colegio.

—Éste trimestre me ha gustado —prosiguió Darrell—, a pesar de que ha tenido sus malos ratos, como cuando perdí mi cargo de delegada de clase.

—Me alegré de que lo recuperases —intervino Ruth hablando de pronto por sí misma, como ya lo había hecho varias veces últimamente. Miraba a Darrell con afecto. Sentía gran admiración por ella desde que Darrell lo arregló todo sin decirle nada a Connie. La señorita Williams le dijo a Ruth que, aunque le había decepcionado su examen, pensaba que aprobaría, y que si Connie fracasaba, confiaba en que no le importase mucho que su melliza quedara en el cuarto grado, mientras ella pasaba a quinto.

De manera que daba la impresión de que las cosas marcharían mejor el trimestre siguiente. Connie superaría pronto la separación. Al fin y al cabo, continuarían durmiendo en el mismo dormitorio y viéndose durante las comidas.

Los últimos días del trimestre pasaron volando. Y el último día pareció llegar enseguida. Hubo el mismo caos de siempre, y las profesoras comenzaron a pensar que se estaban volviendo locas, mientras las niñas giraban a su alrededor, gritando y riendo, se sacaban los baúles, se perdían las bolsas de viaje, se veían raquetas esparcidas por todas partes y un ruido incesante se oía en todas las torres.

Las niñas que viajaban en tren partieron antes y se oyeron fuertes vítores mientras los autocares se alejaban por la avenida.

—¡Escribidnos! ¡Nos veremos el próximo trimestre! ¡Sed buenas si podéis! ¡Hurra!

Darrell fue a buscar a Felicity, que continuamente desaparecía. La encontró intercambiando direcciones con Susana.

June se había ido con las que tomaban el tren, y Darrell pudo observar que ni siquiera se molestó en despedirse de ella. De manera que aquella amistad había terminado. ¡Bien! Darrell seguía pensando en June con disgusto, pero ahora que su hermana no era arrastrada por ella y sabía que era capaz de obrar por sí misma, había desaparecido su ya dormido deseo de pegar unas bofetadas a June.

—¡Felicity! En cuanto te encontré junto a la puerta principal volviste a desaparecer —le dijo Darrell—. Papá llegará pronto con el coche. Por favor, ven conmigo y no vuelvas a marcharte. ¿Dónde está tu gorra? Tienes que llevarla a casa, por si montas a caballo durante las vacaciones.

—Estaba aquí hace un momento —respondió Felicity mirando a su alrededor—. Oh, no, ese diablillo de Katie la ha cogido. Qué tonta es, tiene la cabeza demasiado grande para mi sombrero. ¡Katie! ¡Katie! ¡Dame mi gorra!

—Felicity, ¿tienes que gritar de ese modo? —exclamó la señorita Potts al pasar apresuradamente.

—¡Oh, Potty, no me he despedido de usted! —le gritó Felicity, y Darrell quedó sorprendida al oír a su hermana llamarle Potty a su profesora.

—¡Felicity! —dijo—. No la llames así.

—¡Vaya! Tú me dijiste que estaba permitido llamarla así el último día del curso —replicó Felicity—. ¡Potty!

Belinda se acercó nerviosa con los papeles de música de Irene.

—¿Alguien ha visto a Irene? Buscaba sus papeles de música y yo acabo de encontrarlos.

Desapareció e Irene se acercó gimiendo.

—¿Dónde estarán mis partituras? Las dejé un momento y alguna idiota se ha largado con ellas.

—Las tiene Belinda. ¡Eh, Belinda, Belinda!

Mademoiselle llegó tapándose los oídos con expresión agónica.

—¡Éstas niñas! ¡Se han vuelto locas! Estoy en un manicomio. ¿Por qué enseñaré a niñas tan locas? Oh, este ruido me taladra la cabeza.

—¡*Mademoiselle, Mademoiselle!* Adiós. Mi automóvil ya ha llegado.

—*Au revoir, Mademoiselle.* Escuchad, ¿es que estáis sordas?

—¡Hurra! Ahí está nuestro coche. Vamos, Irene.

Clarisa se acercó con sus ojos verdes brillantes de excitación. Estaba muy bonita.

—Mamá ha venido —le gritó a Bill—. Ven a verla. Quiere preguntarte si podrás venir a casa durante las vacaciones. ¡Bill, ven a conocer a mi madre!

Gwendoline salió al mismo tiempo que Bill y Clarisa. Aparcado ante el gran tramo de escalones estaba un magnífico automóvil Bentley, resplandeciente de puro limpio, del que se apeó una mujer encantadora de cabellos dorados, elegantemente vestida. Un hombre de aspecto distinguido iba sentado a su lado.

—¡Mamá! —exclamó Clarisa—. Por fin has venido. Ésta es Bill. ¡Dijiste que la invitase para estas vacaciones!

Gwendoline contuvo el aliento al ver aquel espléndido automóvil y semejantes padres, padres de los que una podría sentirse orgullosa. Pero ¿cómo podían ser los de Clarisa? ¿Acaso no había visto a su madre de cabellos grises que iba a buscarla un domingo a mitad de curso en un viejo Austin?

—Adiós, Gwen —le dijo Clarisa al verla cerca, pero no se ofreció a presentarle a su madre.

—Pensé que era tu madre la que vino a buscarte a mitad de trimestre —replicó Gwendoline incapaz de ocultar su sorpresa.

—Oh, no, ésa era mi institutriz —dijo Clarisa subiendo al automóvil—. Mamá no pudo venir, por lo que la señorita Cherry vino a recogerme en su viejo auto. ¡Mira que creer que era mi madre!

El coche de Gwen estaba detrás y la señora Lacey saludaba con la mano por una ventanilla.

—¡Gwen! ¿Cómo estás? ¡Oh, tienes muy buen aspecto! ¿Quién era esa niña tan bonita y atractiva que acaba de subir a ese espléndido Bentley? ¿Es de tu mismo curso?

—Sí —respondió Gwen besando a su madre.

—Oh, espero que sea amiga tuya —replicó su madre—. Ésa es la clase de niña que me gusta.

—Ya la viste a mitad de curso —dijo Gwen ceñuda—. Y no te gustó. Es Clarisa Carter.

Darrell y Felicity se miraron riendo. ¡Cuánto debía de sentir Gwen haber perdido la amistad de Clarisa! Tal como estaban las cosas, era Bill la que pasaría las vacaciones con Clarisa y no Gwen.

A la pobre Gwen, como siempre, no la invitaría nadie.

—¡Ahí está nuestro coche! —exclamó Felicity de pronto y abrazó a *Mademoiselle* por la cintura—. Adiós, querida *Mademoiselle*. Hasta el próximo trimestre.

—¡Ah, querida niña! —exclamó *Mademoiselle* conmovida por el repentino abrazo de Felicity. La besó ruidosamente en ambas mejillas y todas sonrieron al ver el asombro de Felicity.

—¡Adiós! —gritó Darrell saludando con la mano al resto de las niñas—. Os veré en septiembre. ¡Cuidado, Belinda, vas a pisar la gorra de alguien!

—¡Es mía, es mía! —gritó Felicity con angustia—. Aparta tus enormes pies, Belinda.

—¡A ver si enseñas a tu hermanita a ser más respetuosa con sus mayores! —exclamó Belinda, mientras Darrell y Felicity bajaban corriendo el tramo de escaleras donde casi tiran al suelo a la pobre ama.

—¡Adiós, ama! ¡Adiós, señorita Williams! ¡Adiós, Potty!

¡Hola, mamá! ¡Papá, estás estupendo! ¡Hurra, hurra, vacaciones!

Y las dos niñas subieron al coche gritando, riendo, felices, como si estuvieran completamente locas. Se asomaron por la ventanilla.

—¡Adiós! ¡Felices vacaciones! ¡Hasta pronto! ¡Adiós querido *Torres de Malory*, volveremos en septiembre!

Notas

[1]Lacrosse: Juego por equipos parecido al hockey sobre hierba, pero que se practica con un palo o raqueta que lleva una bolsa de red y se juega principalmente en los países anglosajones.<<